

HERMES

Revista estacional de Poesía

Dirigen, coordinan y editan María Antonia Ricas y Jesús Pino

Gracia María Morales/ Elisa Romero/
Ángel Guinda/ Fernando Novalbos/ Jesús Pino/ Fer-
nando Joya / Antonio del Camino/ María Antonia Ri-
cas/ Paco Morata/ Pilar Jimeno Salvatierra/ Ángel Arra-
bal/ Ángel del Valle Nieto/Beatriz Villacañas/ Juan Car-
los Pantoja Rivero/ Enrique Galindo/ María Dolores
Calvo Cirujano/ Manuel Quiroga Clérigo/ Miguel Ánge-
l Curiel/ Ángel Villamor/ Antonio Illán/ Juan Martínez
Copeiro/ Jesús Ortiz/ Amador Palacios/ José Pulido Na-
vas/ Jesús Rubio/ Juan Antonio Villacañas/ Diego
Santana/ Mar Peces/ José Díaz García-Baltasar/ Laura
Gómez/ Francisco Javier Manzano/ Benjamín Pulido
Navas/ Javier Moreno/ Joaquín Copeiro/ Francisco
Gómez Porro/ Morgan Anansie/

1er. Concurso de Cuentos "Iniciativa Ciudadana"

*Ilustraciones de José Morata Moya,
Miguel Ángel Ferrándiz Huedo
y Jesús García*

Año III. Nº 11. Primavera 1998
Toledo. Edición Artesanal

Hermes 11

Revista Artesanal de Poesía.

Consejo editor: Jesús Pino

María Antonia Ricas

Joaquín Copeiro

Juan Carlos Pantoja Rivero

Hermes/Internet: Jesús del Verbo

<http://www.redestb.es/personal/ankara>

Depósito Legal: TO-654-1995

ISSN: 1135-4801

GRACIA MARÍA MORALES

NOMBRES

Tu corazón está tan lleno de nombres,
escritos con gotas de aire,
o cincelados con las uñas,
tu corazón está
tan lleno de idas y retornos
de fechas y olvidos,
que me siento pequeñita y difusa
como este presente de subjuntivo que te traigo.
Como un polizón sin billete
en el tren deshilachado de tus días.

TANTO DE TI

Me llevo tanto de ti
en el momento justo
de echar a andar y dejarte
a un paso,
a dos,
a tres pasos de mi cuerpo;
me llevo tanto de ti
amarrado a cada bolsillo de mi piel
y en cada poro de mi memoria,
que deberías dejar de existir
allí donde te estés quedando
por este empeño mío en llevarme
todos los rincones de lo que eres.

OPERACIONES MATEMATICAS

¿Recuerdas nuestra manera
de amarnos entre números pares?
Los dos
sumando nuestros dos catálogos de heridas,
dividiendo entre dos las sábanas y las toallas,
multiplicando por dos las estrategias del deseo..
¿Recuerdas?
Qué afilado y punzante en cambio
este solitario número impar
al que me resta tu ausencia
un yo único y sin aritmética
en un cuerpo absurdamente binario.

EN LA CALLE

En la calle hay un niño
de pies desnudos
y boca descalza.
Hay un niño
todo de piel y ojos,
todo de pregunta y sombra,
firmemente cosida a la tierra.
En la calle hay
un niño,
y cientos de niños
y miles de niños.
Pero aquí dentro
está el televisor que nos garantiza la amnesia
y está el dormitorio donde desgranamos



nuestros sueños de algodón en cápsulas.
No te olvides de cerrar bien la puerta
para que no te alcancen por las rendijas
las interrogantes manos extendidas
de tantos niños que en la calle
siguen
todavía
esperando.

HACIA ATRAS

Hacia atrás
nos va creciendo la vida.
Alargamos nuestra sombra y silenciosamente la llenamos
con los almanaques que a cada paso
se descuelgan de nuestros cuerpos.
Por delante
llevamos atados a los pies
un trocito eterno de abismo.
Y entre tanta sucesión de vértigos
y tantas telarañas de despojos
me llego a confundir los nombres
y ya no sé si seguir llamándome
o niña o muchacha
o mujer o sombra.
Me va creciendo la vida
hacia atrás
y llega a borrar-seme el aliento
entre tanto instante haciéndose memoria
y tanta memoria haciéndose olvido.



CON-FUSIONES

Quisimos jugar
al juego divino de las con-fusiones.
Tu cuerpo convertido
en la prolongación perfecta
de mis dedos.
Mi cuerpo convertido
en la prolongación exacta
de tus vértices.
Quisimos romper a manotazos el aire
para encontrarnos
aún más cerca.
Que el último centímetro cuadrado de mi piel
coincidiera con el primer centímetro cuadrado
de tu carne.
¿Y después de tanta confusión y tanto milagro
cómo aprenderemos ahora a seguir siendo
poliédricos y desnudiformes
sin compartir la saliva
ni el aliento?



ELISA ROMERO

No importa
que los atardeceres
no tiñan ya de púrpura
la miel
o se borren los colores
del otoño.

No importa
que en las mesas del ocaso
se desgrane la grana
del ciclamen
sangrando la luz última
y cristal.

No importa.
Puedo cambiar el ritmo
de la danza;
puedo bailar desnuda
la caricia del loto
o la fugacidad de la amapola,
y girar
-atrapada entre besos de papel-
en las redes oscuras de metal.

No importa.
Sé nadar
las aguas de las teclas
y sumergirme
en los misterios del ordenador;
sé hacer el muerto
en los círculos turbios
de las charcas
y flotar en las fétidas cloacas.



No importa.
Puedo tragarme enteros
a los sapos
y beberme la piel de las culebras;
puedo hacerme un batido
de serpientes
y desayunarme el malva
de la aurora
sentada en una nube
con un pez
mirando desde arriba el horizonte.

No importa.
Puedo morder
los mordiscos de otros dientes,
puedo llorar
el llanto de otros párpados,
puedo reír
las risas de otras bocas
y sonreír
en el ámbar de otros ojos.

No importa.
No me importa
que me alarguen las sombras
de la noche,
que las uñas felinas
de los sueños
arañen el silencio con su voz
o que arranquen la lengua
a las palabras.

No importa.
No, no importa.
Puedo helarme
con las brasas de la luna
o prenderme en
un carámbano de sol.

ANGEL GUINDA

PASA LA VIDA

Suelo, al atardecer, salir de casa
a tomar unos vinos, económicos
como un paseo, en tabernas domésticas
donde se habla, con familiaridad,
de fútbol, de política, del hijo mayor
que no encuentra trabajo, del pequeño
que no quiere estudiar, de unas cortas vacaciones
en el pueblo, de enfermedades, de las rarezas
del abuelo, de un cambio de neumáticos
o del último atentado terrorista. Estéril, el tiempo
sigue, indiferente, su camino, mientras
miro, apostado en la barra, a través del cristal,
pasar la vida, en medio de un laberinto
de coches mal aparcados y luces de neón-
y yo paso también, sin darme cuenta.

FERNANDO NOVALBOS**LLEGUÉ A TI**

Llegué a ti, en tiempo
de desorden,
cuando esperaba en la frontera
un eterno candor,
al otro día,
después de lo previsto,
acostumbrado ya a ti
te besé luego
como un viajero.

Qué sosiego volver, pensé,
disfrutar de tu sola mirada,
saber del espacio,
del tiempo que pasaríamos,
nosotros,
nuestro más bello amor,
al huir de aquellos enemigos
que partían sus piernas
al surgir el sol en el aire.

Y de pronto, sí, de pronto,
la velada, el humo, el café,
los dos, aquella vez,
detenidos y observadores
de una misma causa,
con esas palabras irrepetibles,
con ese estupor primaveral,
entonces, aquel año,
el amor.



DESDE AQUÍ PODRÍA VERSE

(HOMENAJE AL MAR)

A Santiago que se fue a Cuba

Desde aquí podría
verse el mar,
el agua, la luna mordida
por un alto bosque,
el viento arrebatado y conmovedor
sobresalir por entre las olas
porque aquí también está el mar,
la autenticidad de la mirada,
el vino y la libertad
engañada por su propia agonía.

Desde aquí se podría crecer
y situarse frente al mar,
viendo nacer la risa azucarada
y el beso instantáneo y preciso,
porque tal vez también seamos
hijos del mar donde fruncen sus gestos
los hombres que trabajan
y mueren por vivir en los cementerios.

Desde aquí, amigo mío, desde este sitio
recóndito e insignificante
donde cada día escribo entre espumas
y mareas somnolientas y voraces
se puede observar, como siempre,
azul, verdadero, agotado y fresco,
sí, sí, el mar, nuestro mar de cada vez,
el mismo de ayer, el que sufre



por los seres tercamente perdidos.
Y tú, que te vas volando el mar,
despegado y ágil, sin rutina,
acompañado y ausente latido,
piensa que, desde aquí, juntos
y superlativos, seguiremos tus desvíos,
seguros de que en ti habrá esa calma
de que nosotros también tengamos el mar
abrazado y desmedido en el alma

LA MARRANA SILICONA

por Jesús Pino

Una rosa de color amarillo limón no es un saltamontes ni tampoco es la cara de un japonés hepático. Ni es un impreso administrativo. Ni un reloj de pulsera. Ni es el alma de un prestamista. Una rosa de color amarillo limón a lo más que se parece es a otra rosa de color amarillo limón.

-¿Y a una rosa azul?

-También. Pero menos que a una rosa amarilla.

-¿Y a una rosa rosa?

-Le remito a la respuesta anterior

-¿Y a una rosa negra?

-Algo menos...y no continúe por estos caminos, pues, recuerde que, las sendas de la comparación están sembradas de quiijones de odio.

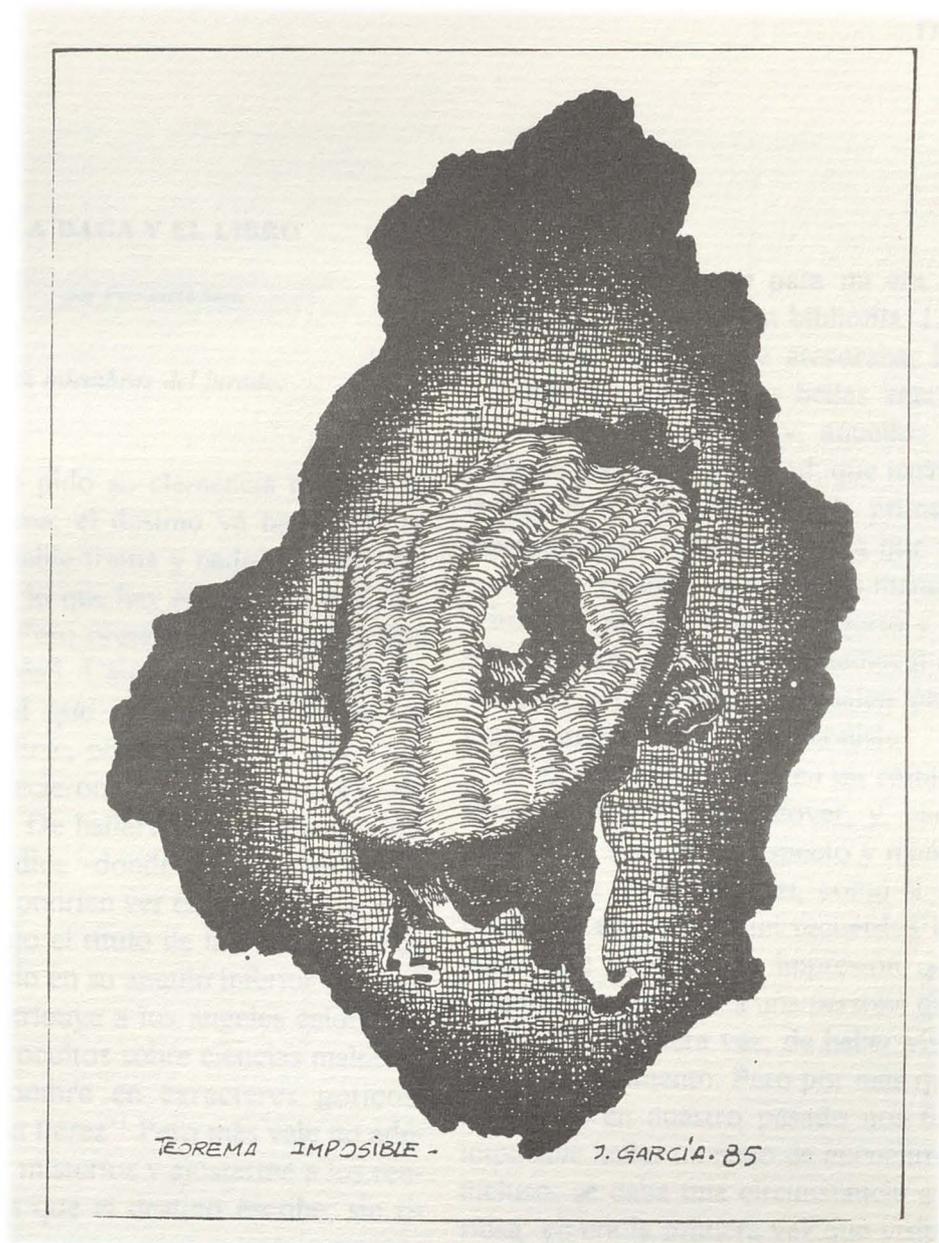
Una rosa de color amarillo limón sin limón es otra clase de rosa. Es una rosa amarilla. Y una rosa amarilla puede ser algo más impersonal. Al faltarle el matiz cítrico la rosa es amarilla, sí, pero equívoca. Es la imperfección de lo absoluto, lo inexacto del álgebra ondulatoria, lo accidental subjetivo.

-Yo creo, mire usted, y con todos mis respetos, que no soy yo quien para corregirle, que una rosa amarilla tiene su importancia, repito que sin ánimo de contrariarle.

-Usted no me contraría. Usted me interrumpe y quiebra el finísimo hilo de mis especulaciones.

(continua en pág 23)





Era una risa muerta que parecía brotar de las profundidades de la tierra y que estallaba en mi cerebro como si nunca más se fuera ya a acallar.

Julio Llamazares

(La lluvia amarilla)

LA DAGA Y EL LIBRO

por Fernando Joya

Señores miembros del jurado:

No pido su clemencia ni temo su condena; el destino ya ha urdido su inapelable trama y nada lo podrá detener: lo que hay escrito que pase pasará. Pero pretendo que juzguen con la verdad. Ustedes ignoran que la fatalidad que me acecha, a punto de cumplirse, obedece a unos actos que acontecieron el 15 de noviembre de 1687. De hallarse en sus manos cierto códice -donde se cifra mi perdición- podrían ver en su página primera, bajo el título de la obra, sobre un exordio en su ángulo inferior derecho que atribuye a los ángeles caídos saberes ocultos sobre ciencias malditas, mi nombre en caracteres góticos: "León Pérez" Pero más vale no adelantar misterios y ajustarme a los renglones que el destino escribe, sin titubeos, paso a paso y ordenadamente.

Todo empezó en junio de 1993, cuando un amigo de la universidad de Tel-Aviv me puso en contacto con Umberto Fidalgo. Éste era conocido en Toledo como editor, pero yo le

sabía otra faceta que para mí era de sumo interés: su pasión bibliófila. Los esotéricos códices que atesoraba, los volúmenes en seda, las bellas encuadernaciones en tafilete y, aquellos libros, de mucha antigüedad, que narran la venida de los judíos de la primera diáspora, eran un reclamo para que yo -que acarreo años en labrar un manuscrito que quiere recoger lo cierto y lo fabulado sobre la alquimia medieval en Toledo- viajara desde Jerusalén para entrevistarme con el coleccionista.

Quedamos citados en un restaurante de la plaza Zocodover, y, nada más verlo, noté en su aspecto y maneras ciertas reminiscencias, como si su presencia evocara en mí recuerdos lejanos; me refiero a la impresión que sentimos de conocer a una persona que vemos por primera vez, de haber vivido ya ese momento. Pero por más que hurgamos en nuestro pasado nos fue imposible hallar un nexo de encuentro; incluso, se daba una circunstancia curiosa: yo era la primera vez que visitaba Toledo, y él me juró y perjuró que no había abandonado nunca la ciudad. En la entrevista acordamos que tendría libre acceso a sus códices a cambio de que él editara la obra en que yo me encontraba trabajando.



Al día siguiente le visité. Vivía en un palacete de piedra cercano a la catedral, en el antiguo barrio judío del Alcaná; una construcción del siglo XV blasonada en el frontis, con una puerta de madera noble de dos hojas claveteadas. Cuando me dirigía hacia el lugar, noté un cúmulo de sensaciones que no supe a qué atribuir. Ante la innumerable piedra de los edificios, aprisionado por las estrechas y alambicadas calles que conducen a la catedral, tuve la rara impresión de que las gentes que se cruzaban conmigo pertenecían a una época lejana. En relámpagos repentinos percibía la transfiguración de sus atuendos en largas calzas, aljubas orientales y sayas; vestimentas distintas en unos y otros, pertenecientes a distintas culturas, pero uniformadas por su misma antigüedad. Estas alucinaciones marcaron el inicio de una serie de escenas fantásticas que culminaron en un increíble final. Necesito que ustedes las conozcan y juzguen.

Durante toda una semana, cada vez que iba desde el hotel en que me alojaba a la casa de Umberto Fidalgo siguiendo el mismo trayecto, se repetían las mismas visiones, aunque aumentando día a día en intensidad. Supe que recorrer las calles de la ciudad donde moraron mis ancestros sefardíes ocasionaba la alteración emocional que sufría, pues, al tiempo

que afloraban aquellas imágenes, que yo percibía como reales, del subconsciente, mis sentimientos entraban en rápida agitación; creyendo que, por cómo era afectado por ellas, debían de tener un significado especial que no sabía comprender, y lo achacaba a que en el pasado esas escenas formaban parte de sucesos que le ocurrieron a algún antepasado mío, llevándolas yo grabadas en la porción de sangre heredada de él.

En defensa de mi cordura, juzgué que las visiones eran traspasos inconscientes desde la estancia de los sueños al manantial de la imaginación, y deseché otras explicaciones; pero poco a poco, sin mi consciencia pretenderlo, se fueron apoderando de mi pensamiento razones mágicas para explicar lo que me sucedía; como si los temas de la alquimia y de los saberes esotéricos en cuyo estudio estaba enfrascado suplantarán en mi cerebro a los conocimientos científicos de la realidad, y, aunque procuraba restablecer el recto juicio sobre las cosas, el deleite que me embargaba con tales cavilaciones me condujo a un obstinado embelesamiento.

Pensé en la metempsicosis, en la transmigración de las almas desde unos cuerpos a otros después de morir (idea en la que creyeron Orfeo, Pitágoras, Platón y millones de hindúes: en mi cuerpo habitaría el alma antigua de un hombre que tuvo ese camino por usual. El olvido que sufre la luz divina, tras beber



en la fuente de Leteo, no habría sido total: Pitágoras pretendía recordar sus existencias anteriores), percibiendo yo cierto aroma de recuerdo al cubrir el mismo sendero que aquella otra persona, en la que antes se posó mi alma, cubrió. Aún di vueltas a otro arcano, el del Eterno Retorno. Dice esta ilusión que todo vuelve a ocurrir, que el destino es cíclico, que no llegará el confín de los siglos antes de que, en uno de los infinitos momentos del porvenir, me encuentre nuevamente escribiendo estas mismas líneas sobre este mismo papel con este mismo cálamo (tal fue la maquinación que fraguó Nietzsche y muchos de la antigüedad). Un acceso de humor me decía, ¿saldrán aquellos muertos lejanos de sus tumbas para volver a realizar lo que ya hicieron?, ¿vivirán aquí, con nosotros en otra dimensión que por alguna causa ignota yo percibo?, ¿me verán ellos a mí?, ¿se espantarán de mis ropas y mi aspecto?, pero, el temor, al oído, con aviesa intención, desoyendo la prohibición tácita impuesta por la voluntad, susurraba: acabará creyendo que personajes del pasado han salido de sus tumbas y se pasean por las calles de la ciudad o: “mi desatino mental es el causante de estas visiones”.

Aún transcurrió un tiempo de citas, preparativos, y de formalizar

nuestra colaboración. Siete u ocho días habrían pasado desde mi llegada a Toledo cuando Umberto Fidalgo me sorprendió con una gentileza nada usual: la de alojarme en su casa el tiempo que fuese necesario para revisar los códices que me interesaban. Extrañamente, mientras brindábamos por su amabilidad, me sobrevino la impresión de que aquel mismo vino lo habíamos saboreado juntos muchos años antes.

La mucha antigüedad del edificio no lo privaba de comodidades modernas en sus estancias y dormitorios. El mío tenía luz natural de un patio en cuyo centro se levantaba el brocal de un pozo de mampostería hasta medio cuerpo. En cuanto lo vi comenzaron de nuevo mis ofuscaciones: se me figuró que ya había bebido de sus aguas, que ya antes me había asomado a su hondura; luego supe que tuvo que ver con los libros, que cientos de manuscritos escondidos en su interior fueron librados de las garras de fanáticos ulemas y de la Inquisición. Tan sólo la biblioteca que contenía los códices parecía sacada de otra época. Sus muros se cubrían de anaqueles ennoblecidos por carcoma inmemorial rebosantes de pergaminos, manuscritos encuadernados en tafílete, volúmenes gofrados en seda, y una colección de papiros que despedía un rumor etéreo de rancia antigüedad; y en filas a lo largo de la



nave, unas bellísimas vitrinas se alineaban como soldados en formación. Cada una de ellas contenía tres anaqueles en los que reposaban sendos códices infolio abiertos por su mitad; códices que me hablarían de saberes esotéricos sobre antiguos arcanos. En el techo había pintadas figuras demoniacas y símbolos alquímicos (un gran sol derramando gotas de rocío sobre una luna cóncava), y en el mosaico del suelo se dibujaba, baldosa a baldosa, un gran dragón mordiéndose la cola. Aquí y allá, en grato contraste, se distribuían por la sala, sobre capiteles de jaspe, unas pocas ánforas que por su valor denotaban la pasada riqueza de los propietarios. Aparecían con la belleza añadida de alguna mutilación, formando con el resto de la sala una armónica imagen de sabor clásico. Todo dispuesto en riguroso orden, en exacta y mágica proporción. Todo excepto un rincón que chocaba con el resto. En él se sucederían los episodios que me obligarían a matar. Un rincón situado en lo más umbrío de la sala, al que se adosaba una vitrina hermética con forma de prisma triangular: de un solo anaquel, donde relucía el filo zigzagueante de una daga con empuñadura de plata reposando sobre un viejo códice.

No descubrí la vitrina hasta unos días después de mi acomodo en la

casa. Hasta entonces, me asombraba algo muy curioso: una incomprensible familiaridad con lo que me rodeaba en la sala de códices. Si buscaba un pergamino sobre un determinado tema, unas manos invisibles y misteriosas me guiaban hasta él. Un sexto sentido me decía, sin marra, el anaquel propicio donde tenía que buscar, como si el azar me hubiese otorgado un fuero por el que dejaba de estar sometido a su imperio.

Una mañana, buscando un legajo sobre astrología, se cernió sobre mí un aluvión vertiginoso de impresiones, acompañado de extrañas voces y figuras fugaces; tal como si el puñal y el libro que encerraba la vitrina actuaran como un vórtice que me agitara las pasiones del alma hasta el desconcierto, que removiese el pozo de las emociones, entreverándolas, hasta conseguir un caos fluido que, al ser absorbido por los mecanismos de la razón y el recuerdo, crearan, en vez de pensamientos y escenas, un cúmulo de formas inestables, voces inarticuladas, retazos sentimentales, ráfagas de imágenes inconexas carentes de significado apreciable, como si padeciese amnesia.

Desconcertado, con el ánimo en suspenso, permanecí absorto viendo como la marea de impresiones iba y venía, me tomaba y me dejaba; y, en una de las pleamares, deteniéndose las imágenes unos segundos en mi cere-



bro, percibí ropas de otros tiempos, la daga ensangrentada sobre el suelo, y..., asombrado, creí ver el rostro de Umberto Fidalgo coronado por un bonete cardenalicio. Entonces hui, salí corriendo de aquel rincón maldito. Me acechaba la certeza de estar sintiendo presagios y no recuerdos. Presagios indefinidos y lúgubres; una suerte de vértigo inefable y sombrío. Temí que un atroz destino me anunciaba una fatalidad.

En los días venideros no cesaron de atormentarme similares alucinaciones cada vez que me acercaba a la vitrina que encerraba a la daga y al libro; y estas alucinaciones se complementaban unas con otras *formando el mosaico de una escena extensa e increíble*. Le indiqué a mi huésped las figuraciones mentales que me sobrevinían cada vez que me acercaba al puñal y al libro. Ya habíamos intimado lo suficiente para mantener apasionadas conversas sobre los saberes ocultos de magos y nigromantes. Él creía en esas artes y daba pábulo a que en el pasado se había conseguido la Piedra Filosofal, poseyendo algunos hombres el conocimiento de los arcanos de la vida y de la muerte, teniendo otros la facultad de predecir el futuro; señalándome que la Cueva de Hércules (una cueva de la leyenda sobre el Toledo medieval que yo investigaba, donde probablemente

se habrían reunido esas gentes) había sido un conventículo de sabios en las ciencias ocultas, sin parangón en ningún otro lugar del planeta ni de la historia. Pero aun con la vehemencia que mostraba hablando de los saberes ocultos, mi inquisición sobre los hechos que me acaecían ante la daga y el libro le espantó.

Yo esperaba una respuesta en tono más que loable, que me hablaría -conociendo la fértil, casi enfermiza, imaginación de Umberto Fidalgo- de recónditos arcanos, o de sus antepasados vagando entre las vitrinas, o de algún fenómeno de lo llamados paranormales por los que mostraba tanta afición, pero todo cuanto me respondió -con cara de espanto- fue que me previniera contra esos dos objetos, que estaban malditos, y que... *repetidas manos asesinas habían derramado sangre con aquel puñal*.

Pensé que me sobrevinía la locura. Durante los días de mi vida he conocido a hombres a los que, de una manera similar, se les ha descarriado el juicio. Hombres que tenían en común el haberse desquiciado tras dedicar largos años al estudio de las irresolubles cuestiones que les seducían. ¿No habría caído yo en la misma marejada mental por mi obcecación - que ya duraba un lustro- en querer desentrañar los enigmas de la alquimia, en tener la oculta esperanza de descubrir



qué hubo de verdad en el Elixir de la Vida o en la Piedra Filosofal?

Me impuse la voluntad de no acercarme a la vitrina. (Digo “me impuse”, porque aun con el destrozo anímico en que quedaba tras haber estado en su presencia, sentía una inexplicable fascinación hacia aquellos dos objetos malditos). Así pude continuar con mi manuscrito. Sin embargo, aun sin alcanzarme las alucinaciones, no trabajaba tranquilo. Sentía inquietud por los actos que aquellas visiones dejaban entrever; que yo consideraba premonitorios, pues en ellos estaban las mismas vitrinas, los mismos códices, los mismos dibujos en paredes y suelo que era posible ver en aquella sala, y al mismo Umberto Fidalgo revestido con la pompa de un hierofante de la antigüedad.

Ya habían pasado dos semanas desde que descubrí el puñal y el libro, y una semana manteniéndome apartado del rincón donde los dos objetos se hallaban, cuando un nuevo y extraño fenómeno vino a ocurrir. Una mañana que, como otra cualquiera, me encaminaba hacia la biblioteca en busca de algún códice, nada más traspasar su umbral, me alcanzó el influjo de la vitrina; como si su fuerza se hubiera acrecentado imponiendo su poder alucinógeno a toda la estancia; tal como la ola pro-

ducida en un estanque, que se extiende y alarga hasta su límite sin disminuir su intensidad, porque un foco -la vitrina maldita- regenera constantemente su flujo y su reflujo. Lleno de temor, hube de evitar la entrada en la biblioteca, y esta circunstancia hizo que el trato con mi huésped creciera. Él me traía hasta mi escritorio-alcoba los libros que necesitaba -que yo no podía coger-, siendo frecuente que entabláramos arduas discusiones sobre los temas de mi manuscrito. Algunas veladas nocturnas (tras cenar juntos en una pequeña habitación que él consideraba mágica, porque -decía- en ella se iluminaba) se prolongaron hasta el alba, con Toledo o la alquimia en los labios.

Durante los veinte días que aún permanecí trabajando en mi manuscrito llegué a conocerlo mucho mejor. Además del crédulo loco que les he dibujado, en cuya mente se daban cita las elucubraciones más disparatadas y las más raras conjeturas, sus ideas proclamaban un hondo resentimiento hacia las gentes, a quienes hacía culpable de su ostracismo, de no ser suficientemente ensalzada su gran erudición, que versaba sobre los “grandes misterios de la humanidad” teniendo conocimientos -aseguraba- “de tan alto valor que desplazan en importancia a los más rutilantes avances científicos”. No obstante, en mi fuero interno lo llegué



a apreciar, no tanto por su carácter o sus conocimientos, como por considerarlo representante de una estirpe que mantuvo la fiel relación de su linaje con los libros y supo guardar el tesoro bibliográfico acumulado amorosamente por tantas generaciones; y porque su ayuda me fue de gran utilidad, pues pude disponer de rarísimos pergaminos que hubieran hecho la delicia de cualquier bibliófilo, como uno de Zósimo de Panópolis donde se dan escondidos detalles de los fines y medios de la alquimia, y una obra en arameo sobre la Cábala y la interpretación del Talmud, perteneciente a la aljama judía alejandrina del siglo tercero.

A finales de Julio, después de un mes de recopilar datos para mi manuscrito, con éste a punto para su edición, unos asuntos familiares me llevaron de regreso a Jerusalén. Antes, queriéndome cerciorar de que las alucinaciones ya no existían, o que tal vez formaban parte de un sueño (porque la mente tiene resortes poderosos y, tras mantenerme más de dos semanas alejado de la sala de los códices y de no sentir sus efectos demoledores, la cordura había impuesto -por temor- el olvido), hice intención de penetrar en la sala, pero en el último instante, el miedo a que a parafernalia volviera a desatarse me

hizo desistir.

El dictamen que emitieron mis amigos de Jerusalén cuando les conté todo lo que me había ocurrido coincidió con el que mi mente había elaborado para negar la realidad: que todo se debía a que un ánimo influido por el estudio de temas esotéricos -ayudándose de la fatiga-, confunde en ocasiones la ficción de los libros con la realidad, y hace surgir por un subterráneo de la razón los fantasmas creados por la lectura.

Un plácido mes de agosto casi me libró del recuerdo, y como en los meses que siguieron me atarearon otras faenas muy dispares, cuando en noviembre volví a Toledo no tenía en mente otro asunto ni interés que publicar el manuscrito, pareciéndome los sucesos de unos meses antes cosa muy lejana; tanto, que dudaba que hubieran pasado tal como yo los recordaba.

La mañana de mi llegada apenas pude hablar con Umberto Fidalgo. Apenas estuvimos juntos el tiempo necesario para saludarnos mientras deshacía el equipaje en la misma alcoba que ocupé con anterioridad. Agradecí sus prisas porque deseaba descansar, así que acordamos ultimar los detalles de la edición después; pero lo encontré más ceñudo y hermético que cuando me despedí de él; receloso, como si soportara tensiones que no pude descii-



frar.

Los hechos definitivos ocurrieron en la misma tarde de otoño de mi llegada, el 15 de noviembre (aunque tengo para mí que el que se diera en esa fecha obedeció a la simple casualidad y no a los designios de un estricto destino). Volví de saludar a un conocido a casa de mi anfitrión, cuando vi en el escaparate de una librería un libro cuya portada traía una foto de Umberto Fidalgo. Fue todo uno: fijarme en el título de la obra y darme un salto súbito el corazón: La Cueva de Hércules en la Alquimia Medieval, rezaban grandes letras amarillas sobre fondo rojo, junto al retrato del que figuraba como autor. Pasé dentro y lo hojeé nervioso. Letra por letra repetía en su totalidad cuanto constaba en mi manuscrito. Sentí el cielo hundiéndose sobre mis espaldas. Tantos esfuerzos, tantos años de recopilación y de síntesis, ¡perdidos!, ¡robados! Aquel maldito me había engañado desde el principio con el fin de apoderarse de mi labor, de ahí que me acogiera como huésped y se brindara a poner a mi disposición sus códices. Como un infeliz pelele caí en la red de mando de sus palabras, de sus obsesiones, de su odio a la sociedad. Propósitos que no eran otros que salir de aquel anonimato que tanto le oprimía, cobrar celebridad, ser alabado por su e-

rudición, por sus conocimientos en los irresolubles misterios que ha tratado de desvelar a lo largo de la historia lo más granado de la humanidad.

Corrí como enloquecido hasta su casa. No lo hallé en la vivienda y subí hasta la sala de los códices. Allí se encontraba, junto a los restos de la vitrina que había guardado el libro y la daga zigzagueante con empuñadura de plata. Vestía una túnica morada a modo de hierofante y se coronaba con un bonete circular. La vitrina, hecha pedazos en el suelo, había sido destruida para conseguir la daga que mi enemigo sostenía mientras miraba fijamente el libro de fatigada encuadernación. Permanecimos unos segundos en silencio, mudos, atentos, mirándonos con acritud. Entonces entonó con voz solemne, como en un réquiem, las palabras que ahora escribiré y que escribiré de nuevo en el porvenir: “Durante siglos ha permanecido sellada esta urna. Durante muchas generaciones, de padres a hijos, nos ha sido transmitida la maldición que obra en el puñal y en el códice. Nunca hasta el día de hoy hojeé sus agrietadas vitelas; nunca hasta el día de hoy acaricié el filo de esta daga con que fue asesinado algún ancestro mío, por la disputa del códice.

Tu ignorancia te hace creer que he usurpado la autoría de tu manuscrito, pero, si imaginases siquiera los siglos escritos en este códice tan anti-



guo, comprenderías que esos conocimientos que crees tuyos me pertenecen; que no eres más que un fatuo, un desconocedor de los grandes Misterios.

Ahora tienes que morir para que concluya la maldición que ha acechado durante siglos a mi linaje. Te he de dar muerte con esta daga milenaria por la razón que murió mi ancestro: disputando este códice inmemorial que tú crees haber escrito”

Me fijé en sus ojos y vi centellear la locura. Me atacó. Yo me moví por instinto. Ni un solo instante pensé ni temí: ese momento, ese ataque, esa furia en la cara de Umberto Fidalgo, los había visto muchas veces en mis alucinaciones; en cada ocasión que me acercaba a la daga y al libro. Sabía quien resultaría vencedor..., sabía quien iba a morir. Como un autómatas reproduje los mismos movimientos que tantas veces vi: pugué, agarrado a sus manos, por el puñal, tropecé, caí hacia atrás y lo arrastré; él cayó en falso sobre mí, aflojé la fuerza sobre el acero; mis manos, guiadas por un acto tantas veces vivido en subconsciente, vencieron a las suyas y... clavaron la daga en su garganta.

Murió en un suspiro, sin palabras, como tantas veces antes le había visto morir. Ésta es la verdad. No me culpen por cumplir una imposición del

destino en la que no obró mi voluntad.

Después, cogí entre mis manos el libro immaculado durante siglos. Lo desabotoné; en su primera página figuraba en caracteres góticos el nombre de su autor: “León Pérez”; el título, ya se lo imaginan ustedes:”La cueva de Hércules en la Alquimia Medieval”, en su interior figuraban *las mismas letras que emborronan mi manuscrito*.

Entonces comprendí todo: mis alucinaciones no habían sido premonición; no había visto el futuro donde mataba a Umberto Fidalgo: *-¡recordaba el pasado!*. En realidad, *había matado de nuevo al mismo Umberto Fidalgo a quien siglos atrás maté. Se volvía a repetir la misma acción en el mismo escenario, con las mismas personas, en la disputa del mismo libro que yo había vuelto a escribir*. La madeja del destino se había ido desenredando desde el momento en que pisé Toledo, al pasear por sus calles, al entrar en la sala de los códices, al acercarme a la vitrina que contenía la daga y el libro. Todos esos lugares y todas esas cosas no eran sino talismanes que disparaban mis recuerdos. Todos esos eventos ya habían ocurrido trescientos años atrás: ya habíamos peleado, ya entonces lo maté, ya entonces escribí el libro que descansaba en la vitrina junto a la daga.

El círculo se cerró: lo ocurrido



en el pasado había vuelto a ocurrir. (Pensé, para no asesinar de nuevo en el porvenir, dar cumplida satisfacción al fuego, destruyendo la nave con sus códices y pergaminos, pero luego di en la cuenta de que el destino rehacería su tela y que eternamente volvería a incendiar y a asesinar).

Ésta es la verdad. Y ahora...no

se interroguen por mi muerte: si leen la última página del códice, en una hoja añadida por la mano de la Inquisición, sabrán que el 15 de Noviembre de 1687, el autor del libro, León Pérez, mató con una daga con mango plateado y filo zigzagueante a Umberto Fidalgo, y luego, antes de permitir que un tribunal le condenase, se ahorcó. ¡Y al destino no se le puede contravenir!

Fdo: León Pérez

RINCON 1

Jesús Pino

Hay que inventarle huevos a la vida
y agarrárselos fuerte
y retorcerlos
hasta que se confiese incorruptible,
o culpable de todos y de todo.

Hay que inventarle coños a los sueños
y quemarlos con sosa
y penetrarlos higos de chumberas,
para que de una vez y para siempre
descubran la verdad de sus mentiras.

Hay que llenar de sexo el aire y las ventanas,
porque nacer al día
o mirar tras el mar de los cristales
ni salvaguarda el corazón,
ni evita la cruel complicidad que sostenemos
con los encubridores de la muerte.



ANTONIO DEL CAMINO

Talavera, 1955. En 1978 obtiene el premio "Rafael Morales" por *Segunda Soledad (Colección Melíbea)*. En 1980 el premio "Ciudad de Santo Domingo" por *Donde el amor se llama soledad (Madrid, 1981)*. Cofundador de la colección La Troje, donde publica en 1982 *Constancia de las Lunas*. En 1984 recibe un accésit del Premio Adonais por *Del verbo y la penumbra*. Los poemas publicados pertenecen a su libro inédito *Dédalo*.

El tiempo que ahora pienso, y es futuro,
apenas lo percibo, ya se ha ido.
Un instante fugaz, sólo un latido,
y el presente es pasado prematuro.

Tal vez por eso a modo de conjuro,
para fijar el tiempo ya vivido,
comenzase a escribir frente al olvido
que deja el tiempo en su rumor oscuro.

Tal vez por eso vuelva a la poesía
y vierta en ella pena o alegría,
materia elemental de mi alegato.

Acaso así defina mi universo,
mientras aprehendo el tiempo en cada verso,
dando forma a un cambiante autorretrato.



Dando forma a un cambiante autorretrato

van pasando los años. Y son treinta
rehaciendo una memoria que se asienta
en un inacabable asesinato.

Pues en mis versos miro mi retrato
y en cada verso un rostro nuevo alienta.
De adolescente a hombre que presenta
signos de madurez... estrato a estrato.

Podéis reconocerme. Soy yo mismo,
enarbolando fe o escepticismo,
soledad, desamor, pasión, deseo...

En todos estoy yo, y estoy completo.
Y aun manteniendo fama de discreto,
en esta desnudez febril me empleo.



En esta desnudez febril me empleo:

me muestro como soy, y sin ambages.
Y aunque a veces adopte camuflajes,
-metáforas, al fin- no titubeo.

Empeñado en saberme, me rastreo,
me recorro, inicio aprendizajes
que me enseñan quien soy sin maquillajes:
“ *Del blanco al negro sólo un parpadeo* ”.

Así voy deshilando mi memoria,
girando sobre mí como una noria,
recobrándome libre frente al tedio.

Para atrapar mi rostro en los espejos
de estos versos, me asomo desde lejos
al tiempo que me cerca en firme asedio.



De la noche, la espuma más arcana,
desciende por la página. Describe
lo que una voz empírica concibe,
anhelando cumplirse más humana.

Estoy en ella: manantial que mana
desde el claro reposo de mi aljibe,
en tanto que otra voz que en mí convive
calla, por parecer más soberana.

De la una a la otra me sucedo,
mientras avanzo y luego retrocedo
por este dédalo, íntimo y seguro.

Sé que al final daré con la salida.
Implacable, me obliga a esta partida
el tiempo que ahora pienso, y es futuro.

(viene de la pág. 10)

El cangrejo que ni es rosa amarilla ni rosa de color amarillo limón es animal de pensamiento sinuoso y sobreabundante imaginación. Es también animal de ira sopesada y cremosa paciencia que gusta de la nocturnidad sin alharacas y de las tibias auroras de los jueves. El cangrejo razona ondulosamente y enjuicia con acumulativa ambición.

-Discúlpeme de nuevo, pero no termino de entender...

-Pues, usted dirá...

-El cangrejo y la rosa de color amarillo limón, ¿son analógicos o tautológicos?

-Yerra usted doblemente

-El cangrejo y la rosa de color amarillo limón, ¿son antagónicos o anfibológicos?

-¡Vuelta al error! El cangrejo y la rosa amarillo limón ni son agónicos, ni catatónicos ni simbólicos ni paralelepípedos. O sea, siga usted pensando y utilice el bello e iluminador sentido poético. Octavo de los humanos sentidos a través del cual penetrará en los íntimos, llanos y humildes niveles de la realidad real.



MARÍA ANTONIA RICAS**POR ESO NO ME MUEVO DE MI CASA**

Si al viajar se extraviaran las orugas
de la tristeza
y por no conocer
la carne de las plantas singulares
desfallecieran de hambre, quedarán delgadas,

ni casa buscaría,
ni trabajo seguro ni la amistad de dóciles
animales domésticos.

Nómada olvidaría el paso dado y en el paso siguiente
volvería a aprender
mi nombre,
a caminar, a erguirme desde nada.

Pero no queda rastro de mí en los territorios recorridos,
no mueren
las tranquilas orugas
la tristeza...
Regresan con mi ropa, sucia de las bahías,
y se recobran del agotamiento
y ocupan los pliegues que debieran ablandarse en la nostalgia
cuando el recuerdo atempera las tierras
extrañas e insabidas.

.....



Por eso no me muevo de mi casa.
Dejo que los amigos
me relaten
la sal de sus alegres singladuras.
Yo no tengo maletas para tantas reposadas heridas;
apenas cambio el rumbo
de la calma que cubre la penumbra.
No viajo hacia la aurora boreal ni persigo la luz
de otro hemisferio
para que no se agiten las orugas
y crean que es de noche
y me he dormido.

TARDÍO HOMENAJE A M.A.R POR j.p.g.

Cuando hallaron al pájaro-Frida en la orilla del Tajo, las ninfas no supieron explicar, al inspector de Policía, si era ave o divinidad aquel extraño ser que las aguas habían devuelto o concebido o extraído del légamo del fondo.

-Vamos a ver, señoras; tengamos la fiesta en paz y no nos pongamos nerviosos. Contesten de una en una y según se les pregunte.

El inspector superior daba largas zancadas delante de las vaporosas figuras de niebla. El inspector jefe miraba, de reojo, las hermosas desnudeces transparentadas a través de los velos o gasas o sedas o lo que fuesen aquellas telas cristalinas y ligerísimas.

-¿Dicen ustedes que saltó del río a la ribera como si alguien le hubiese empujado...?

-Síiiiiiiiiiiiiisiiiiisiiii

-¡Silencio, coño, y me respondan una por una o van todas al calabozo....!.A ver, usted, la del libro en la mano....

-Perdón. No es un libro.

-¡Vaya por Dios!Esta ha salido lista.

-Es que es un diario...

-¡Ah, leche, mira que fina nos salió la joven!

-Sí señor. Es un diario, el diario secreto de M.H. El color rojo de la portada es el de la pasión amorosa de su personaje. Una pasión que convierte los versos y las palabras en brasas de amor que incendian y devoran y consumen al amante y al amado en un vertiginoso placer de vida y muerte...

-Equilicuatri.¡Jenaro, tómeme nota del tal M.H. e investigue donde pasó las últimas seis horas!



PACO MORATA

EL INVIERNO INTERIOR

I

UNA CIUDAD SIN RÍO NI ARBOLEDAS

un invierno interior en donde apenas
las gentes el paisaje son más cálidos
que el pánico de ver la muerte a solas

II

EL GUARDIÁN DE LA TORRE pierde el sueño

a veces en la noche porque escucha
un rumor de cantigas en las celdas

el guardián de la torre no distingue
si es un carmen de amor o himno de luto
el canto que perturba su descanso

abajo en las mazmorras los enfermos
exhalan su dolor las madres llaman
a gritos a sus hijos los más jóvenes
se enamoran y sufren pero nadie
pone música o ritmo a sus palabras





J. Morley
99

la falta de atención y la distancia
la dureza de oído y una mente
no dotada de gusto por el arte
convierte como mágica retorta
lo que no es sino vida cotidiana
en la más melodiosa serenata
o el coro funeral más afligido

III

LA MUJER DEL BRUJO es joven, desmayada; se acurruca en las sombras, lejos del fuego, muda como una sierva, mientras la escarcha va formando cristales en su pelo.

Cansado de fumar junto a una lumbre fría, el hechicero envuelve sus huesos encorvados en una piel de vaca que chinches y pulgas le disputan; reclina sobre un tronco su cabeza lastrada de alcohol y se abandona en las garras de un sueño espejo de la muerte.

La mujer rebusca en una parva de trigo infecto de gorgojo, donde esconde una estaca de olivo puntiaguda; se acerca arrastrando por el barro sus cabellos, a la yacija inmunda donde el hombre convive con todos sus olores; alza al aire sus manos oferentes; empuña en ellas un bálano asesino que descarga setenta veces siete sobre el pecho de quien siempre la había maltratado.

Hay sobre el fuego un pote de barro, olla prohibida que hierve a borbotones un agua pestilente. Bebe un sorbo de urgencia que escalda su garganta; se incorpora; es alta y sarmentosa como un árbol en invierno; intenta maldecir y la posee un olvido tan largo como el odio; su cuerpo se vuelve incandescente; le estalla la cabeza; de ella vuelan jaramagos y abejas.



IV

ANTINOO TRAS DE CADA NEGATIVA

dirige a Onán su impura incontinencia
polución de venganza sobre el velo
que Penélope a la noche se verá
forzada a destejer.

V

Y CÓMO EXPLICO

que abro los labios para dar un beso
y se me llena el estómago de humo
y de alaridos

VI.- GÉNESIS

casi en la noche el deseo te asalta

eres ángel de fuego que me invita
a habitar para siempre sus moradas

yo sierpe de pecado que desciende
soberbia hacia el jardín del paraíso

me mientes el amor y la ternura
calma tu sed el fruto que te ofrezco

enemigo que soy me das la vida





J. Moritz
11



VII

CUANDO UN DIOS INCLEMENTE NOS OLVIDA

cuando nadie es inmune cuando avanza
la peste entre los que aman cuando el mundo
no tiene compasión y los tenderos
administran la ley y la miseria
un almuédano loco nos convoca
al rezo y la abstinencia de la carne
nos ofrece la palabra nefanda
el silencio y el miedo como premio

estás aquí desesperadamente
vivo sobre el pesar de las conciencias
Sientes pasión sobre tu piel prohibida
Invocas la ternura para tu alma
Desahuciada no entiendes que te nieguen
A mor como rescate de la muerte



LA GALLINA CLANDESTINA

por Pilar Jimeno Salvatierra

Yo conocí una gallina que paseaba por el Paseo del Prado, en el centro de Madrid, la llamaban Pinta. Era una gallina avanzada a su época, pues parecía que le gustaba compartir su camino con coches y tranvías. Corrían los años 47 ó 48 de la postguerra y el franquismo duro. La gallina Pinta era por lo menos tan sorprendente como los animales de Steven Spielberg. Se había dejado domesticar hasta el punto de salir a pasear con su ama con una pata atada a un cordón, cuyo extremo sujetaba su dueña celosamente por miedo a atropellos, o a un posible rapto repentino de algún hambriento, nada infrecuente en aquella época.

Angela, como se llamaba su peripatética dueña, había habilitado para ella una habitación, que nadie usaba, en aquel inmenso piso de la calle de San Simón, pero consideraba que no recibía suficiente sol como para poner buenos huevos. Por esta razón sacaba a Pinta a pasear al Prado, incluso cerca del Museo, lo que concedía a la gallina un

cierto tono ilustrado, como correspondía a su familia, puesto que era una gallina de casa republicana.

Por su parte, Angela hubiera podido fácilmente aprovechar lo insólito de la situación y haber hecho su público como un combinado de solidaridad y simpatía. Probablemente muchos vecinos habrían esperado a las once de la mañana para ver pasar a la famosa Pinta con su dueña. Estaba la ebanistería de Pepe, que le daba el parabién a la salida de su casa. Unos pasos más allá los dueños del bar Colón, centro de varias intrigas políticas por aquellos tiempos. Emilita, la dueña de la mercería. Luis el de la jamonería y Emérito el cartero. Todos ellos sin duda alguna habrían constituido el itinerario inicial del casi diario "paseo de la Pinta", en imparable avance hacia el Prado.

Pero Angela, por el contrario, parecía esconderse, y cada día tomaba un itinerario distinto para llegar al Prado. Yo, que lo sabía, no me explicaba muy bien la razón, y un día me atreví a preguntarle por qué no tomaba siempre el camino más corto, con objeto de llegar antes. Noté que no me decía la verdad cuando me contestó que la culpa era de Pinta, por ser una gallina muy rebelde y de poco fiar, que acostumbraba a picotear los pies de quien no le caía bien. También me advirtió que me cuidara muy mucho



de acercarme demasiado a ella, porque además era antipática.

Al final llegué al convencimiento de lo que sucedía con Pinta: era una gallina clandestina, y se encontraba en alguna situación inconfesable, como le sucedía a su dueño que se hallaba en la cárcel como preso político.

Un día por la calle de Moratín, cuando ya casi habían conseguido su objetivo diario, les sorprendió un guardia urbano con un alto casco blanco, y vi de lejos como Angela guardaba a Pinta en una gran bolsa que llevaba. Parecía que discutían, pero el incidente no salió mal del todo, si exceptuamos que el animal estaba al borde de la asfixia dentro de la bolsa.

La gallina me resultaba simpática, contra la opinión de su dueña, y así fue como me convertí en la segura acompañante de Pinta duran-

te los días siguientes.

El último día, fui a buscar a Pinta para su consabido paseo, y esta vez tomamos un itinerario del todo inusual, aunque íbamos camino del Prado, calle Atocha abajo. Pregunté a Angela por qué no había venido Pinta con nosotras, y me hizo una señal de chitón apuntando después la gran bolsa. Entramos seguidamente en una especie de garaje al aire libre desde donde, por lo visto, mandaban paquetes de comida para los presos de Ocaña. Vi como Angela sacaba de la bolsa un abultado paquete y se lo entregaba a un señor calvo y bajito, tostado por el sol.

Cuando salimos de allí, volví a preguntar a Angela dónde estaba Pinta, pensando ingenuamente que podía caber también en la bolsa, porque me resistía a pensar que Pinta hubiera podido ir guisada.

LA SOMBRA EN SU RINCÓN por J.P.

D. Canuto de Ponce fue el inventor más atrevido y más olvidado de la historia científica española. Una catalogación exhaustiva de sus productos mentales es, hoy por hoy, imposible; pero hasta nosotros ha llegado una listilla, bien que precaria y provisional, de algunas de sus genialidades:

a) el biberón de néctar para mariposas; b) la faja ortopédica para elefantes; c) la montura poliédrica de gafas para arácnidos; d) la bicicleta para saltamontes; e) el patín de ciempiés; e) la baraja de naipes antihumedad para peces; y f) el diccionario-guía para aves migratorias.



ÁNGEL ARRABAL

MISERICORDIA

Ruge el viento con fuerza esta mañana.
Es el viento desolador de los que viven
en las chabolas del llanto.

Se han formado remolinos de plegarias
frente a la dorada puerta de tu cas.
Son súplicas a existir sin lágrimas constantes.

Y tú no las atiendes. Tú que bien puedes.

Haz que tu corazón no rezume hiel por el costado.
Ten compasión,

misericordia.

Abre tu dorada puerta
aunque penetre el agrio polvo de la calle
en la lujosa mansión de tu egoísmo.

Oye el rugido del viento desolador.
Oye cómo crujen la miseria y el dolor.
Y desabróchate los botones del chaleco de tu alma
para que la sientas partirse en dos pedazos.



RECUERDOS DE LA GUERRA

Recuerdo el frente, el odio y el fusil.
Recuerdo la sangre, la pena y la metralla.
Recuerdo los muertos, los traidores y los tanques.
Recuerdo las heridas, las calumnias y las bombas.

Recuerdo el mar como insólito paredón
de fusilamiento...

...y a Rafael abatido
en la arena de la playa por el ¡fuego!,
las espumas y los llantos.

Recuerdo la nieve como cómplice
de un laberinto...

...y a Fernando perdido
para siempre en la blancura,
la tristeza y el frío.

Recuerdo a Jesús, recuerdo siempre
al más alegre y risueño de mis compañeros.

Recuerdo la negra noche en que cayó herido
y se le llevaron en una camilla de lona y dolor.

Recuerdo el día en que volvió a las trincheras
y pude darme cuenta de que le habían amputado
la sonrisa y la alegría.



ÁNGEL DEL VALLE NIETO

AROMAS EN EL CORPUS

¿A qué huele hoy Toledo, Cristo mío?
Me dicen que a lavándula y romero;
mas sólo es a tu Amor, Amor primero,
Amor hecho calor y piedra y río.

Es Amor de locura y desvarío
que a la vez se hace libre y prisionero:
libre en cárcel de amor, mi compañero;
preso en vuelo hacia Dios, en Quien confío.

Hoy nos huele Toledo a Pan redondo
-sol de Dios infinito y deslumbrante-
expuesto en catedral de plata y oro.

Aromas de labiadas desde el fondo
de sus calles ascienden confortantes
y envuelven al amor con que Te adoro.

TOLEDO. CRISTAL DE AMOR EN EL CORPUS

Esa mañana bendita de Junio
ascendí por los bordes de tu drusa,
navegué por la mar de tus cristales
-entre caras, vértices y aristas-
que crecían paralelos, verticales:
la Catedral, San Juan, ¡tantos y tantos!.
Eran cristales de caras trigonales



-o rómbicas, quizá-
mostrados en arcillas y granitos.
Eran cristales de aérea simetría
con sus ejes directos hacia el cielo,
tallados por el sol y por la sombra.
Dejaban entre ellos un espacio
vacío de elementos cristalinos
por donde transitaba la Custodia,
prisma tetragonal de plata y oro
en bellísima pirámide acabado.
En él, milagro de los ejes y los planos,
un cristal redondo y sin aristas,
un cristal hecho Amor y desbordante
de cualquier estructura cristalina.
Era un cristal de Amor, tan infinito,
que rompía las caras de los prismas
y saltaba sus vértices y planos,
haciendo un alma de su geometría.
Era el cuerpo de Dios, el Dios entero,
que todas las formas refundía
en las formas de Amores verdaderos,
mientras las calles de Toledo ardían.

Novel cofrade, indigno e implorante,
mi paso a Su paso precedía.
Cristal de roca, corazón, diamante:
¡rompe en planos de Amor tu geometría!



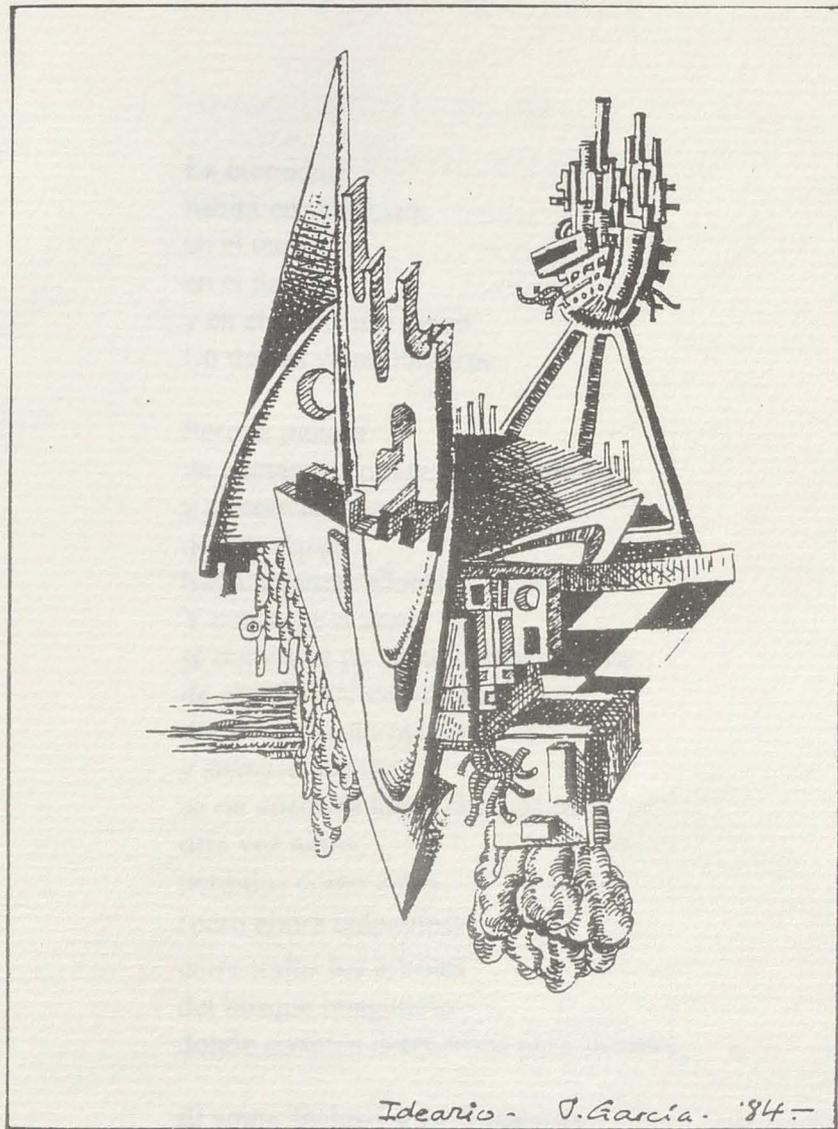
BEATRIZ VILLACAÑAS**EN EL TIEMPO QUE DURA UNA CANCIÓN DE AMOR**

La eternidad
habita en el abrazo,
cabe toda en la música
que se mide en minutos,
y es siempre más pequeña
que la pista de baile.

En el amor
el cuerpo es el más frágil
de todos los espejos
y es cristal vulnerable
ante la más volátil
de todas las caricias
y, sin embargo
nos hace despreciar el universo
y sentirnos más grandes
que todas las estrellas.

Cuando amamos,
el mundo se concentra
en la mirada mutua,
incandescente,
e insumisa ante el tiempo
de los otros,
los que no importan nada
a quien está de amor recién nacido.





**La energía eléctrica, la radiofonía, el automovilismo,
la aviación, los adelantos médicos y farmacológicos
iban a cambiarlo todo radicalmente.**

Eduardo Mendoza
(La ciudad de los prodigios)

La eternidad
habita en el abrazo,
en el tacto,
en el fuego
y en el momento único.
Lo demás ya no importa.

Pero la música
va contando compases en el tiempo
y se convierte en pausa
que se alarga
hasta alcanzar silencios en el aire.
Y entonces el amor
se convierte en camino interminable
de espejismos sin nombre,
donde un sueño palpable
y siempre esquivo,
se ríe mientras juega con nosotros,
otra vez niños,
perdidos como antes
(pero ahora culpables)
entre todos los árboles
del bosque imaginario
donde creímos detenernos para siempre.

El amor, incluso si es el nuestro,
carece de reposo
y nos deja jugando en el camino
sin descubrir su ausencia
todavía.

Empezamos entonces a rompernos,
y con toda la vida por delante.



QUIERO VOLVER A DIXIELAND

Los dioses
han perdido la noción de las distancias.

Dignidades aparte,
todos se mueven juntos
en el salón redondo,
gigantesco,
de infinitos olores,
como una plaza de mercado con música.

Bailan
maratonianamente desvalidos,
agarrándose al cuerpo
de su (probablemente)
desconocido compañero,
se atan a otros brazos
convirtiéndose
en frágiles enredaderas de ciudad,
siempre intentando asirse para la eternidad,

mientras dura su baile,
a una mirada que a menudo es esquivada,
que lucha por no oír
las llamadas de aquél que tiene enfrente,
convulsa presa del ritmo
y de la soledad.

Pero la orquesta,
madre
de bailarines desdichados,



compasión infinita hecha alegría,
a todos los arropa
y los arrastra,
tan tiernamente enloquecida ella,
hacia el oculto corazón de sus notas.
“Quiero volver a Dixieland”.
Cantemos eso
¿Quién va a pararse ahora?
¡Nadie!
Todos a coro
seremos remolino
incandescente.
Los unos en los otros
confundidos,
confundiéndonos
para la eternidad
mientras dure la música.

LA GRAPA ROJA

por Juan Carlos Pantoja Rivero

Nada hubiera ocurrido si Álvaro no hubiera decidido vaciar la papelera. Cuando vertía mecánicamente su contenido en el cubo de la basura, la caja -pequeña e insignificante, con el dibujo de un león rampante de color rojo -cayó al sue-

lo, obligándole a detener el vertido de papeles troceados, plásticos y limaduras de lapicero, para agacharse a recogerla. Era una caja de grapas vacía, de la marca "El león bermejo", exactamente igual que el resto de las que Álvaro consumía a menudo, cuando trabajaba colocando propaganda de fotocopias baratas en los árboles de la Avenida Complutense; el dinero que se ganaba le venía bien para sanear su precaria economía de estudiante universitario, y le evitaba tener que estar siempre pi-



diendo a sus padres. La cajita llevaba una inscripción que llamó la atención de Álvaro una vez que la cogió del suelo; por un lado por el color rojo intenso de las letras, y por otro porque estaba seguro de que era la primera vez que la veía: no era extraño, pues muchas veces, la prisa con la que hacía su trabajo le llevaba a repetir todos los gestos con monotonía, sin prestar atención a los detalles. La inscripción, de letras muy pequeñas, decía: "¡Busque la grapa roja y gane un millón! Si la encuentra, envíenosla, con sus datos, a la dirección que figura al dorso y...¡disfrute de su dinero!"

Tras leer el mensaje publicitario, Álvaro sintió una oleada de calor por todo el cuerpo, motivada por la certeza de que esa grapa roja le había salido a él en un paquete, y ahora estaría clavada en algún árbol de la Avenida Complutense, sosteniendo un folio con precios de fotocopias. Podía recordar con exactitud que una tarde le extrañó que una de las grapas que salieron de su grapadora era roja, y que pensó: "qué curioso, una grapa roja", pero no imaginó nunca que valiera un millón, apresurado como estaba por acabar pronto de colocar los cartelitos. Con la caja vacía en la mano derecha y la papelera semillena en la izquierda, Álvaro

decidió que tenía que ir a buscar la grapa a la Avenida Complutense, convencido de que no sería difícil encontrarla, pues bastaba con ir siguiendo el rastro de sus propios carteles de tamaño folio, que vestían los árboles en todo el trayecto que recorrían los estudiantes.

En el Metro iba nervioso, con la sensación de que el recorrido era más largo que otras veces y con la mente llena de presagios, como si tuviera la seguridad de que alguien le iba a tomar la delantera robándole su grapa. Tras unos minutos que le parecieron horas, descartó bajarse en Moncloa y siguió hasta la estación de Ciudad Universitaria, renunciando a su acostumbrado paseo hasta la facultad. Se apeó y siguió por la misma acera, la opuesta a Periodismo, dispuesto a no atravesar hasta llegar a la confluencia con el paraninfo. Una vez allí, esperó a que el semáforo le permitiera el paso y cruzó, sin quitar la mirada del primer árbol con el que se encontraría al llegar a la otra acera y en el que comenzaría su búsqueda, en dirección opuesta a la que había seguido al salir del Metro.

Lo primero que constató al mirar ávidamente al primer árbol, fue que su cartel de fotocopias con descuento progresivo no era visible, ya que lo tapaban varios folios semejan-



tes que se superponían unos a otros anunciando fiestas de fin de semana, viajes para estudiantes u ofertas de mecanógrafos que pasaban tesis y todo tipo de trabajos a ordenador por un precio módico. Álvaro arrancó algunos de los anuncios hasta que dio con el suyo, pero ya no supo con seguridad si las grapas que lo sujetaban eran las suyas o las de los otros anunciantes, pues se confundían unas con otras. Algo preocupado escrutó el siguiente árbol y no halló su cartel, y lo mismo sucedió con el tercero y el cuarto. Desolado, volvió al árbol primero y decidió que, si quería encontrar la grapa roja, no tendría más remedio que mirar todas las que estaban clavadas en la corteza de todos los árboles. Una mirada más detenida le devolvió la imagen de miles de grapas cubriendo los troncos y convirtiendo su tarea en una labor minuciosa y con muchas posibilidades de fracaso.

Sin embargo, Álvaro se aplicó con decisión al escrutinio de las grapas, con la mirada clavada en el tronco del primer árbol, ajeno a la riada de personas que transitaban a su lado y que le miraban con extrañeza o con una sonrisa irónica. Las grapas se adueñaban del espacio que quedaba a una altura adecuada para que los anuncios que sujetaron fue-

ran vistos fácilmente por los transeúntes. Pronto observó que muchas de ellas estaban oxidadas, con lo que resultaba más difícil saber de qué color eran, aunque la gran mayoría eran grises o doradas. En ocasiones, las grapas se escapaban del dominio de la mayoría y se ubicaban en otro lado del tronco o a una altura superior. Álvaro no dejó sin mirar una sola de las grapas que poblaban, como hormigas de acero, el tronco de ese primer árbol, y no pasó al segundo hasta que no tuvo la seguridad más absoluta de que había visto todas. Luego continuó su búsqueda en los troncos de los árboles que marcaban el camino, con el mismo resultado negativo que en el primero. Cuando llevaba vistos seis árboles, oyó una voz detrás de él:

-¿Qué miras ahí con tanto interés, tío?

Álvaro se volvió y se encontró con una cara desconocida, pero llena de curiosidad.

-He hecho una apuesta con un amigo -respondió tras unos segundos de duda-. Yo digo que, entre tantas grapas, seguro que debe haberlas de varios colores. Él dice que no.

-Y ¿has encontrado alguna de color? -preguntó incrédulo el desconocido.

-De momento no, pero ya verás como las hay.



El otro envió su mirada alternativamente a Álvaro y al árbol que estaba a su lado, sin comprender, al parecer, la utilidad de tan minuciosa revisión.

-¡Estás loco, tío! -murmuró apenas mientras reanudaba su caminar cansino, como si la carpeta que llevaba bajo el brazo fuera de plomo y le dificultara el movimiento.

Álvaro, sin hacer mucho caso, continuó su trabajo, que se prolongó hasta que se empezó a oscurecer el cielo. Sólo entonces se dio cuenta de que había pasado toda la tarde mirando grapas y se había olvidado de ir a la facultad.

Al día siguiente madrugó, y poniendo como excusa que iba a la biblioteca, salió de su casa camino de la universidad. Sin ninguna demora se aplicó a la búsqueda a partir del decimoquinto árbol, que había marcado la tarde anterior con una chincheta azul que llevaba por casualidad en el bolsillo. A las dos horas de escrutinio había mirado diez troncos más, y fue entonces cuando, accidentalmente, al pasar su dedo índice sobre las grapas que perforaban el cuerpo del árbol con sus diminutos incisivos, una de ellas cayó al suelo, como huyendo de la mirada escrutadora de Álvaro. Éste, en un acto reflejo, hizo ademán de recoger

la grapa fugitiva, y sus ojos desembarcaron en el suelo, en el alcorque donde se hundían las raíces del árbol. Lo que contempló le sumió en la desesperación: allí en la arena, no estaba sólo la grapa que se acababa de desprender, sino varias decenas de ellas, algunas de las cuales brillaron fugazmente, al recoger el reflejo del sol en el faro de un coche que pasó veloz por la avenida, en dirección a Moncloa. De nuevo, una oleada de calor caldeó sus mejillas y su frente, pues comprendió que en los alcorques de los veinticuatro árboles anteriores, ya revisados, reposarían otras decenas de grapas, camuflando tal vez a la esquiava grapa que valía un millón.

Álvaro, tras valorar en un suspiro la situación, marcó con la chincheta azul el árbol número veinticinco y volvió al principio de la Avenida Complutense, para revisar el alcorque del primer árbol y seguir luego con los contiguos, en lo que se había convertido ya en un reto personal. Se agachó y miró de cerca las grapas sobre la arena: ninguna era roja. A su lado, hileras de estudiantes de paso cansino acudían a sus clases; muchos le miraban extrañados, pero no le decían nada. Álvaro iba a levantarse para continuar su nuevo trabajo, cuando un pensamiento taladró su cerebro: era probable que muchas grapas estuvie-



ran semienterradas bajo la tierra de los alcorques. Escarbó con las uñas en una pequeña porción y halló que, en efecto, había grapas sepultadas, aunque eso sí, tan sólo en una capa muy superficial. Pensó cómo resolvería el nuevo problema y, después de unos segundos, se levantó de un salto y echó a correr en dirección al Metro, como urgido por una necesidad ineludible. Bajó galopando por las escaleras mecánicas del suburbano y contó impaciente las estaciones hasta el transbordo con la línea cinco, que le permitiría llegar a su casa, muy cerca de la Glorieta de Pirámides. Una vez allí, decidió poner en marcha su plan, pero el recuerdo de unos apuntes que tenía que devolver a Andrés esa misma tarde le hizo atrasar su actividad de búsqueda hasta el día siguiente, pues aún le quedaban varios folios por transcribir, y el reloj del salón marcaba fatalmente las doce y veinte. Tenía el tiempo justo para copiar los apuntes, comer e irse a la facultad.

Volvió a levantarse temprano, tras una noche en la que la ansiedad por recuperar el trabajo de campo apenas le dejó pegar ojo. Febrilmente, se provisionó de las herramientas y el material necesario para la nueva fase de búsqueda, a saber; una pequeña azada y una pala de jar-

dinería que le habían regalado a su hermana al comprar unos fascículos sobre plantas, con los que pensaba aprender "un montón acerca de jardines", pero que se limitó a hojear el primer día y luego guardó en un cajón de su armario, junto a las revistas de música. Álvaro metió las herramientas en una bolsa enorme de "El Corte Inglés" y, una vez en la puerta, cogió del llavero la llave del coche que compartía con su madre, y salió, despidiéndose de quien le oyera: "¡me llevo el coche! ¡Hasta luego!".

Cuando llegó junto a los árboles grapados, subió las dos ruedas derechas del automóvil en la acera, colocó las luces intermitentes de emergencia y se entregó entero a la labor de búsqueda. Con la azadilla removía cuidadosamente la tierra de los alcorques y luego, con la minuciosidad que pondría un platero en recoger la última mota de oro de la balanza, tomaba con la pala pequeñas porciones de tierra con grapas y las echaba dentro de la bolsa. No profundizaba mucho, pues había confirmado que las grapas caídas no estaban muy soterradas. Llevaba tres árboles revisados cuando oyó a sus espaldas una voz que no le resultó del todo desconocida:

-¿Qué pasa, tronco, que ahora te dedicas a analizar la tierra?

¿O



buscas un tesoro?.

Al volverse, Álvaro reconoció al mismo joven con el que estuvo hablando el primer día, mientras examinaba los troncos de los árboles.

-¡Qué va, tío! Sigo con las grapas. Es que he descubierto que muchas se caen, y ya sabes que quiero demostrarle a mi amigo que las hay de colores. Seguro que encuentro una, ya verás.

El otro no parecía dar crédito a lo que estaba oyendo, y, tras unos segundos en los que miró intensamente a Álvaro, como con lástima, meneó la cabeza y dijo:

-Desde luego, lo que sí es seguro es que está loco, tío. ¡Que se te dé bien!

Y se fue, con sus andares arrastrados, con la misma sensación de peso en el brazo derecho que portaba la carpeta, en la que se distinguían fotos de cantantes de pelos enmarañados y camisetas de hombreras descoloridas. Álvaro -que no parecía dar importancia a su situación de mirado por todos-, prosiguió imperturbable con su trabajo detenido pero constante, y cuando hubo llenado la bolsa con tierra de cinco árboles, acercó el coche, la metió en el maletero (cerrando concienzudamente los botoncillos de

plástico de la tira blanca de la bolsa) y emprendió el camino de su casa. Se detuvo en una ferretería para comprar una pequeña criba milimétrica y un imán, que colocó al lado de la bolsa con la arena. Después siguió el recorrido de calles que conocía de memoria, aparcó con relativa facilidad y transportó el fruto de su trabajo hasta el ascensor de su casa. En su habitación, ayudado por la criba y el imán, fue extrayendo una buena cantidad de grapas que se escondían entre la tierra. Cribaba sobre otra bolsa gigantesca, también de "El Corte Inglés", y seleccionaba las grapas, sin detenerse mucho, dejándolas en una cajita metálica, de galletas de mantequilla, que terminó de comerse la noche anterior, mientras estudiaba, y que aún despedía un olor dulce. Tenía la intención de volver a la Avenida Complutense - a llenar otra bolsa-, antes de la hora de comer, y dejó para ese momento el examen detallado de las grapas capturadas. Por eso, cuando terminó de tamarizar toda la tierra, miró al interior de la caja, la agitó levemente para controlar el número aproximado de grapas y luego la cerró. Sin perder un segundo, cogió la bolsa con la tierra ya analizada y se fue veloz a su destino de grapas caídas de los árboles, como las hojas en otoño, "grapas del árbol caídas, juguetes de Álvaro son",



parafraseó mentalmente a Espronceda, al tiempo que ponía en marcha el coche e iniciaba el camino de la ciudad universitaria.

Incorporado nuevamente al trabajo de campo, Álvaro trasvasó la tierra con grapas de otros cinco árboles a la bolsa de "El Corte Inglés", y terminó esa tarea poco después de las dos de la tarde, justo a tiempo para volver a su casa antes de la hora de la comida, que en los días de diario se establecía en torno a las tres. Recogió todos sus pertrechos y recorrió, una vez más, el trayecto que le llevaría a su casa. Cuando llegó, aún quedaba algo de tiempo para la comida, y pensó que, si bien no era suficiente para cribar la tierra que traía, sí podía serle útil para revisar con detenimiento las grapas que dejó en la caja de galletas de mantequilla. Así, que sin pensarlo más penetró en su habitación y se quedó paralizado en el umbral de la puerta cuando miró hacia la caja metálica. Ésta estaba destapada, en el borde de la mesa, y de ella colgaban, engarzadas por sus abiertas patas, tantas grapas como eran necesarias para llegar al suelo; pero lo más asombroso de todo era que la grapa de más abajo - que parecía haberse ayudado de la escala formada por las demás para iniciar la huida, como los presos que forman

una cuerda con sábanas en algunas películas- era roja, de un rojo brillante y millonario que cegó a Álvaro cuando la miró. Sin dar toda la importancia que tenía a tan insólito hecho, se precipitó hacia la hilera vertical de grapas y cogió avariciosamente la grapa roja, como si temiera que se fuera a escapar, provocando con su acción la caída en cadena de todas las demás. Con ayuda del imán que compró por la mañana recogió las grapas inservibles y las arrojó a la papelera: la grapa roja de sus fatigas la guardó a buen recaudo en un cubilete azul de parchís que conservaba en un cajón de la mesa. Y salió a comer, contento por el fruto de su esfuerzo.

-Estrella -apostrofó a su hermana en cuanto la vio salir de su habitación-. ¿No habrás estado jugando con unas grapas usadas que tenía guardadas en una caja de...?

-¿Crees que soy imbécil? -le interrumpió ella-. ¿Por quién me tomas, hermanito? Jugar con grapas usadas...

La evasiva de Estrella no le convenció mucho y, aunque pensó que ella había colocado las grapas, no quiso insistir. Comió con ganas, habló mucho en la comida y, por la tarde, se fue a la facultad, con la tranquilidad que le daba la certeza del trabajo cumplido.



Regresó tarde, porque tras las clases se fue con Andrés a tomar unas cervezas por los bares de Argüelles; estaba exultante de alegría ante la seguridad de poseer una grapa que valía un millón de pesetas. Ya en su casa, un poco más animado aún por los vapores etílicos de la cerveza, entró en su habitación para dejar la carpeta y se encontró con una auténtica procesión de grapas, capitaneada por la grapa roja: descolgándose de la papelera (como antes lo hicieron de la caja de galletas), las grapas, convertidas en un ejército, formaban una hilera por el suelo de la habitación, que casi alcanzaba la puerta. Álvaro se sobrecogió con el espectáculo y salió enfurecido en busca de su hermana, a quien encontró en su habitación, tumbada en la cama, con los auriculares acoplados a las orejas y casi cubiertos por su larga cabellera castaña.

-¡Estrella! -gritó al entrar, sin llamar a la puerta-. Otra vez has vuelto a colocarme las grapas en fila. ¿Eres tonta o te entrenas?

La muchacha -que se había quitado de golpe los auriculares, simultáneamente a la entrada de su hermano-, se levantó bruscamente de la cama y se encaró con éste:

-¡Pero bueno, tú eres imbecil, rico! ¡Pues vaya coñazo que vas a

dar con las grapas! ¡Piérdete en un laberinto, guapo!

Álvaro vio cómo su hermana salía de la habitación, con un contoneo artificial, como premeditado, y le dejaba solo, con la boca dispuesta para contestar, pero vacía de palabras. No le cabía ninguna duda de que era Estrella, "muy graciosa, la cría, como todas las memas de dieciséis años", quien organizaba los desfiles de grapas, sólo por el placer de fastidiarle. Convencido de ello, decidió dar por zanjado el asunto y evitar una nueva broma, arrojando a la basura las grapas inservibles, que se confundieron de inmediato con las cáscaras de naranja y de plátano, con los huesecillos perfectamente rebañados de las alas de pollo que habían comido ese día, de segundo. La grapa roja la devolvió al cubilete de parchís.

Durante la cena, Estrella le miraba por encima de la cuchara con sopa de fideos, con un ligero brillo de ironía en los ojos, a lo que Álvaro respondía con la más absoluta indiferencia, pero que le confirmaba sus sospechas. Más tarde, antes de retirarse a dormir, la muchacha le advirtió:

-Álvaro: no vayas a soñar con las grapas usadas, ¿eh?

La respuesta de Álvaro se limitó a un puñetazo en el hombro, en el que no había consideración hacia la



receptora, que se marchó dolorida y lanzando imprecaciones desagradables a su hermano.

Por la mañana, Álvaro tardaba en levantarse; se le hacía tarde para la cita que tenía con Andrés, para estudiar, según comentó durante la cena. Su madre entró a despertarle y se encontró con el muchacho tendido sobre la espalda en la cama, semidesnudo y con el cuerpo lleno de grapas clavadas por todas partes: en los párpados cerrados, en la boca

también cerrada, en las piernas, en la cintura y a la altura del corazón, donde las grapas habían agujereado el pecho y se perdían en el interior, a través de la sangre que se había secado en la herida. Desde allí descendían, como las veces anteriores, hasta el suelo, en el que una gran cantidad de grapas componían una breve frase: "quería secuestrar a la grapa roja". Y ésta, triunfante, se mantenía extrañamente erguida, al final de la frase, como desafiando a quienes la miraban.

ENRIQUE GALINDO

ÁNGELES

Las piedras permanecen
(rugosas, grisáceas, musgosas...)
en el tiempo, sin formato
a veces.

A veces son el tacto del tiempo
y de los ángeles del viento.

A veces permanecen.



La penumbra de la noche
penetra como pantera de fuego
en los aposentos de la vieja dama
del deseo.

Una garra fundida al cristal
derrite la noche y la deja
caer gota a gota,
gota
a gota,
sobre mí.

¿Acaso el tiempo no temple
las cuerdas del alma?

Tomar conciencia de la gente y de sus pasos,
de las armas de las guerras despiadadas,
de los árboles tronados y caídos
sobre inquieto musgo aniquilado.

Tomar conciencia de quién soy y porqué he vivido,
de los fuegos extinguidos y las alas
que se queman en altares de gracia y dignidad.

Darse cuenta de los muertos de mi causa,
de palabras que alborotan los latidos,
de latidos.

Awareness

Awareness.



Hoy lo he visto:

la sangre hierve a un paso
de distancia de tus labios.
Es roja y trae diamantes,
huele a sol azul,
mar diáfano y cristal.

¡Oye!, ¿sabes que hay un sueño chiquitito,
allá lejos, muy lejos,
tan lejano que puedo tocarlo con tus ojos?.

Y trae suerte porque quiebra la noche.

(De "Como un Gato")

MARÍA DOLORES CALVO CIRUJANO

“¿NO LE DES MUERTE A TU MUERTE, CON TU SUEÑO!”

Juan Ramón Jiménez

Que duerman en humo y sombra...
Pero tú, ¡quédate en vela!
Eres la fortaleza en mi vida,
la claridad tajante
de nuestra verdad vivida,
abierta, solamente,
a los que aman
vivir en perspectiva.

Abierta, solamente,
a los que aman
vivir en perspectiva.



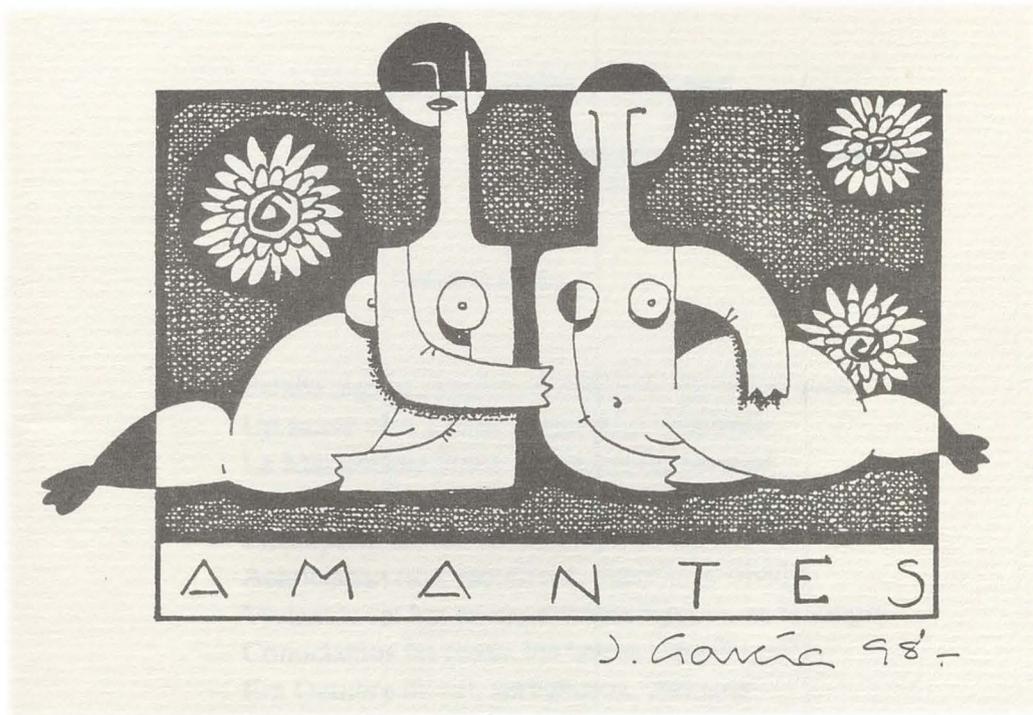
MEMORIA

A mis hermanos

Negros de sombras
de ausencias evidentes,
pasan los días suspendidos
sobre el caudal del tiempo.
Caudales de lentitud,
impacientes, nos asombran.
Próximo y lejano, todo el pasado
se muestra abierto o mudo,
con insistencia. Nuestro
-si desalojamos las penumbras-
el futuro inminente.
Y podremos hacer cálida,
con volumen y formas,
la voz que con dulzura
modula, en el aire, nombres,
emergiendo en recuerdos.
Como brazos de luz tranquila
cernerán, no heridoras,
las palabras, las presencias
fugaces, haciéndose distintas.
En sosegado latir refluye
dando sentido cierto,
-sin señalar con el dedo-
un gesto generoso, tierno y limpio.
Gozaremos, así, un equilibrio
firme de presencia inagotable,
-cambiando el sesgo- renovado
el ámbito de la esperanza.

(Enero, 1997)





Cerró los ojos y abrió la boca, reclinada sobre el almohadón, con un pie apoyado en el suelo, dentro de su zapatilla.

Vladimir Nabokov

(Lolita)

MANUEL QUIROGA CLÉRIGO

ESTABA SIENDO OCTUBRE

“... el interminable olor de los eucaliptos”
Jorge Luis Borges

Para María Kodama

Estaba siendo Octubre en Múnich, en los parques.
Un suave olor a nada sofocaba el ambiente.
La Marienplatz bullía de mediodías blancos.
Belgrado era, más tarde, todo un cielo de azúcares.
Eucaliptos, distancias, llegaban presurosos.
Acariciaban ríos, laberintos, nenúfares, olvido.
Vivíamos sin luz en los bosques lejanos, en la sangre.
Conocíamos las rosas, las largas avenidas.
Era Octubre de cal, yerbabuena, diálogos.
Algún gélido soplo cruza Knez Mihailova.
¿Cómo dar alegría a un Belgrado de vacíos espejos?
Avanzamos con calma hacia un quieto Danubio.
El sabor del futuro impregna las paredes.
Árboles de la noche crean todas las músicas.
Museos, huracanes, silencios: son débiles espadas.
Es preciso inventar nuevas adolescencias.
Vamos a inaugurar los transparentes mármoles.
¿Dónde esperar a solas la bruma del recuerdo?
Estaba siendo Octubre en Belgrado, en sus calles.

Madrid, 6.12.97



MÁS ALLÁ DEL PASADO

Para Marisa Josimcevic

Belgrado, suavemente, reinventa la noche.
Aparece Marisa con su rumor de pétalos
y un latir de campanas se escucha interminable.
Durante algunos siglos sus pasos permanecen
en el confín abierto de la nada y sus pájaros.
Un murmullo de ausencia existe en su mirada
mientras viven las horas pendientes de su pelo.
Tomo un trozo de cielo en medio de los faros
reconstruyendo ahora los jardines y fuentes.
Pero el mundo requiere los caminos de rosas
hacia mil madrugadas de palomas y acacias.
Marisa, con sus pasos, trae las músicas breves.
Es Belgrado el futuro con su confín de estatuas
mientras queda la lluvia cerrada en el silencio.
Arcángeles y niños duermen cerca del parque
y ya existe Marisa más allá del pasado.

Belgrado, 19.10.97



ANTE “LA TRANSFIGURACIÓN” DE RAFAEL SANZIO

Ya no hay verano. Apenas comprendían la eterna primavera
en un mundo de párpados cerrados, de sorpresa infinita.
Se discute la luz. La infalible serenidad se olvida.
Pero existe allí mismo un momento de gloria.
Hay un mundo perfecto, un cielo venturoso, una memoria.
Ya renace el universo intacto de la quietud extensa,
de los sueños lejanos, de la música ingrávida y la dicha.
Sobre alguna violencia de multitud anímica y vacío
va naciendo la calma apresurada, el tiempo de la rosa.
Más allá de tormentas, de un diálogo roto y orillado,
surgen las letanías de la felicidad completa, apresurada.
Vuelven nubes que abren los parajes tempranos del recuerdo,
melodías etéreas, caminos persistentes de quietas amapolas.
Se escribe la esperanza en figuras de cuerpos, en rincones.
Se suponen intensos manantiales, se acaba la tormenta.
Y no existe la duda ni el olvido, se inicia la ternura.
No es pecado siquiera la belleza ni el gozo corporal.
Hay un minuto suave que inventa los futuros, hay también
una naturaleza viva, poética, demasiado magnífica, despierta.
Y unas manos se alzan luminosas o tiernas, sin asombro.
Un libro abierto queda ya expectante y sonoro, ya pálido
mientras la eternidad ahora es un sueño de azules y siluetas.

Ciudad del Vaticano, 25.5.97



DESNUDA COMO UN VERSO

Para Pilar

Desnuda eres el mapa de todos los deseos,
la lluvia esplendorosa apasionada y tenue.
Perezosa y terrible amaneces perfecta,
atraviesas la noche con un fulgor de rosas.
Desnuda eres la música más amena y antigua,
el susurrante mundo de las dormidas frases,
la existencia pacífica rodeada de bosques.
El confin de tu carne encierra una codicia,
promete tempestades, laberintos, orígenes.
Hay una lentitud en tus horas de océano,
la furia infatigable de lunas que despiertan.
Desnuda e inquietante eres como un espejo,
aquel que reverdece el mito de los días,
el vidrio que promete eternas primaveras,
la olvidada respuesta a milagros e infancias,
el dolorido vaso que recubrió tu ausencia.
Desnuda eres un eco apresurado y cierto,
la colección extensa de auras y de imágenes,
el audaz paraíso para soñar estrellas.
Desnuda eres el tiempo, interminable, plácido,
el universo cálido para el trigo y la aurora,
la nube que cobija a pájaros y a flores,
el fuego que protege del frío del invierno.
Desnuda eres hermosa como algún quieto estanque,
la evocación más cierta de las felices horas,
la interminable prisa para penumbras de oro,
la ebriedad consecuente de la palabra dulce,
días engalanados por la melancolía.
Eres desnuda, solo, como un mar plateado,
una historia de nortes que prometen asombros,
el escenario intacto que romperá el silencio,
la leyenda estelar de minutos preciosos.
Y desnuda te buscan los dedos muy cercanos;
el aliento que, frágil, espera complaciente,
la caricia que vive, mansamente, de olvidos.

Madrid, 18.3.98



EL GALIANO DE LAS SIETE Y MEDIA III

por Miguel Ángel Curiel

Vivo en un país de montañas y ríos transversales, de rañas con olivos, almendros e higueras. El país del centro. Un país de vegas donde crece el maíz, el tabaco, la lechuga, la alfalfa; un país de frutales y de pozos. Es un país que va de Este a Oeste y por cuyo centro pasa el Tajo. Las colinas de mi país son rojas y ocre y en ellas crecen el tomillo y el gamón, la jara, el cilantro, el romero y el orégano. Vivo en un pequeño país de pueblos muy antiguos donde el perfume de las rosas se mezcla con el de las granjas de cerdos. Un país que he aprendido a amar con el paso de los años y que diviso entero cuando cierro fuertemente los ojos. En este país del centro, que limita al Oeste con Portugal y al Este con la Mancha, hablamos un castellano solar, cada una de nuestras palabras es de adobe: saliva y barro es lo que hay en nuestra garganta, nuestras palabras no sólo se oyen, sino también se pueden ver y se pueden tocar. Sue-

len ser palabras duras. Todo lo que escribo nace de este mundo. Mi memoria es una piedra de granito que poco a poco es picada por el tiempo. Espero que cuando termine este diario yo ya sea un hombre viejo y algo más sabio. Cada día que pasa no me deja indiferente. Algo de cada día se decanta en mí. Era ayer cuando volvía de Herrerueta en el Auto-res de Naval Moral, venía contando cada encina, cada chaparro, cada álamo; al perder la cuenta, pensé que contar árboles, es casi como contar las hojas de un sólo árbol, o estrellas en una noche de cielo raso. Son muchos los que hay bajo el cielo metálico de estos días de finales del invierno. Contar ese tipo de cosas es como querer abordar el infinito a través del sistema centesimal. No es codicia de los absolutos esto, es más bien una de esas taras infantiles que a uno le quedan después de aceptarse como poeta en este mundo en el que hemos pasado de la perplejidad y la ingenuidad a la incapacidad de asombrarnos por algo. He pasado unos días junto a Margarita en Herrerueta dando largos paseos por las dehesas de encinas, buena comida cocinada con sensibilidad y una chimenea adusta y bien cargada de leña para cuando llega la noche. Margarita



es una mujer que cada año al llegar el mes de Julio sube a las montañas de Candeleda para recoger orégano y cilantro, hinojo y romero. En su consultorio médico hay un libro que habla de como curar las enfermedades con flores. Esta mujer de pelo largo y rizado, con cierto aspecto de sacerdotisa toscana, me ha dicho que casi todas las enfermedades surgen de lo más hondo del espíritu humano y que lo que no se cura con flores menos aún puede remediarlo la química. "La química es chantaje", dice a veces. Cuando me fue a despedir a la parada del auto-res, junto a la autovía de Extremadura, llovía desde un cielo color del acero. ¡Qué invierno éste, en el que el Tajo parece haber renacido con vehemencia! El río loco y sucio en el que me bañé durante mi niñez. Un río del color del Ganjes que desemboca en Lisboa y que se llevaba todos nuestros miedos hacia el Oeste. Mi niñez, cuando los miedos más primitivos e incoloros se apoderaban de mí y mi padre me llevaba a ver el Tajo crecido para que supiera lo que eran las fuerzas sobrenaturales. De aquellos años bebe mi memoria a pequeños sorbos. Después llegó la adolescencia y los años vehementes en los que me hubiera comido el mundo. Recuerdos y memoria que aún no he sintetizado en un poema. Los años en los que tuve

ideales y sueños. Yo iba muchas veces a Toledo para participar en las asambleas de las Juventudes comunistas junto a mis amigos. Éramos marxistas e irreverentes. Nuestra biblia era un libro de Gramsci que yo había robado en una librería de Madrid y unos cuantos poemas de amor e inexperiencia de Kavafis y de Pablo Neruda. Sabíamos lo que era injusto, pero no tanto lo que era justo. Ser comunista era sobre todo ser hombre y amar a ese hombre y a la tierra que nos cobijaba, éramos tiernos y vehementes. En aquellos años siempre que íbamos a Toledo nos subíamos en un Galiano que tenía un fuselaje muy parecido al del cohete del Apolo XII, aquel era un cacharro que no dejaba de ronronear en la estación de Talavera desde media hora antes de su salida echando por el tubo de escape un humo negro muy denso que ocultaba la estación. El tipo que lo conducía tenía un bigote muy parecido al de Errol Flinn, fumaba puros y se llamaba García. Aquel cacharro a rayas marrones igual que un pijama había que empujarlo muchas veces cuando aparecían las primeras cuestas al cruzar la cloaca del Guadarrama. Era un tiempo lleno de romanticismo, se llevaban las gorras de plato y los vaqueros marca Lois, así uno podía pasar por general siendo sólo un solícito guardacoches. Los niños hacían la comunión vestidos de aviadores y las niñas de hadas. El



Tajo olía a bomba fétida en verano y en invierno a barbo podrido. Un día de Agosto vi desde la explanada del Alcázar como un inglés borracho hacía el salto del ángel desde el puente de Alcántara, en seguida se presentó allí una dotación de bomberos vestidos de hombres rana que estuvieron fondeando el río sin suerte durante tres días, cuando apareció aquel fulano cerca de la Puebla de Montalbán los lucios ya le habían sacado los ojos y le faltaban las carnes más blanditas de los glúteos. Eran tiempos románticos. Leño llenaba las plazas de toros cantando es una mierda éste Madrid que ni las ratas pueden vivir. Se llevaba el pelo largo a lo Zappa, pulseras de cuero con tachuelas y los relojes acuáticos. Aún se podía ver en lontananza a un gañán sobre un asno atravesando un yermo, hablando el mismo castellano que habló Sancho Panza y a curas con sotanas muy negras dando la extrema unción a un moribundo en su propia cama. Benidor estaba de moda y las discotecas de pueblo parecían el interior de un ovni. El seminario mayor aún se sacaba de la chistera las últimas promociones de curas progres que tocaban con la guitarra padres nuestros a lo Simon y Garfunquel. Los sábados por la noche todos tenían fiebre y se solía follar sin preservativos. Eran tiempos muy románticos.

Todavía no se habían comido las ratas a este país por los bordes como una galleta fontaneda, los socialistas llevaban barbas floridas, y hablaban como Proudon y Fidel Castro. Aún eran unos tipos maximalistas con fobias anti-comunistas muy infantiles que se leían el Das Kapital de carrerilla. Ahora muchos de ellos son carne de siquiatria o bandoleros que se han echado al monte de las finanzas. Toledo era una ciudad con mucho morbo, sabiendo un poco de francés o inglés se podía ligar con las extranjeras al tiempo que las enseñabas a comer pipas de girasol en Zocodover. Yo tenía un amigo que era especialista en guiris, un tipo enjuto con cara de griego y pómulos muy rosados que atendía al nombre de Jimmy y al que le gustaba escalar en los Galayos. Al llegar la primavera, entraba todas las mañanas en la catedral y se sentaba en un banco de la nave central a contemplar el retablo escuchando una música de órgano muy lucida y dulzona. Era allí, al trasluz de las vidrieras, donde les solía susurrar al oído a las alemanas que él era un ángel enviado por Dios para redimirnos a todos de la apatía y el aburrimiento. Al final este fulano estudió derecho y ahora es un abogado de prestigio que sale mucho en la televisión junto a un cocinero, una pitonisa y un famoso más o menos culto. En su último programa hablaron del hambre en



en el tercer mundo y de la solidaridad, a todos, menos al cocinero, se les caía la baba cuando hablaban. El famoso más o menos culto dijo que ese hambre se podía combatir mandando a Arguiñano a Ruanda y cosas por el estilo. Aborrezco la palabra solidaridad. Me parece una palabra infantil, políticamente muy correcta en la que se detecta una semántica pusilánime muy de ong. A mí personalmente me deleitan mucho más otras palabras algo más duras como Justicia, Lluvia, hombre, revolución, espermatozoide, es decir, las palabras de peso que pueden llegar a ocupar toda la mente y no sólo la boca. El paso del tiempo que aquí ha sido más fútil que sincero me permite huir de vez en cuando a las montañas para

contemplar mi país desde sus cimas. Son estos los días en los que las mimosas ya han florecido. Remonto el Tietar desde el puente de Monteagudo hasta su nacimiento buscando fresnos y serbales, alcornoques y moreras bajo las que echarme a dormir. El tiempo en que visito a Margarita en Herreruella y le llevo un video de su película favorita "El marido de la peluquera". El cielo parece una plancha de acero que escondiera la inmensidad. Toda la belleza del mundo cabe en estos paisajes de mi pequeño país y no hay nada que me llene más que ver una puesta de sol con una copa de vino en la mano después de haber estado podando los tres olivos que me pertenecen.

MATÉ-MATÍ-KAS DE LIMÓN

De tanto mirar por el tremendo agujero de la O,
he aprendido e inventado
la convergencia del abismo.

Y ahora vivo la ilusión de un teorema,
cuya hipótesis
se encuentra en la profundidad
de la más platónica y lunar de las vocales.

j.p.



ÁNGEL VILLAMOR**ATARDECER**

Un blanco atardecer
se torna gris en un instante
y la ilusión secreta se trunca,
como la tarde,
huérfana de los calientes rayos.

Entre las nubes queda
el tinte rojo de la sangre
que se diluye en agua
y el silencio irrumpe entre las sienas
dejando oír latidos
que temen apagarse.

Poco a poco, el gris
se acerca enfurecido
acrecentando el miedo,
y asesinando luces en el pecho
que ronca solo y llora
por la ilusión perdida.

YA ES HORA

Sí.
Ya es hora de buscar
lo que el viento arrastró
hasta el rincón más bajo.

Ya es hora de salir del escondite
donde el orín se ríe de nosotros
porque nos ve más sucios,
y desentumecer los grillos
que antes abrían los vientos
al vuelo de los hombres.

Se acaba el aire enrarecido
con el olor a muerte,
y quieren los pulmones
acariciar un aire limpio
y la cabeza quiere mojarse
con la lluvia reciente del deseo,
y los labios y los ojos
quieren cegarse con esa luz que espera
detrás de la ventana
y echar a andar los pasos
por el camino nuevo
de alguna nueva vida.



YA NO TE LLAMO. Ahora
mi voz está afilando sus cuchillos
y temple su acero dormido
en un río de llanto.

No. Ya no te llamo.
Mi lengua cansada descansa
tendida en su cueva detrás de los labios.
Los labios que mueren de frío
por el viento helado del último beso.

El eco contiene tu nombre
montado en sus olas
y llega a los astros que apagan
las antiguas notas de mi voz herida.

Ya no te llamo. Ahora
tu nombre se queda en mi boca
mirando hacia dentro
y solloza de noche la espera
de la voz que me mire a los ojos.

El silencio es un río de sangre
que llena las venas
y la espera se hace agonía
si sabes que el fin del amor está cerca.



ANTONIO ILLÁN

*"Las autoridades ordenaron a la policía inhibirse durante
y después de la matanza de Chiapas"*

(EL PAÍS. Lunes, 12 de Enero de 1998)

TODOS SOMOS COBARDES

Los poetas bajaron del Olimpo
y gritaron
que el homicidio es siempre asesinato.
¡Acteal! ¡Acteal!
La luna cuelga en los ojos
de los que miran fríamente por el ánima
de sus brazos. La sangre
de los pobres
salpica las hojas verdes de la selva. La sangre
está caliente con un hervor de siglos.
¡Acteal! ¡Acteal!
El horror ocurre,
pero siempre más allá de mis manos,



al otro lado del periódico, más allá
de los besos, escondidos en las palabras
que matizan el arcoiris de los conceptos,
donde nada es verdad ni mentira, más allá de los muslos
que sustentan los orgasmos, allí donde seguramente prefabriquen
a los culpables, más allá del eco.

¡Acteal! ¡Acteal!

El espejo celeste refleja las arañas. El hombre
es miedo para el hombre. La muerte es un absurdo.

El aire se llena de imágenes transparentes, el alma de la tierra.

¡Acteal! ¡Acteal!

Brutal matanza de cuarenta y cinco indígenas.

¡Acteal! ¡Acteal!

Dicen que estaban rezando.

¡Acteal! ¡Acteal!

A lo largo de las carreteras cientos de familias
caminan

en busca de un refugio. Huyendo



bajo la lluvia, cargadas de niños y bultos.

Los dioses del mal, cuentan, nada hicieron; sí, algo hicieron:

silbar mirando al sol, mientras sus largos dedos apretaban los gatillos.

¿Dónde estabas tú? ¡Acteal! ¿Qué hacías? ¡Acteal! ¿Qué esperamos?

.....

Yo también soy cobarde,

apoyé mi cabeza en la mano y me puse a llorar

MIGUEL ÁNGEL CURIEL

POEMAS DE MEDIA TARDE

I

Llamé en aquel tiempo a las cosas por su nombre
y aún me sobraron palabras.
El cielo más azul y tenso
dio paso a un rebaño de nubes.
Unos contra otros se toparon los días.
Procuré siempre estar a la diestra de mí mismo...
Ahora esta voz
que no llama al pájaro pájaro
sino que vuela...



2

Busco palabras, las busco ocultas en mí mismo.
Abro bien los ojos, los dejo irse como pájaros.
Toco las cosas como el agua toca las piedras
y mis manos se retiran de los objetos
lentamente después de haberlos sumergido.
Amo, amo mucho lo que conozco y lo que no conozco.
Para el invierno siempre he tenido duras palabras.
Llevo mil años aquí y no he visto ninguna guerra.
Cada otoño las hojas y las palabras de los poetas cayeron al suelo.
Encalaron con harina las tapias de los cementerios.
Y los árboles genealógicos se llenaron de manzanas.
Las raíces del tiempo removieron mi frente.
Sí, las raíces de los fresnos están en mi cabeza buscando mi corazón.

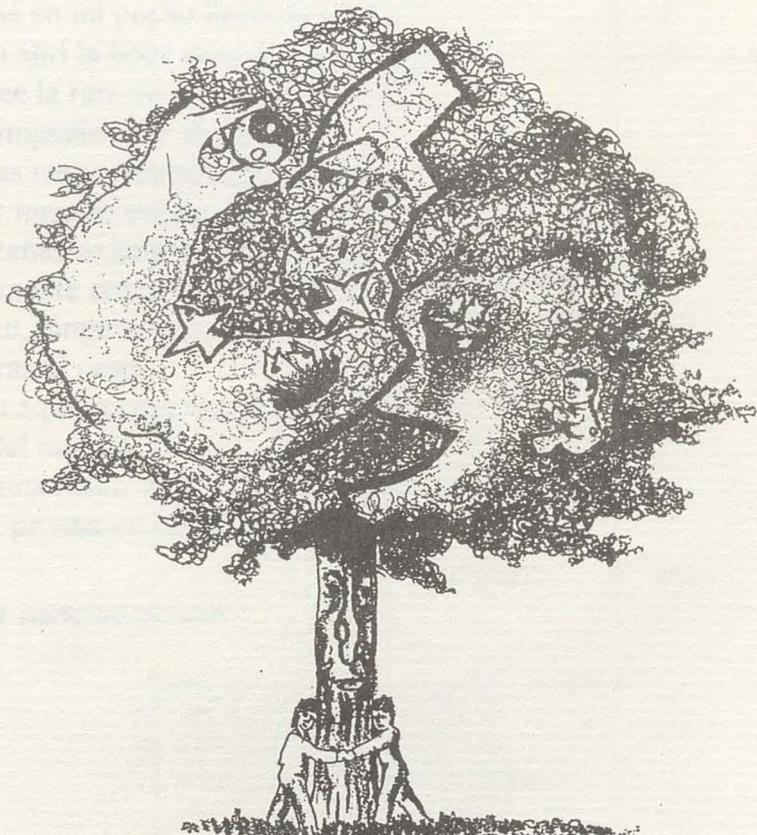
3

Al alto Dios le dices: " puedes coger mis cerezas",
han madurado de día en día
hasta que mis testículos se han puesto rojos
y mis labios violetas.
Al diablo oculto en el brezo le invitas a vino.
Pero tendrá que beberlo en el zapato de una mujer
ya que has estampado todos sus vasos
contra la luna.
Ahora por el río suben las bogas y bajan los recuerdos.
En la orilla los álamos se llenan de pájaros.
¡Cómo no estar feliz entonces!
¡Cómo no estarlo para ti mismo
aunque el dolor del corazón venga de la sonrisa
y la sonrisa de tu corazón!
Hoy en día lo más fácil es despistarse por el cementerio.



Me arrojaba mi corazón
Habría un cielo
También me arrojaba
los años en mi pecho
También me arrojaba
Y ahora la vida
que me arrojaba
Tengo los
de haber
mis pechos
violencia
Pero aquí
a pulir
También
se rien del
pero se
pueda a pr...

SONETO 348



EL OLMO

WJM/MARZO 98

4

He arrojado mi corazón tantas veces contra la tarde...
Bajo un cielo resquebrajado he vivido.
También tiernamente he arrojado contra él pegotes de barro,
los amasé en mi pecho lleno de hierba.
También abrí la boca para que entrara dentro de mí la luna y la abubilla.
Y saboreé la raíz de todas las palabras
que me impedían ver el mundo.
Tengo las manos manchadas de tinta
de haber matado tantas veces al Sol.
Mis pestañas se helaron y mis cejas se abren y se cierran
violentamente como las contraventanas del paraíso.
Pero aquí, ninguna señal de viento
ni palabras al peso.
También aquí los que son felices
se rien del mundo,
pero es una risa a medias
puesta a prueba en las muecas del diablo.

SONETO ARRINCONADO

J.P.

¿Quién nos oye?.. ¡Qué importa!; la tarea
es seguir, hablar contracorriente,
incorporar la voz en el presente
como un guerrero presto a la pelea.

Ni callar ni gritar: decir. Que sea
el acento suave, pero ardiente,
el ritmo dulce, pero impertinente;
divina la palabra, pero atea.

Es miércoles. Las seis. Todo está a punto:
María Antonia, Juan Carlos y Joaquín,
y Puri o tal vez Goyo en el control.

¿La audiencia? La gran nada en su conjunto;
la nada más rumbosa y de postín.
¡Al aire ya! Seamos onda y sol.



JUAN MARTÍNEZ COPEIRO

EL VIENTO EN OTOÑO

Cuando me azota el viento en las tardes de otoño,
el silbo de los álamos enronquece al unísono
y se arrugan los robles vencidos por el fuego.
Envejece la vida entre los abedules.
Los helechos se han ido.

Cuando me besa el viento en las tardes de otoño,
lo dejo que me quiera, en una entrega cómplice,
sin temor ni rechazo. Y los dos nos unimos
en un abrazo cósmico, más allá de las cosas,
deshojando los ocres.

Cuando me azota el viento en las tardes de otoño,
las voces de los niños que no fueron adultos
me perforan los tímpanos y me hieren la carne,
porque fueron los gritos que, cobarde, callé,
pero el viento retuvo.

Cuando me besa el viento en las tardes de otoño,
los cantos de vendimia se enredan en su brisa
y pruebo de sus labios el sabor de las uvas,
el esfuerzo del hombre que dominó la tierra
donde crece la viña.



Cuando me azota el viento en las tardes de otoño,
trae sabores de luchas, de muertes y de sangre,
de navidades huérfanas, de guerras sin sentido,
de cárceles, prisiones, de libertad sin sueños,
de silencios cobardes.

Cuando me besa el viento en las tardes de otoño,
son los sentidos todos de miles de criaturas
abrazándome el alma, perforando mi cuerpo
con mensajes de vida que traspasan fronteras
hasta bellezas únicas.

Cuando me azota el viento en las tardes de otoño,
oigo balas perdidas que hieren a inocentes,
que se beben la sangre de los empobrecidos,
que encarcelan los versos, que matan la poesía.
Oigo balas de muerte.

Cuando me besa el viento en las tardes de otoño,
con la primera brisa que retiene en sus labios,
candelas de pasiones me recorren las venas.
Y amarillean las hojas de los álamos viejos,
de los fresnos cansados.



OLMO

La mañana está cálida a mediados de Julio.
En el parque cercano donde juegan los niños,
a la sombra de un olmo que me abraza amorosa,
viejo y fecundo él, rodeado de sus hijos,

he extendido mi cuerpo, dejándome querer
por las hojas menudas del árbol que me acoge,
todas verdes, pequeñas, igual una a las otras.
Se repite el verano, los sueños, los amores

y el olmo, ya maduro, amarrado a la tierra,
decidió libremente, ¡vestido de verano!,
abrigar su ramaje y embellecer su cuerpo
para salir de ronda, transportando a los pájaros,

en semillas menudas, a fecundar la tierra.
Tiene aspecto de novio, de novio generoso,
seguro, poderoso, capaz de enamorar.
Cuando el viento se enreda en su cuerpo frondoso,

oigo sus seguidillas que traspasan mi alma
y me vuelo en sus coplas, alegres y entrañables,
hacia anchuras de sueños que empapan los deseos
y sostienen la vida en los besos del aire.



¡Cómo resiste al tiempo, empeñado en vivir!
Resiste a la sequía, al frío y a la nieve.
¡Cuánto me gusta el olmo que ha crecido despacio,
cobijando a los novios, inspirando pinceles!

Ha cobijado pájaros sin cobrar hospedaje,
haciéndose posada de amores repetidos
en tálamos nupciales de nidos artesanos
que anuncian nueva vida y repiten los ciclos.

Ha presenciado muertes, ha derramado lágrimas.
¡Cuánta sabiduría reconozco en el olmo!
¡Cuánta gente distinta se ha sentado a su sombra
diciéndose secretos: niños, ancianos, mozos!

Hoy he sido su huésped. Mañana seré amigo
y volveré a su sombra. Me sentaré, de nuevo,
descansado de afanes. Le abriré el corazón.
Sí, me abriré del todo, me abriré a su silencio.

Me quedaré desnudo: sin palabras, sin versos.
Me dormiré en sus brazos. ¡Qué entrañable es el olmo!
¡Si pudiera cantar su belleza profunda
la hermosura sin tiempo que revela su rostro!

¡Qué grandeza del árbol que me muestra su vida
sin ocultarme nada, ni siquiera sus sueños,
que levanta mi alma a espacios de belleza!
¡Qué grande me parece, qué grande y qué pequeño!



JESÚS ORTIZ

TRÍPTICO SERRANO

SEGURA BARBACANA

Cruzando la llanura castellana
y tras mieses, barbechos y encinares,
anuncian los primeros castañares
la exuberancia vegetal cercana.

Y en su serena reclusión serrana,
al abrigo de vientos y avatares,
el remanso se ofrece de los lares
del pueblo, cual segura barbacana.

Abierto por un lado al horizonte,
que al resto la montaña inmensa cierra
por roquedal, picacho, alcor o monte;

envuelto en el rumor de arroyo o fuente,
en agreste regazo de la sierra
se cobija Real de San Vicente.

ANTE EL CASTAÑO

Extiendes tu ramaje poderoso
con brazos hercúleos hacia el cielo.
Esparces densa sombra como un velo
de frescor so el follaje rumoroso.

Exhibes tu porte alzado, hermoso
y muestras tu vigor como modelo
de la firmeza, afianzada al suelo
y resaltada por el tronco añoso.

Y así a la tierra indisolublemente
te unes en hondo, oculto abrazo ingente:
fuerte, viril, telúrico, paterno.

Diríase que no puedes sufrir daño
por vendaval, ardor o adusto invierno:
robusto, noble, serio, alto castaño.

MONSVENERIS

Desde una oscura antigüedad remota
y envuelto en hechos fuertes, legendarios,
aún este castillo de Templarios
mantiene junto al cielo su alta cota.

Su estructura potente ya está rota,
mas leyendas de héroes extraordinarios
o de indómitos hombres visionarios
impregnan el lugar con fuerza ignota.

Por la piedra ceñida, y por la peña,
mi vista absorta pierdo en la llanura.
Saltando risco a risco, breña a breña,

desfilan aún las sombras con premura
de Viriato, de Venus y de Diana,
confuso ayer con hoy, y con mañana.

(Al Monte de Venus de la sierra de San Vicente)



I LOVED YOU

por Amador Palacios

Habíamos decidido pasar la luna de miel en un pequeño pueblo del norte. Y para el viaje echamos mano de mi desvencijado 2C.V. El recorrido estuvo lleno de menudencias agradables, sucedidas dentro del coche, en pequeños restaurantes de carretera, sobre los lindos miradores del camino serpenteante. Llegamos al hotel, situado a la espalda de unos riscos, y en aquella semana de aire puro fueron buenas nuestras comidas, excelentes nuestros paseos, la charla amena y el calibre altísimo en la puesta en escena del amor.

En el acompasado bisbiseo del saloncito del hotel, bien caldeados por las llamas decorativas que se contoneaban en un rincón del fondo, dos copas de licor eran el broche de nuestra primera armoniosa cena. A ambos lados del velador, mi reciente marido y yo dábamos curso a las más tópicas y disculpables cursilerías, cuando en esto se acerca a nuestra mesa un chico árabe, quien, ostensi-

blemente muy bebido, nos pide, en un español dificultoso, que le encendamos su cigarrillo; así lo hicimos, recibiendo de su parte, como raudó testimonio de agradecimiento, el hermoso saludo de su patria: "Mi corazón, mis palabras y mis pensamientos son para ti", a la vez que se palpa el pecho, los labios y la frente y nos señala con el dorso de su mano; le devolvemos el simpático gesto con una franca sonrisa.

Mi marido, conforme a su impaciencia masculina, me ruega que subamos a la habitación, a la cama, pero yo, consecuente con mi temperamento femenino, le digo, contestándole con dulzura, que voy a ver un poco de televisión, prometiendo no demorarme.

Acabó la película, salí del saloncito y prendí un nuevo cigarrillo mientras bajaba el ascensor. Ya en la planta, a mitad del pasillo se apagaron las lámparas, pero no supe encontrar el interruptor para que luciesen de nuevo; la habitación estaba al fondo, a la derecha. Me descalcé para evitar el ruido de mis pasos, con la intención de sorprender a mi flamante hombre no antes de estar desnuda junto a él debajo de la misma sábana. Giré el pomo de la puerta sigilosamente, la cerré de igual modo, procuré orientarme con rapidez, me bajé las medias despacio, a los pies de la cama, las saqué suave-



mente de mis pies, desabroché la falda y los botones de la blusa, me busqué en la espalda los corchetes del sujetador y deslicé con seguridad la pequeña braguita a lo largo de mis piernas hasta despojarme, así, de toda indumentaria; dejé el montón de ropa sobre la butaca y, de puntillas, me adentré en el lecho, me alargué en su fresca superficie, me cubrí con la sábana y busqué, acurrucándome, el cuerpo de mi amante, que me daba la espalda, tendido hacia el lado exterior de la cama. Puse una mano sobre su hombro. Su cuerpo ardía y su respiración era dificultosa (algo extraño en él); bajé la mano hasta su brazo y lo acaricié con paulatina fuerza de arriba abajo; de vez en cuando oía en su boca largos suspiros y leves ronquidos que yo no suponía en él; además, consideré que tardaba mucho en despertar y reaccionar ante mi presencia. Hice un rápido movimiento para pegar mi vientre a su trasero y dejé de acariciarle el brazo, llevando mi mano a su peludo pecho.

Entonces descubrí que a mi lado, sobre la misma cama, bajo la misma sábana, había otro hombre que no era en modo alguno mi marido, pues el pecho que yo acababa de palpar era un pecho suave, desprovisto de vello. Entonces, cesé, de súbito en mis caricias, adopté la postura del

decúbito supino, me zambullí de lleno en el desconcierto y me dispuse a intentar pensar, arropada en la oscuridad. Me decidí a encender la lamparilla que tenía a mi lado; durante cinco segundos vi al muchacho árabe que, muy borracho, nos había solicitado cerillas mientras estábamos cenando; estaba totalmente hundido en su ebriedad y su cuerpo adoptaba una postura acorde con su estado. El estrecho calzoncillo blanco fulguraba sobre su piel morena. Seguía impertérrito a mi presencia, dándome la espalda. Caí en la cuenta: nuestra habitación no era la del fondo del pasillo a la derecha, sino la del fondo del pasillo a la izquierda.

Pulsé de nuevo el interruptor de la lamparilla con el propósito de suavizar, al menos, mi turbación, arropada, como antes, en la seguridad del cuarto oscuro. ¿Qué hacer?, pensaba.

La conclusión de mi zozobra fue girar el cuerpo del lado del muchacho que yacía junto a mí, rodear su cintura con mis brazos y buscar su sexo bajo su fulgurante calzoncillo. Enseguida de asirlo y abarcarlo en mi mano, alcanzó su total erección. El chico me respondía, semiinconsciente, tan solo balbuciendo inteligibles monosílabos entrecortados. Con brusquedad, le saqué el calzoncillo y, dándole la vuelta, lo atraje frente a



mí; él aferró sus manos en mi espalda moviendo su cuerpo rítmicamente buscando aquel sexo sorpresivo con que el azar le había obsequiado. Yo, mientras con una mano apretaba sus glúteos, con la otra asía nuevamente su sexo bien proporcionado introduciéndolo, con movimientos sinuosos, dentro de mi vagina. Aquel pene, moviéndose en la oscuridad, me vaciaba totalmente de pensamientos y mi excitada imaginación lo contenía en exclusiva, dentro de su pantalla visual como algo enorme, total, brillante, lubricado y útil en las paredes de mi vagina, expandiéndose como una alarma en la sensación de mi vértigo placentero. Yo temblaba. Él ejercía su oficio amatorio sin decir una palabra e, intuyo, con los ojos sin abrir, en un quehacer mecánico, todavía semi-inconsciente. Todo fue muy rítmico y también muy raudos los prolegómenos. El chico eyaculó enseguida, pero a mí me dio tiempo a acompañarle en su placer. Jadea-

mos sordamente al unísono y, tras de breves coletazos, me separé bruscamente de él, que quedó exhausto, tendido de cualquier manera, profundamente dormido. Me vestí sin prisa, pero sin pausa y, abrochándome el último botón, salí otra vez a la penumbra del pasillo.

Al entrar en mi auténtica habitación, tampoco encendí ninguna lámpara, también a los pies de la cama me despojé de las medias, de la falda, de la blusa, del sostén, de la braguita...

Todas las noches, mientras cenábamos, se acercó el chico árabe, nos pedía una cerilla y nos saludaba como se hace en su país. Nosotros dos le devolvíamos la misma franca sonrisa del principio.

Todavía hoy, cuando nos engarzamos mi marido y yo en nuestro añejo lecho conyugal, algunas noches, para que cunda la excitación, le susurro al oído: "Vamos a imaginar que estábamos en un hotel".



JOSÉ PULIDO NAVAS
EL SER DISPERSO

*"...ver en unidad
el ser disperso..."*

Luis Cernuda

LA BUSQUEDA DEL FUEGO

Cuando la noche abrió sus manos
para buscarse, nació el fuego.
Inició un vuelo deslumbrado
por las estancias vacías.
Se hizo corazón, sangre de astro
y deseo en movimiento.
Asistió a la aurora de las formas,
despertó en los cuerpos su esplendor,
la furia en sus arterias
hasta encadenarse las alas
entre una carne ya doliente,
la tierra febril y sus metales,
la madera fatigada...
En la serena religión de los hogares
oficia su interminable pasión,
su apetito por todo lo que vive,
su rebeldía de ángel caído
y generoso.

MÚSICA

Pulso y latido es. Deseo de cuerpos
enlazados y órbitas precisas
sobre la afilada ecuación del grito.
Música
que funda en el silencio su armonía,
en los ciclos del sol y de la luna,
los lechos grávidos del bosque,
el cortejo masculino, su danza
en los acantilados de la hembra,
cuando alcanzan los umbrales del gozo.
Nada en ellos es vacío sino acorde,
densa y gozosa luz, epifanía
que nace de lo exacto y se viste
de formas en la piel que la siente.
Es un delicado encaje de tiempo
y un juego de reglas sin memoria,
un parentesco que une a los astros
con los hijos fugaces de la tierra.



BESTIARIO

Nada es más expresivo que sus ojos
cuando buscan al hombre y a él se enfrentan.
Sea el amo, como un dios
del que se esperan el premio y el castigo.
Sea la víctima que en ellos ve su fin
entre las garras inocentes de la fiera.
No hay canción igual a los metales
de su voz: Sonidos
que llegan sin rodeos del dolor
y tienen la dimensión del hambre,
la urgencia nupcial, cuando amar
es el único objeto de estar vivo.
Olvidados caminos de la bestia:
en ellos lo invisible se hace carne,
la idea perfil, el símbolo
poderoso testigo de las formas.
En la planetaria hermandad de sus sentidos
habitan los espíritus del bosque,
los forjadores de tótems, de linajes
vivos en la cara oculta de los sueños.
Allí donde se rompen los tabúes
y es posible el encuentro condenado
al anatema, la cópula que alumbra
esfinges y centauros. Sutiles
en la contemplación, observan
desde el lado más puro. Por ellos
se abre la puerta de lo humano,
la llama que ilumina esta noche
enmarañada y tenaz del corazón.



OTOÑO EN EL PINAR

Las agujas del pino miden estaciones
en sus esferas de reloj, dorado y quieto.
La rueda del año desemboca otra vez
en la costumbre de ciertos colores,
ciertos ritmos que el agua y el sol
hacen cotidianos en otoño.
Nadie sabe cuando comenzó el viaje:
Tiene bandadas de pájaros
que descifran estrellas para huir del invierno.
Es un desafío con la tenacidad vegetal
y la esperanza de una antigua miel
que siempre despertó la primavera.
Bajo las cabelleras del bosque
abre una redoma, un lecho fronterizo
donde la vida se desnuda y duerme
en la madera vencida, el hongo
elemental y el insecto laborioso.
Teje aquí sus nuevas galas.

PONIENTE EN LA BAHÍA

Hasta las gaviotas y las olas interrumpen
la danza inmemorial que siempre las ha unido.
Hasta la espuma y la arena olvidaron
sus encajes de luz en la bahía.
Los dedos del sol acarician por poniente
este hombro de mujer dormida,
su primera ambición de estrella azul
atada al pueblo de fugitivas sombras
que habita el país de los abismos.
Mar de poderosa respiración y sonrisa
anterior al Paraíso.
Mar de verdes estancias, rayo verde
que aparta los cendales del silencio.
En su voz, todos los nombres se confunden.



SOBRE UNA VIEJA CIENCIA

Cuando Ana toma las verduras
en su mano, como si acariciase
un pájaro de colores, ahogado
por la impaciencia de un niño,
abre la Primavera en su cocina.
Sus dedos calman a la zanahoria,
aterrada ante el cuchillo que rasga
sus galas de llama campesina.
Las acelgas son manojos de nervios
y en su pecho de doncellas centellea
la riqueza del agua, los verdes
mantos de la sabiduría vegetal.
Por fin el blanco mundo silencioso,
el subsuelo oculto de la patata.
En la olla burbujan las canciones
de la verdura, los aromas de un día
quieto, interminable como un lago
de riberas dudosas y lenta luz.
Ya servida alcanza su plenitud:
Ahora es alimento. Descubro en ella
la paz de una tierra antigua,
una vieja ciencia antes del símbolo,
una memoria sin furia y sin dolor
que Ana despierta con recetas
en la serenidad de su cocina.

EL SER DISPERSO

Alguien pronunció aquella palabra
que en otro tiempo oí,
cuando era un niño.
Se hizo la luz de la sorpresa,
la intuición que atrapa el sentido
entre sus redes e ilumina
el momento, le infunde hondura,
densidad. Quizá lo salva.
Se alzó entre las sombras,
proclamó su presencia, su deseo
de vivir y encontrar más vida en todo.
Se descubrió alimento de sueños,
secreto corazón de gentes y paisajes,
río y roca,
palabra destinada a repetirse,
a ser espectáculo y público
en la ambigua simetría del espejo.
La divisoria es tan tenue...



JESÚS RUBIO
BALADA DEL CARCELERO*A Lorenzo Gómez***I**

No escuché las señales que auguraban
los carnavales ebrios de mentira.

Quemaban los sonidos
el corazón de arsénico
que inauguró aquella noche eterna.

Y las palabras, siempre tan audaces,
y siempre tan ingratas,
inflamaban sus pechos de cemento.

Ellas me sepultaron.

Arrumbado dejé
el talco con los juegos de jazmín;
las nanas se tornaron
en bélicas arengas laureadas.

Me arrancaron del pecho de marfil
que con supremas mieles
mi azorado inquilino sosegara.

Mataron a la dama con soflamas,
rescataron añejos dardos rojos;

el cuchillo helado de la sombra
se alió con el fiero calendario.

Archivaron mi aliento
y me catalogaron los latidos.

Un río de ceniza
y platino anegó
la tierra de mis padres.

II

Alondra en el alambre se llamaba
aquella vieja historia en que el amor
hendía con su espada las tinieblas;
vencejo entre el espino prepotente,
la nieve taladró todas mis plumas.

Embridar un aliento no es fácil
si el sicario desdeña las estrellas;
los planetas, los astros, todo el cielo
bosquejan la conjura.

Ciegan sus negras moscas bravuconas
que temen a la risa,
y herrumbran las columnas de titanes
que amamantan el odio y los tornados.



III

Pero en la enredadera de la bruma
hay sones que se hermanan, que se
[abrazan.
Son cuentas solidarias de un rosario
engarzado con sal y con espinas:
resplandecientes perlas
que dominan un mar de hiel espuma.

Títeres que caminan por el polvo
de seda que desdeña la manigua
en que samaritanas hienas danzan.

Pecadores que manchan los claveles
en los que mora, ávido, el futuro;
amantes de la fruta adolescente.

Trapevistas de manos pizpiretas,
atilas de universos y caminos,
peregrinos del hambre y la injusticia,
paladines de sueños libertarios,
pastores que se prenden del espejo
y marinos del cielo y las nubes.

Bailan todos al son de los ladridos,
esclavos de la furia, de la sal.

IV

Convencer a la pérfida serpiente
que sólo tu sonrisa me importaba
era como trazar frescos en las olas
de un piélago de espectros y de
[espanto.

Hasta se me llevaron tu penúltima
imagen luminosa
los augures del fétido milenio.

Llamaron a las siete. ¿Lo recuerdas?
Sobre las siete, con el cielo raso.

Recorté los perfiles de la ausencia
que devoraba rejas y escudillas;
recuerdo los cárdenos momentos
que abrasaban pupilas y suspiros.

Y aquellos gatos verdes,
fieles espectadores,
en la pared prendidos me arrullaron:
devolvieron el eco de tu alma.

También atrapé vientos
que encerré en mi pecho
con la idea de darles su epitafio
el día que llegara
el reino de algodón de los querubes.



V

Un bailarín con circos en las manos
se asignó compañero de mi viaje
en aquel tren mercante de latidos
varado en el erial
que regaba el capricho vencedor.

La canción de la gota en el lavabo
acompañaba, dócil, nuestros días;
él habló de su Verona, de su Auschwitz,
y también de su Waterloo.

Vimos los universos distanciados
en los que los jazmines entretienen
la equivocada sangre que verá
el final de este cáliz marchitado.

La ausencia de perfumes la vencimos
con el amigo musgo.
Cegados de esperanza, los vencejos,
con alas mensajeras,
portaban nuestro aliento al rincón
en donde el viento purga sus pecados.

VI

Y te digo que el sol fue el enemigo
de aquellos, los espectros
que forjamos el mármol de la patria;
más aún que las rejas y rosarios
que ahinaron el sendero palpitante.

Vi trenes que rugían en la sombra
y luces que agoraban los gemidos;
sentí de las serpientes ese hálito,
preludio del final de un universo.

VII

Surgió entre la yedra la espadaña
de una torre de amor no sincopado
que ungió los fantasmales recovecos
de las almas errantes en la ciénaga.

Los hombres atrapados por la furia
esconden unos ojos paternos;
su corazón emerge por las noches
si el calor se revela pendenciero.

Miradas, que soslayan la fiereza
y borran los clarines laureados,
nadan en las pupilas cotidianas
escortadas de trinchas,
pues la vida se mece entre sus dedos,
los latidos galopan en su vecino
y todos idolatran a las madres.

VIII

Un cigarro, algún mendrugo,
labios que reverberan de piedad;
el carcelero puede ser amigo
si su estrella con luz sincera brilla;



también es el rehén
de la bóveda inerme que resguarda
a la nada de toda nuestra cólera.

IX

Los dedos de ceniza del reloj
en complot con el fatuo calendario
cubrieron con su polvo
rostros, venas, pupilas;
flecharon las costillas despreciadas
y anegaron el tuétano
manso de los emblemas del erial.

Escarcha tras escarcha,
los ojos sublimados con la fiebre
en ingenuo papel desvencijado
hallaban su remanso.

Escarcha, tras escarcha,
dibujé entre sombras
palabras y silencios con la tinta
amiga del recuerdo.

X

Una imagen plegada de candor
casó a mi soledad y al carcelero;
porque también sus brazos mecen
[niños
y con ardor asalta los labios.

Te digo que del miedo a la piedad
no hay más que un paso leve,
y cuando la conciencia es de plomo
el odio no es más que vino barato.

XI

Me perdí en mis propios laberintos,
en oscuras gargantas descendí,
escarcha tras escarcha.

Mas descansó su mano en mi aliento
y conseguí mirar tras la cortina
de aquel cielo calzado con fusiles.

Los convoyes del llanto a zarpazos
reventaron con cierzo nuestro arroyo.
A cientos, los latidos no volvieron,
pues visitó la dama de las nubes
fervorosa las urnas enrejadas.

XII

Junto al alfil las manos eran nutrias
sobre el tablero ebrio de desvelos.
Se tornaba el guardián samaritano.

La partida, sin jaques,
escarcha tras escarcha,
abrochaba, doncellas, dos estrellas
distantes, hermanadas por la nieve.



La cárcel era ya el camposanto
de senderos regados por la sangre;
mis pupilas febriles
exiliaban miradas y caricias
de aquella mi Atenea
de la que me arrancaron a las siete
un día raso y ciego.

El fango nos besaba las rodillas,
el alma rogaba ya el cadalso;
el guardián con visiones en los dedos
se tornó tronco viejo, vino docto,
reía con mis jaques, mis galopes
y me auguró arcadias pastoriles
cuando el ave el conjuro dominara.

XIII

La escarcha y la reja se aliaron
para robar del olmo la templanza,
mas la samaritana damisela
que reinó en la ciénaga
que emponzoñó a todos los espectros
un manto silencioso de desdén
ofrendó al ilustre aparecido.
¿Llegaría el sabio peregrino
que ufano conjurara ese reinado
de polvo y de ceniza?

XIV

Los trenes callaron de repente.

No hubo más rebaños, más infiernos,
ni luces vanidosas que agoraban
la cobre sinfonía de gemidos.

Una leve doncella
hendió el corazón de las tormentas
con un jazmín, puñal evanescente,
nacido de las selvas solidarias.

La luz que alimentó huesos quebrados
calmó el mar furioso de mi sangre
que descansa en las playas sosegadas
de las cuatro pupilas que rompieron
la sombra y sus aullidos
nacidos a las siete.

A las siete y con el cielo raso.

XV

Entre mieles y lilas
galopa mi latido
mientras el carcelero se desploma
ante la crepitante
llamada de la hoguera cotidiana;
y sus manos acunan los azúcares,
con el ardor que protegían
damas y caballeros
en los tiempos del polvo
de los trenes, las luces y las rejas.

Toledo, 18 de marzo de 1998



JUAN ANTONIO VILLACAÑAS**VANIDAD DE LA FORMA (I)**

Soy un soneto que vagabundea.
"Yo un verso libre y tú me has secuestrado".
Tú, verso blanco, te has equivocado,
ninguno de los dos sois lo que sea.

Yo soy soneto viejo que bromea
con el verso medido y el contado.
Pero, además, yo me los he encontrado,
y el quiera creerme que me crea.

Libero al verso libre de esa vida,
que de ser libre no está muy segura,
se vuelve tonta de desconocida.

Soy el soneto de la noche oscura,
la que San Juan desde la luz me cuida,
sólo Lope de Vega está a mi altura.



Hay sonetos de amor como encinares,
con versos, ramas, hojas y emociones,
y poetas que tienen opiniones
y, por qué no, yo tengo sonetares.

Hay sonetos del campo, y olivares
de sonetos de trigo en vacaciones.
Pero, ¿a dónde voy yo con mis canciones,
si ni siquiera entro en los hogares?

Seremos muertos, pero sin sentido,
no exageraba mucho más Quevedo,
aunque a medio camino yo me quedo.

Yo ahora soy un soneto incomprendido,
me sobra campo para vagabundo,
Dios piensa igual en algo más profundo.

VANIDAD DE LA FORMA (II)

Soy un soneto pálido, excitante,
el pasado de todos los sonetos,
la paciencia de todos los secretos,
pero un soneto, y además vacante.

Entrad en mí, sonetos. ¡Adelante!,
momias, refranes, musas, esqueletos,
que mis espacios siguen incompletos
y la historia del mundo va delante.

Venid, sonetos, a mi contenido,
la Poesía es para mí toda,
si llegáis tarde me la habré comido.

Sonetos, no penséis que es una moda,
yo siempre he sido así, nunca lo olvido,
podéis entrar del brazo de una oda.





En Cuba y en Martinique, por

península de un día.

LA ISLA DE LA FIEBRE (I)

por Jesús Rubio

Los lugares más recónditos a los que había ido nunca no distaban más de seis leguas del pueblo en que vio la luz primera.

Iba a ellos desde los catorce años acompañando a su padre, Manuel, para vender cisco; un buen recurso para cuando escaseaba el jornal o la aceituna no había sido pródiga.

Volvería a venderlo.

Si la fiebre no se lo impedía.

Ahora, a sólo tres millas de distancia, vislumbraba el perfil fantasmagórico del puerto de Valencia.

Valencia: un jalón más, otro grado de fiebre.

Ojalá no hubiera conocido nunca tantas ciudades: Valencia, Sevilla, Málaga, La Habana...

Sintió un escalofrío.

Primero, tenue; después, violento.

La fiebre, cuya faz más torva había burlado, daba su cotidiano alabonazo para recordarle que allí estaba, que allí estaría, acompañándole ya siempre, todos los días de su vida, para susurrarle que él había estado en Cuba y era afortunado, pues

podría contar en su pueblo cómo era el lugar donde otros veinte mozos habían muerto defendiendo una tierra que sólo interesaba a cuatro caciques, a un par de banqueros y a los americanos.

Puede que no fuera la fiebre la que golpeaba, sino la impaciencia: una vez en Valencia, le esperaban tres meses de permiso como repatriado.

Ciento noventa.

Miguel Criado Rosa, agricultor, analfabeto, natural de Guadalcanal, en la provincia de Sevilla, hijo de Manuel y Estefanía, de 19 años de edad, comprendió, aquel día de Septiembre de 1896, que algo que su padre repetía constantemente era muy cierto: la suerte no responde a quien la llama, sino que se presenta a cualquiera, en el momento más insospechado.

Ciento noventa: ese era su número en el sorteo.

Desde hacía años, muchos, España sangraba por ese costado: Cuba.

Le fue imposible disfrazar su rostro fúnebre cuando le comunicó la mala nueva a sus padres.

Estefanía, su madre, rompió a llorar.

Su padre, Manuel, siempre más sereno, siempre menos expresivo, simplemente le dio un abrazo.



-Volverás.

Esa fue la única palabra que se escapó de sus adustos labios antes de perderse en el corral de aquella modesta casa que, hasta ese momento, se había erigido como el centro de todo su mundo.

Miguel tragó saliva mientras se decía a sí mismo que peor, pero muchísimo peor, iba a ser el momento de darle la noticia a su novia, Guaditoca.

El otro engranaje que hacía girar el reloj de su vida.

Aquel rostro del que se había prendado nada más verlo adquirió una palidez extrema.

A Miguel le recordó el rostro de la Patrona.

Le tembló el labio inferior.

-¿Cuba?

Guaditoca Pérez Omenac, Guadi, no preguntaba, rogaba que Miguel le dijera que no, que aquello no era verdad, sino otra de las bromas que había ingeniado para enfurruñarla.

-Cuba.

Sólo cuatro letras que no eran una respuesta, sino toda una sentencia de muerte.

Miguel notó que algo le crecía en el pecho mientras pronunciaba tan breve palabra.

Guadi entró en la casa en la que servía desde hacía cuatro años, y en la que fue acomodada sólo con doce, desecha en lágrimas.

Enfiló la calle Lasanche, hacia la plaza.

Allí se encontró con su primo Francisco, cinco años mayor que él, su mejor amigo y la persona que le había enseñado todas las tareas del campo.

Le puso la mano en el hombro y Miguel agradeció más el silencio que las palabras de ánimo de todos los que estaban en el corrillo.

Ignacio, el de la Tenería...

Y tantos y tantos otros.

Nadie se salvó de Cuba.

Sólo los mancos y los ricos.

Ignacio, el de la Tenería...

Ambos volvían con él, en aquel vapor alemán de nombre impronunciable.

Los demás, veinte, no.

Valencia ya no era un fantasma, sino un barco que, como la Armada de Cervera, aquella que desapareció en Santiago, espera el cañonazo posterior que ponga fin a su miserable navegar.

Hacía frío en la cubierta del barco.

Lo agradeció, pues hacía tiempo



que no lo sentía.

Recordó el calor, los campamentos en los que la fiebre se cultivaba, la desigualdad entre ellos y los americanos...

No fue una guerra digna, no señor.

Casi todos murieron postrados en sus catres, entre convulsiones, vómitos y delirios.

El enemigo disfrutó poco, la verdad.

Compañía Provisional de Borbón, expedicionaria a Cuba, contingente: más de trescientos soldados de replazo.

Destino: lugar conocido como La Víbora.

El nombre en sí ya era toda una premonición.

El miedo volvió a instalarse en su mochila.

-Tengo como una culebra aquí, en la boca del estómago.

Culebra en el estómago.

Así era como lo decía Manuel, otro soldado, paisano de Tocina.

Culebra.

Una expresión que hizo fortuna.

Sintió la culebra cuando se despidió de Guadi y de sus padres, allá en La Poza, casi a la salida del pueblo por parte de Cazalla.

Formado junto a sus compañeros en el puerto de La Habana también sintió a la culebra.

Miedo.

Es sólido.

Se instala, primero, en el estómago.

Después, echa raíces en las piernas.

Embota los brazos.

Y acaba por nublar la vista.

Hasta que uno acaba por llevar la culebra encima, como a las trinchas, el mosquetón o la manta.

-Sexta compañía, a formar.

Formaron en un suspiro.

De momento, no conocían al enemigo.

Ni sabían de la fiebre.

Así que el arresto era el temor más inmediato.

Miguel comenzó a notar que el clima de la isla iba a ser uno de sus peores enemigos.

Un clima que acunaba mosquitos enormes y amamantaba fiebres terribles.

-Pues menos mal que eres del Sur.

Su compañero de hilera, un madrileño llamado Tomé, barbero de profesión en la calle de La Palma, le echaba en cara aquellos resoplidos.

No eran españoles.



La debilidad no era patriótica.

La debilidad pierde guerras.

-Soy de un pueblo de la sierra.
Por la noche, refresca.

Tomé, se llevó un dedo a la cabeza.

Fueron tranquilas las dos primeras semanas en La Víbora.

Los rebeldes se refugiaron en las sombras y allí se quedaron.

Pero en dos semanas Miguel Criado Rosa ya había destrozado su primer par de alpargatas.

Las marchas, en algunos días casi de diez leguas, con la mochila a cuestas,

con el uniforme de rayadillo que se pegaba hasta entumecer los movimientos, las inmisericordes lluvias aparecidas de la nada, los pestilentes ríos y pantanos que habían de cruzar, comenzaron a corearle a los novatos que para alcanzar la gloria militar primero conviene penar.

A Miguel la gloria le daba igual: necesitaba alpargatas nuevas.

Problemas de intendencia le obligaron a caminar casi descalzo durante dos días.

Con el uniforme no había problemas.

Era tan vasto que ningún cristiano sobre la tierra era capaz de destruirlo.

DIEGO SANTANA

Llueve, alma mía
Alma mía, está lloviendo
con esa cruel facilidad
que exhibe el cielo
para las maravillas.
Está lloviendo
sobre nuestro río,
y el paisaje recuerda
una infinita cruz de agua.

Y es en estos milagros,
cuando el cielo desciende hasta nosotros
por las escalinatas de la lluvia,
en los que me parece que ya he muerto,
no ayer, sino hace siglos,
y me siento cadáver sepultado
en una interminable, triste y gris
caja de agua.



MAR PECES

ANGRA MAINYU

Te llamará,
te llamará otra vez:
él prefiere los puentes, viaductos,
angostos corredores como bocas de niebla...

Ahora tú conoces qué oraciones
lo invocarán lamiendo los espinos,
las sábanas sobadas,
el cerco de los cuerpos que lo amaron
olvidando la higiene y la cautela.

Prepárate a su voz, se desdibuja,
se mezcla con noticias de aquellos que lo ven;
ridiculiza
excusas aceptables
y un semanal deporte metafísico.

Te llamará otra vez sin un halago,
sin pedirte un favor.

Te llamará acosándote con su esplendor vacío
y tú responderás a su llamada
igual que si a un reclamo de cazador oculto
el ánsar de tu lago nunca se resistiera.



JOSÉ DÍAZ GARCÍA-BALTASAR**BALADA DEL CERCO DE LA LUNA***A mi madre*

Miro en el espejo esta boca muerta,
estos ojos con presente intangible,
este invierno con pasado y remoto,
nido de espuma envolvente y libre.

Miro el balancín de la vida clara,
la luz de la mañana
que a ella misma se nombra,
y ya no quedan presagios que atar,
ni voces de sudarios.

Solos, madre, tú y yo ante el frío,
en el camino abierto,
la vida, la casa, el hombre, tu hijo,
y nuestras palabras en un teatro vacío.

¡Clamo alejar los años de mi vida!

¡Suplico limpiar de arrugas tu frente!

y vestirme en el andén de tu mano clara.

¿Me ves, madre,
danzando en el cerco de la luna,
en esta luna impostora de marzo?,
tú esperando,
y yo, aún, carmín adolescente.



POEMA DE AMOR

Hace siglos que habitamos la vida,
venas con pulso airado,
catastróficos mendigos de dátiles
en el corazón del abismo puro.

Hace siglos que esta vida nos une,
que ni el lodo ni el fulgor de la cal,
autopsia infame y húmeda de luz,
detienen la realidad de este poema.

Si no tuvimos mar nos la inventamos
si la brisa no meció tus cabellos
fueron mis ojos quienes, malheridos,
importaron riquezas
en las horas unánimes del gozo
juntos, aniquilados,
temblando por las vías
como párpados amarrados sólo.

Si no fue dócil el desván de sombras,
si el reloj descubría al viento amándose
fueron mis manos,
arrancando lechuzas de sus riendas,
las que abrían el manantial de espigas
que tú, más tarde,
encubrías con manzanas y lujos.

Hoy, cuando las sábanas amenazan
y los ojos se embriagan de ceniza,
reclamo la sed del fuego habitado
y busco para ti,
como un hombre en el eco,
un jardín azul de deseos lleno.



LAURA GÓMEZ**Belleza**

a ti suplico
te muestres virginal y pura
a mis ojos.
Que sea mi mano
al filtro de mi pupila
capaz de esbozar
algo que se acerque
a un poema.
Siquiera algo bello
tierno
un susurro
un murmullo
una caricia
que escape al viento.

AMO Y SUFRO

Amo la lluvia
y su sonrisa
me hace sonrojarme
y lloriquear

siento
como si la vida
se hubiese parado
como si estuviésemos
en parte muertos
como si todo fuera inevitable

APÓCRIFO

Sueño con tener un momento
donde todo el derredor
abandone el vivir
y tú seas todo él

donde mi quimera arrastre todo
se lleve por delante
hasta el más leve soplo de aire

donde volvamos a la infancia
y convirtamos al instante en infinito
puro y devoto, siervos de él



FRANCISCO JAVIER MANZANO**DE LA DANZA**

Tal vez no sea más que un reloj
sobre la mesa,
la lluvia de la danza
encadenada a los naipes.
Un sólo. Un únicamente.
El bostezo de un teatro de vendas, y silencio.
Una mentira,
al saber lo que no fuiste.
La niña desterrada de la marea roja,
que llora en las comedias.

NO

No, no quiero escribir un solo verso.
No, no quiero.
Pero mi mano corre
buscando tu boca.
No, no quiero creer que te amo,
y no poder besarte.
Me niego a escuchar tu nombre
empapado en soledad.
Porque esta noche, mis sueños,
son del color de tus ojos.



ÍDOLOS

Nuestros ídolos se resquebrajan.
No son más que sombras.
Miseras proyecciones.
Nadie es naturaleza última,
 simplemente él.
Me ahogo en una laguna
de marionetas y reflejos.
El cieno lo impregna todo,
y ya no hay agua pura.
Sólo brota la que mantiene fresco
 el lozadal.
Moribunda nuestra esencia
 se hunde.
Nunca antes principio y fin
estuvieron tan cerca.

TELARAÑAS

Lágrimas rotas
arrojadas al infinito.
Diluida en ellas
se fue mi calma.

Finas lanzas clavadas
en la incertidumbre de mis ojos,
inviernos de soledad
que sucumben formando telarañas,
es la felicidad artificial
de conseguir lo deseado.
La fuerza verde de la luna,
del pensamiento.

SOY LA GOTA...

Soy la gota que deja en la pureza del cristal
un rasguño, un remolino de palabras secas,
de horizontes odiados por el humo.
La estela pesada que marca el final.

Mi silencio no surgió de la lógica azul,
sí de la quietud desesperante. Apareció
con la amargura más limpia,
con los labios desencajados del hambre.

La miseria parpadea ensombreciendo mi sonrisa
no puedo olvidar la sed interminable
que guarda un mendigo. Soy de ti:
de la frustración hiriente de los sueños.



PRESUMO DE LA AMISTAD DE DON RICARDO

por Benjamín Pulido Navas

Presumo de la amistad de Don Ricardo. Lo conocí hace un par de años. Todos los amigos del hogar me preguntaban si no me aburría ir con alguien tan joven en vez de con ellos, que son todos unos carcamales, y yo les decía que no, que es muy interesante su conversación. Lo que en realidad quiero decir, porque se me va la cabeza a otros temas con mucha facilidad, es que Don Ricardo es un gran amigo, como un hijo, alguien único que no tengo que compartir porque no está casado, carece de familia y sólo me tiene a mí y a la Encarni.

D. Ricardo es profesor en el instituto. Da clases de lengua y literatura. Vive solo, rodeado de libros, en un piso viejo de esos con estrechos balcones, suelo de madera y paredes descascarilladas, a dos manzanas de mi casa. ¡Vaya!, creo que ya dije que vivía solo. Siento carecer de su capacidad para escribir. Creo que es algo que siempre le he envidiado. Sanamente, claro está. De todas formas, aunque a mí me gustan sus novelas y cuentos, Don Ricardo nunca tuvo éxito pues tan sólo logró publicar un par de libros de texto para el bachiller, pero ¡otra vez me he desviado del tema!. Voy a intentar centrarme.

Si vive solo no es porque quiera, sino porque de joven estudió tanto que no tuvo tiempo de salir con amigos o rondar a las chicas. Fue a varias universidades, incluso

del extranjero, y es doctor y catedrático y no sé cuantas cosas más. Y no tiene mujer pues por eso, porque no encontró tiempo para echarse novia, y cuando su madre murió, según dice, no volvió a relacionarse con mujeres. En realidad yo creo que sus argumentos no son más que excusas, porque no tiene amigos tampoco. Yo le digo que con la gente tan principal y tan sabia que ha tenido que conocer, ¿cómo es posible que no haya hecho amistades?, y él responde que la gente principal suele ser presumida, envidiosa y de poco fiar. En realidad no le gusta la gente porque dice ser "misántropo", que no sé lo que es, pero suena muy serio. La verdad es que es muy tímido, demasiado tímido. Esto lo he deducido yo solo. Creo que únicamente me tiene a mí y a mi mujer, la Encarni. Los domingos y algunos sábados los pasa con nosotros. Le encanta la paella y los boquerones en vinagre que ella prepara. Nunca le he preguntado su edad, pero yo creo que es joven, tendrá unos cuarenta y pocos años. Sé que es maño pero en el ministerio decidieron enviarlo a Madrid y aquí se quedó, y se trajo a su madre, la cual, pobrecita, está enterrada en la Almudena. De ella cuenta que nunca le gustó la capital, que jamás se acostumbró a tanto trasego y que solo sabía andar por el barrio porque más allá se perdía siempre. La mujer le pedía desconsolada que volvieran al pueblo, que Madrid, con tanto humo y tanto coche, la terminaría matando. Don Ricardo le decía que qué iba a hacer él en el pueblo. Ella comprendía, pero efectivamente el humo y los coches terminaron por llevársela la primavera de hace dos años.

Aún no he contado de qué conozco a Don Ricardo. En realidad soy su alumno. Don Ricardo resulta que tiene el corazón muy grande y por las tardes va a dar clases de leer y escribir a una asociación del barrio. La En-



carni y yo somos socios. Vamos a muchas excursiones y en Navidad hacemos una cena con fiesta y todo. También desfilamos en la procesión del santo con la hermandad. Hace dos años, justo cuando murió su madre, Don Ricardo se ofreció a dar clases gratis en la asociación; el presidente, Celestino, un hombre muy capaz y trabajador, aceptó enseguida. Al principio iba muy poca gente, pero después el número de alumnos aumentó. La Encarni me decía que por qué no iba a aprender las letras, y yo le decía que ahora, estando jubilado, ¿para qué me iba a servir?, si ya cuando trabajaba en la obra no necesitaba leer ni escribir, porque yo conocía muy bien el oficio y que con saber firmar era suficiente. Pero ella me recordaba eso de que el saber no ocupa lugar, y lo de que toda la vida íbamos a ser unos desgraciados ignorantes. Entonces me animé y empecé a ir por las noches, y la Encarni también. Daba gloria escuchar a Don Ricardo. Le digo Don Ricardo por respeto y costumbre. Es como le llamamos en clase. Él se queja y nos sugiere que eliminemos el Don, que todos somos mayores y que él sin embargo nos tutea. Pero ninguno podemos evitarlo. Es lo que tenemos los viejos, excesivo respeto a los que saben o tienen más que nosotros. Es lógico tras una vida trabajando de sol a sol para el patrón, siempre con las orejas gachas.

Pero vuelvo a perderme. Resulta que un día en el mercado la Encarni y yo lo encontramos comprando fruta. Le invitamos a comer pero él no quiso venir. Tanto insistimos que se comprometió a tomar café con nosotros por la tarde, así que vino a nuestra casa y hablamos mucho. Al principio estaba como nervioso, algo tenso, así dice él, pero después del orujo con madroños

que traigo del pueblo, se le soltó la lengua y empezó a hablar, y nos gustó tanto la conversación y él se sentía tan en familia, tan a gusto, que al día siguiente volvió, y así todos los sábados y domingos desde entonces. La Encarni dice que posiblemente se sienta solo, y como no tiene padres... Yo le digo que ya no es un niño y que no será eso, pero, ¡quién sabe!, las mujeres tienen mucho olfato y mucho instinto, y como la Encarni nunca fue madre, echa en falta un hijo, y a lo mejor la que se siente encariñada y engañada por los instintos es ella. Esto, naturalmente, no se lo refiero, pero así lo siento. Es normal y no me disgusta. No.

¡Leche!, he vuelto a salirme del tema. Además, creo que no he puesto casi ningún punto y aparte. A lo peor Don Ricardo me regaña, porque a él le gustan las frases sencillas, sin demasiadas complicaciones, limpias las llama él. Dice que por eso mismo nunca llegó a triunfar en lo de la literatura, ya que a él le perdía la complicación. Algunas tardes nos leía cuentos que él había escrito y de otros autores amigos suyos, muchos de ellos famosos. La mayoría de los relatos trataban del asunto de los amoríos, de los enamoramientos. Si nos quedábamos solos, porque la Encarni fuera a preparar café o a lavar los cacharros, hablábamos de las mujeres, de las razones de Don Ricardo para no casarse, de la soledad y el tiempo.

Cierto sábado que la Encarni se fue con unas amigas a arreglar la capilla del santo, porque se acercaba la fiesta y la procesión, Don Ricardo me contó una anécdota que le había sucedido el día anterior, afectándole mucho. Voy a intentar ponerla bien puesta en estos papeles porque creo que merece la pena relatarla. Ya he dicho que Don Ricardo es soltero, pero como a todo



hijo de vecino le gustan las mujeres y se nota que quería tener una cerca, en su cama, para quererla y compartir con ella los días que le quedaran. Muchos, Don Ricardo, muchos, le decía yo.

Según la vida avanza sobre nuestra espalda y se instala en la chepa, volviéndose más pesada, más enorme, el hombre va perdiendo las ganas de convivir. Los solteros viejos se vuelven taciturnos, gandules, y sobre las cejas les nace un surco sombrío que espanta a las mujeres. Don Ricardo aún no lo tenía, pero sospechaba de su pronta aparición.

He vuelto a desvariarme. Lo siento. Como decía la anécdota que me contó es complicada, pero voy a intentar transcribir-la tal cual me la transmitió él; eso quiere decir que voy a narrarla con todos los detalles y, ¿cómo se dice?, metáforas, sí, metáforas que él utilizó, que utilicé yo en mis tiempos y que utilizan todos los enamorados, porque yo creo que cualquier persona, aunque sea analfabeta, es un poco poeta si está enamorado.

Hace un mes, cuando le acababan de conceder sus vacaciones veraniegas, Don Ricardo bajó a comprar el periódico. Antes de terminar de bajar las escaleras vio a una mujer de unos 25 años introduciendo en su buzón una carta. Iba vestida con un traje gris de chaqueta, el pelo recogido en una trenza y miraba alrededor como cerciorándose de que nadie veía lo que estaba haciendo, lo cual le daba cierto aire de misterio. Don Ricardo dice que se agazapó en un rincón para que no lo viera; él conocía a la chica. La había visto algunas veces en el instituto y le parecía una de las mujeres más guapas que había visto nunca.

Este detalle le vino a la memoria justo

en el momento en que abría el buzón para recoger lo que había dentro. Pero ¿qué hacía esa chica en su instituto?, no era alumna, evidentemente, ni profesora tampoco. ¿Y en su portal?, ¿y frente a su buzón?, ¿qué hacía esa belleza ocultándose de miradas indiscretas y huyendo silenciosamente?. El sobre era de color verde, y en el interior había una carta escrita en un pliego de idéntico color al del sobre. No tengo esa carta delante de los ojos, pero los que somos o hemos sido analfabetos, como no sabemos leer, nos vemos obligados a tener una excelente memoria para no perdernos, por ejemplo, en el metro o en el autobús, y esa capacidad la he mantenido ahora que las letras tienen significado para mí, por eso puedo reproducir la carta casi en su totalidad, que decía así:

Querido Ricardo:

Hay muchas cosas en las que coincidimos, muchas más de las que imaginas, y me encantaría compartirlas contigo. Seguro que tenemos muchos gustos parecidos, como por ejemplo, los libros. ¿Te gustaría hablar de libros conmigo? Te espero el martes, tres de julio en la cafetería Mercurio.

Atentamente

Julia Carrobles

No tengo la soltura necesaria para explicar sobre el papel todas las sensaciones que Don Ricardo sintió (esto es una redundancia, pero no se me ocurre otra palabra), no obstante creo que debieron ser muy parecidas a las que yo sentí cuando empecé a ir tras la Encarna: como latigazos en la espalda, como un calambrazo intenso, como flotar desorientado en el aire. Don Ricardo dice que tras leer la carta el sudor empezó a bañarlo,



que perdió la color y un mareo le hizo apoyarse en la pared. Después, ya en la calle, el sol iluminó su caminar, su alegría y también su posible futuro inmediato, que parecía la mar de claro.

Don Ricardo empezó a imaginar cosas en la cabeza, a conjeturar, como dice él, a intentar entender por qué una chica tan mona le escribía a él y le invitaba a conversar, a compartir. El comienzo de lo que podían ser amoríos entraba en su vida como la luz de la mañana entra por el resquicio de una ventana. Se sentía confundido, seguro, alegre, triste, optimista, fracasado. Intentaba ser lógico y planteaba la reunión como una conversación seria en la que previamente preguntaría las razones de tan extraña cita. O mejor al contrario; no quería razones sino una reunión jovial, cálida, para celebrar su encuentro.

El hecho de haberla visto en el instituto le dio que pensar. Las jóvenes de hoy son más lanzadas y liberales que las de mi época, y a lo mejor iba expresamente al instituto para verle, o fue para cualquier cosa y lo vio igualmente y se enamoró de él o... vete tú a saber las razones de tal situación.

En cualquier caso Don Ricardo pasó el fin de semana muy nervioso. El domingo cuando vino a casa a comer, estaba visiblemente aturdido. Después del postre, cuando la Encarni se fue a pasear con unas vecinas, me dijo que estaba hecho polvo, que no acertaba a pensar con claridad, que a lo peor estaba precipitándose y haciendo castillos en el aire, pero que no podía evitarlo, que la chica le gustaba y era tan guapa que le parecía imposible que quisiera conversar con un cuarentón, cuando menos, amarlo. Es cierto, ¿qué motivos tenía para sospechar que hubiera un sentido amoroso en la dichosa carta? ninguno ciertamente, pero las corazonadas no se controlan ni pueden medirse, y aquella carta escondía algo.

Don Ricardo me pidió algo que me llenó de orgullo: consejo. Y yo le dije que fuera natural, que no se precipitase a sacar conclusiones hasta que no estuviera en la cafetería, que no fuera apocado ni presuntuoso, y él me dijo que esto último era imposible porque él era un tipo aburrido, que por eso mismo vivía solo y no tenía amigos. Y entonces yo le dije que la Encarni y yo éramos sus amigos, y él me abrazó muy fuerte, como dándome a entender que lo sabía, y parece que esto lo tranquilizó un poco pues el resto de la tarde volvió a ser el que es normalmente.

Para qué repetirnos, el lunes lo pasó tan mal como los días anteriores, y el Martes por la mañana fue a comprarse un traje nuevo, a cortarse el pelo y a elegir algunas camisas. La Encarni se portó muy bien pues lo acompañó y le convenció de que la ropa que se comprara debía ser alegre y no seria, porque sus trajes oscuros tenían un corte muy anticuado que le hacían parecer más viejo. Comió con nosotros y ya bien entradas las seis, se fue al café donde había quedado con la señorita Julia.

Iba como un flan chino, tembloroso como un cordero, blanco como la cal de la pared. Llegó al bar y se sentó en una de las mesas del centro, pero rectificó a tiempo y terminó eligiendo un rincón al lado de un ventanal. Llevó consigo un libro para entretener la espera y parecer más intelectual de lo que ya era; como iban a hablar de libros...

Ella llegó justo a las siete en punto y se sentó tras saludarlo dándole la mano. Don Ricardo acertó a decir "Se llama usted Julia, ¿verdad?", tartamudeando un poco, pero no le quedó muy mal del todo. Y ella comenzó a hablar, y lo hacía muy bien, y lo que decía, lo decía muy bonito, pero el desengaño atrapó por la espalda a D. Ricardo.

Julia vendía libros. Era comercial de una editorial especializada en libros de consulta para profesionales. Quería colocarle



algunas enciclopedias de literatura universal con los últimos estudios realizados sobre la materia y cosas así. De regalo: un televisor a color de 14 pulgadas.

Armándose de valor, Don Ricardo preguntó por la carta tan sensible tan bien escrita, tan cariñosa. Me imagino la cara del pobrecito cuando ella le dijo que no era más que una estrategia innovadora de, ¿cómo se llama?, Marketing, si Marketing, una nueva técnica de "mailing" directo y personalizado, venta amable, con la cual ella no estaba de acuerdo, pero que la empresa le exigía ejecutar. Ya se habían quedado algunos clientes, pero ella, ¿qué podía hacer?. Los modelos estaban previamente confeccionados, había para profesores de química, de matemáticas, de historia, cada una con un estilo diferente adaptado a cada oficio y a cada personalidad; ella sólo tenía que copiarlos a mano, añadir el nombre del posible cliente, el lugar de la cita y rezar por que surtiera efecto. Don Ricardo comprendía por qué la había visto en el instituto. No había amor, no había futuro ni esperanza.

Don Ricardo quedó muy afectado, sobra decirlo. Venía a comer a casa pero estaba como ido, en la luna. La Encarni le hizo algunas comidas que a él le gustan mucho: callos, judías, cocido y esas cosas, pero nada, no levantaba cabeza. Una tarde hasta lloró. Yo creo que se había hecho ilusiones demasiado pronto con una chica que ni conocía, pero el amor, hay que aceptarlo, es como un desierto: pocos oasis y muchos espejismos.

A la semana volvió a ser él. Me sorprendió mucho que se recuperara tan pronto, pero no imaginé que Don Ricardo pudiera ocultarnos algo de esta historia a la Encarni y a mí. ¡Qué zorro!. Resulta que a consecuencia de la decepción tan grande

que sufrió en la cafetería, le dio un mareo y se quedó como atontado. La chica se asustó un poco y lo atendió durante toda la tarde, se dio un paseo con él, se sentaron en una terraza a tomar un refresco y Don Ricardo, al final, aceptó comprar una enciclopedia de doce tomos, no sin antes decirle que sugiriera a su empresa que contrataran enfermeras para vender libros mientras éstas atienden a los enfermos. La risa de Julia fue la despedida que alegró la soledad herida de Don Ricardo, el cual esa noche se sintió más joven.

Días después quedaron para firmar papeles y cheques y letras y esas cosas de los plazos, e invirtieron un rato, esta vez de verdad, en hablar de libros y de asuntos compartidos. Hoy Sábado han tenido su primera cita formal. Don Ricardo no ha venido a comer ni creo que acuda a la cena. La Encarni está un poco triste, y yo le digo que no se preocupe, que ya es hora de que el chico salga y se relacione, que no es bueno que pierda el tiempo con dos viejos como nosotros. Ella se ríe y me pellizca. A mí también me da lástima porque me lo paso muy bien con Don Ricardo, pero es bueno que disfrute de ese amor que solamente saben dar las mujeres que no son tu madre o tu hermana. Si, es bueno, muy bueno, y estoy contento por él, por eso escribo esto, para hacerle un regalo.

Esta es mi primera narración seria. Don Ricardo insiste mucho en que debo explorar este mudo de las letras que acabo de descubrir, por lo cual debo escribir todo lo que se me pase por la cabeza, e incluso intentar inventarme cuentos o novelas, o un diario, y y verterlo todo sobre el papel. Hasta ahora me había dedicado sobre todo a leer, y había escrito algunas cosas pequeñas, pero esta es la primera redacción extensa que he hecho. Sé que Don Ricardo se alegrará de ver mis progresos, como yo me alegro de ver los suyos.

Toledo. Enero-Febrero de 1998



JAVIER MORENO**Algunos días**

todo parece claro y sencillo,
días en que miro a los hombres,
y en sus ojos,
en lo profundo de ese mar de color,
tan solo veo lo esencial de nuestra naturaleza.
Son días en los que la calma
es más que un estado,
más que un consuelo,
es plenitud interior hecha palabras, silencio y caminar,
días en que lo inalcanzable de la vida
parece más cercano,
lo débil, poderoso
y lo imposible, realidad.
Las emociones nos sorprenden
con infinita destreza a la vuelta de cualquier recodo,
agazapadas en la aparente serenidad
del hombre que se sabe rescatado,
del hombre que es capaz de mirarse
y reconocerse en sus miserias y grandezas
tocando por la mañana una estrella con la punta de los dedos
o sumergiéndose a la noche en el lago oscuro del conocimiento
con la franca sonrisa dispuesta
a cualquiera que pudiera allí encontrar.
Son días que dejan en el paladar
el sabor del vino joven, el sabor de la fruta nueva del verano,
el calor de las tardes de Abril al sol...
sin sobresaltos, sin estridencias, sin altibajos.
Todo es serenidad, todo medida,
todo, en fin, paz.

Toledo, 1993



BARRERAS

Es mi pobre experiencia
el regalo más cruel que pudiera ofrecerte,
y herir con el miedo
la mirada dulce, el beso de fuego,
el abrazo limpio que me oferta tu cuerpo.
Y más que tu cuerpo
me ofreces tu alma, que lucha y que sufre
por mis constantes barreras de piedra y de hielo.
Todo aquello que nunca esperé robarle al pasado remoto,
casi olvidado, de mi calma infantil,
aparece y se muestra
como fuego que abrasa,
en tu mano, en tu pelo,
en la sombra serena del vínculo dulce
que me une hoy a ti, mujer.

EN CASTILLA DESDE UN TREN

Abril, 1992



JOAQUÍN COPEIRO**PABELLÓN DE LA GUERRA**

En un grito de luz se ha descompuesto,
que son casi dos mil bajo las bombas,
lunes de sangre y hierros retorcidos:
las lanzas de la lucha yacen rotas
y el puñal de la luz, como un ruido,
quiebra el vuelo mortal de una paloma.

Pero un cuchillo en bocas que están vivas
-caballo del dolor y de la pena,
o leche maternal avinagrada,
eternidad de un toro en su nobleza-,
un cuchillo, cristal sin arco iris,
se escapa del color y de la esfera.

De muros y ventanas sale fuego.
Y un llanto de madera y de periódico
desboca su pasión entre la muerte
de un hálito rebelde -amor de loco,
quijote de la historia-, de una madre,
de un lienzo en mármol gris para un tipógrafo.

Aún me queda el recuerdo en diagonal
-pirámide de Dios o del Diablo-
de un niño con los ojos del revés,
de pechos que se abrumen estrellados
y de una flor que brota, intrascendente,
y se da a las arrugas de las manos.



FRANCISCO GÓMEZ-PORRO**AZAFRÁN***Celemín*

Cuando los días eran un ajuar
bordado en los deseos,
un tejado contra
la oscuridad de la nieve,
una piel para descifrar
el barro, sólo tú,
último rincón del hambre,
albergaste en la sucia almendra
de la tierra, cada vez más reducida
y tierna la esperanza.

Ahogado por hectáreas sin mensaje,
comprimido en caricias sin azada.
Hasta no ocupar del mundo
más que un pétalo,
un hilo robado
de la sed del sol.

Rosa

Nace el día con la persuasión
de un surco que se repite incesante
tras haber alcanzado
la madurez de las piedras.
Y cuando ya no es nuestro
y está lejos, y nadie viene
a reemplazarlo de la mirada desnuda
para hacerlo raíz, corren los rumbos
a esconderse en un pétalo.

Y toda la gracia del horizonte
se consume en el rojo cáliz,
allí donde no importa la distancia
ni la ausencia, y los sueños
incendian las horas
que nos quedan por vivir.



Tarde

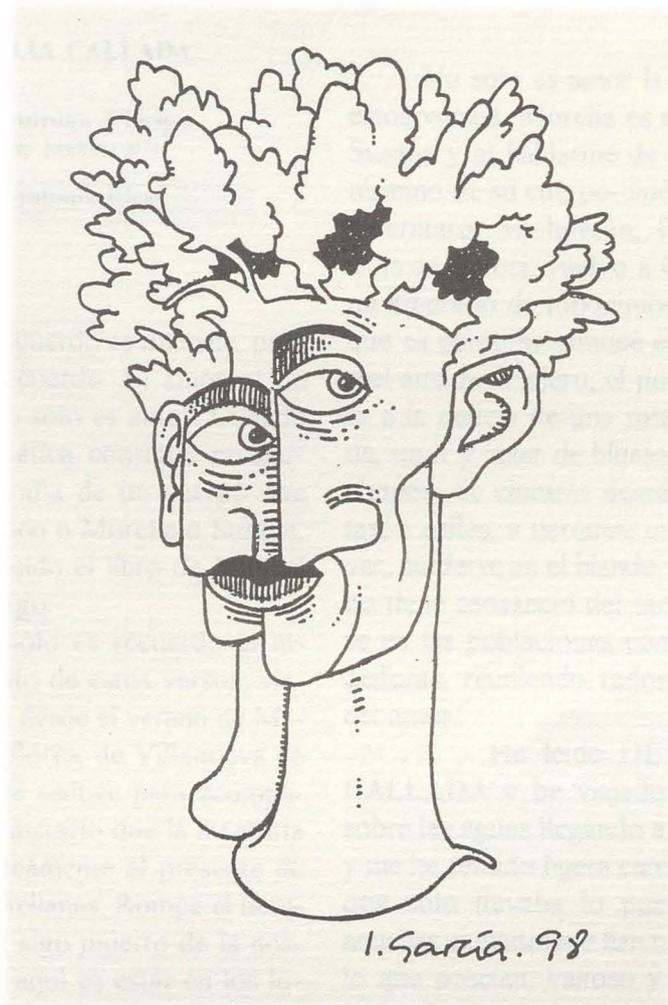
Había un plato sobre la mesa,
y en derredor, como a una lumbre
de ascuas florecidas,
se sentaban las mujeres.

Sus diestros dedos removían
el agua inmóvil de los pétalos,
abrasadas sus yemas por nostalgias
de aquellos que se fueron
en la grieta inútil del otoño.

Era hermoso dejarse incendiar
por aquel lecho de mariposas quemadas
que caían a sus pies,
sentir la luz del crepúsculo
como una lluvia envejecida
que teñía de cansancio
los ecos de la susurrante carne.

22 de abril de 1998





Así son las cosas en América. Todo el mundo hace lo que se supone que debe hacer.

Jack Kerouac
(En el camino)

DE MORELIA CALLADA

Manuel Quiroga Clérigo.
(Ediciones Rialp, Madrid, 1997)

por **María Antonia Ricas**

El recuerdo es un viaje, pero no sólo es recuerdo. El amor es un viaje, pero no sólo es amor. Cuando la palabra poética consigue revelarme la cartografía de un cuerpo que se llama México o Morelia o Susana, entonces he leído el libro de Manuel Quiroga Clérigo.

No sólo es recuerdo el intenso propósito de estos versos; viajero, el poeta, desde el verano de Madrid, de Miraflores, de Villanueva de la Cañada, me seduce para acompañarlo en un itinerario que la memoria traslada mágicamente al presente de las tierras castellanas. Rompe el tiempo, niega ese algo muerto de la nostalgia y estar aquí es estar en los lugares que no visité, con la suavidad de las catorce sílabas, estar allí, lejos, en los lugares del mito que el recuerdo construye. Rompe el tiempo de un espacio concluido y el paisaje, las ciudades, las conversaciones de los sentidos rescatan la dimensión que aleja de sí la distancia, la separación, la muerte.

No sólo es amor la intención de estos versos. Morelia es el nombre de Susana y al hablarme de ella cruzo el término de su cuerpo-ciudad y recorro Querétaro, Michoacán, Chiapas, San Luis de Potosí, vuelvo a Querétaro en un itinerario de topónimos apasionado que es como se conoce el mapa de la piel amada. Viajero, el poeta, me invita a la delicia de una ruta desordenada, un ir y venir de blusas femeninas a chopos, de cinturas deseables a puertas, a calles, a parques; un dejarse llevar, perderse en el blando volumen que no tiene cansancio del tacto y perderse en las poblaciones cómplices, acogedoras, reuniendo todos los rituales del amor.

He leído DE MORELIA CALLADA y he viajado velozmente sobre las aguas llegando a otras costas y me he sentido ligera caminando, porque sólo llevaba lo puesto, porque aquellas ciudades me han regalado todo lo que poseían, valioso y secreto. He leído el cuerpo de una mujer con ese inconfundible dolor de la pasión y he encontrado lo caliente, lo que palpita alejando el vacío de la añoranza. Y sobre todo, he roto la inexorabilidad del tiempo. Recuérdame, Manolo, cuando te vea, que debo agradecerte el descubrir que nunca se viaja en una sola dirección.



UNA PUPILA

por Morgan Anansie

Es el día de la foto. Estudiantes y profesores se reúnen para cumplir el rito. En primera línea los profesores, los estudiantes a continuación en varias alturas ascendentes, rellenando tres arcos del claustro y consiguiendo un encuadre suficiente. El fotógrafo busca la distancia ideal, quiere penetrar en las vidas de los que constituyen su objeto de trabajo, quiere contar historias, mover las imágenes hacia el pasado y hacia delante, adivinándoles el futuro y busca incansable ese punto desde el que se le aclare íntegramente el grupo en su conjunto. Todos miran el objetivo, posan para el evento, menos tres despistados que parecen olvidar lo que están haciendo y dejan correr sus ojos hacia el cielo, porfiando el punto de mira de la máquina, que se detiene sin querer en un rostro, en unos ojos, en un ojo, en una pupila, y la penetra y la observa extrañamente. Allí en su interior un rastrillo de infinitos horizontes. Primero todo es oscuridad, hasta que aprende a conducirse y abre el análisis, la observación, sobre todo, hacia dentro, pero

también hacia los alrededores del exterior. La lente profundiza, se adentra en la retina y, desde allí, de reojo -ha cambiado la perspectiva- ve que a su derecha se sitúa una jovencita, apenas 27 años, pelo castaño, la cara esculpida en blanco, su hombro izquierdo bruscamente inclinado hacia la derecha, la simetría se ha roto y por abajo las piernas descuidadamente abiertas a bocajarro. ¿Pero qué haces?, quisiera decirle para advertirla del error. Le preocupa. El punto de fuga de la escena la perjudicará. Quiere avisarla, pero eso supondría reconocer frente a todos lo impropio de la postura y más, cómo disimular su interés en esta figura. Esa mujer es el resultado de su propio trabajo de escultor, está examinando su obra, la ha puesto frente a una cámara y observa un fallo en el ademán, ¡ah, qué inoportuno! Sí, se precipitó en el momento. Dicen que las prisas nunca son buenas y es verdad. Le hace falta tiempo para llegar a esculpir lo que él desea. Se pone nervioso, pero se dice a sí mismo que todo cuesta, hay mucho por hacer, no puede permitirse el desánimo, quizás sea su última obra, no la más lograda, pero la última, se la quedará para él, para su uso personal. Le acompañará en las horas ingratas de la vejez, de la decadencia, que es cuando más fuerte ataca la soledad. Será su espejo de la juventud perdida. No puede desperdiciar fuerzas, ya casi



no las tiene, se le agotan, se le van, el volumen de la sombra de su propio bigote se lo recuerda. La curvatura de su cuerpo en la parte delantera le precipita en un abismo temido, pero casi asimilado. Y rememora el pelo de ella: tiene una naturaleza grasienta, hay que remediarlo; las protuberancias de su rostro tiene que liquidarlas también; el talle demasiado alto tiene que bajarlo; a esos dedos entrecortados va a quitarle los anillos o a mejorarlos. Necesita sentirse orgulloso y se sentirá, aunque tenga que poner toda su energía en conseguirlo. Bueno, toda no. Hay más frentes donde luchar. Pero la parte hermosa será ésta, sus demonios tomarán otro camino. Aunque él es un artista desdichado porque nunca consiguió el reconocimiento que le correspondía por su lucha. Entonces se le dibuja un gesto hostil, amenazador, acusador. Se le representan en

su interior rostros conocidos, entrometidos, fríos. Le persiguen, está acorralado, pero no, no puede desfallecer, tiene que defender su territorio y el de sus seguidores, mejor, el de sus criaturas. Cambia su piel por la de la guerra haciendo funcionar su capacidad camaleónica, se mimetiza con el ambiente hasta pasar desapercibido, acecha en un hablar falso, sofisticado y elocuente, salta encima de su presa en el mejor momento y entonces se ve su fuerza destructiva, porque después sólo queda un vacío, un hueco, una hondonada, un abismo, una muerte. Pero desapareció el peligro. ¿Fue un crimen? Un momento. Fuera se pide atención. El fotógrafo pulsa el disparador. Otra más y otra y la tercera y el foco se adelanta y después se retrotrae a la posición del estuche. El grupo aparece de nuevo, comienza a disgregarse, a disolverse y dos piernas abiertas, la sombra de un bigote, un ojo y luego la oscuridad del interior de una pupila.



EN BLANCO Y NEGRO

por Joaquín Copeiro

La oscura imagen de aquel tipo rompió el blanco purificador de la botica, el de sus paredes alicatadas en blanco, el de la laca blanca de sus estanterías, el de sus puertas y ventanas blancas de pevecé, el de su blanca iluminación de fluorescente, el de sus blancas balanzas y tensímetros, el blanco que dominaba en los envases de los productos de *venta en farmacias*, el de la bata, en fin, blanca e inmaculada del mancebo. El tipo era moreno, de tez más bien morena, con la barba abundante y negra, zapatos y calcetines negros, pantalón oscuro, suéter negro bajo el que asomaba un cuello de camisa, ése sí, blanco, y paraguas negro, porque el cielo amenazaba lluvia con unos nubarrones de una oscuridad sobrecogedora. Total, un *blanco y negro* como el que en aquellos momentos compartiría en la rebotica su jefe -bata y camisa blancas y corbata oscura- con el párroco del barrio, ensotonado, como man-

dan los cánones, en un negro riguroso.

El tipo se dirigió a él, lo saludó y le extendió las tres recetas blancas. El mancebo respondió al saludo con cortesía, se hizo con las recetas y se perdió por la entrada oscura que comunicaba con la rebotica, blanca también. Al cabo volvió con los tres fármacos, pero advirtió al tipo que uno de ellos, el de la caja oscura, *éste*, dijo, *sólo lo tengo en grageas; si lo quiere en suspensión, tendrá que volver esta tarde; es que en la receta no se especifica. ¿Y la suspensión viene en una caja blanca? Sí, sí, blanca. Entonces es la suspensión, que recuerdo que era una caja blanca; así que volveré luego*. El tipo se despidió con un hasta luego no sin antes lanzar una mirada un tanto oblicua al blanco estante de los preservativos y manotear delante de las propias narices en un ademán como de quitarse la idea. Nada de esto pasó inadvertido al mancebo, que entonces se sintió superior en su blanco baluarte de bata blanca y blanco mostrador porque pensó que, aun acabando el milenio, un cuarentón como aquel tipo moreno, de tez morena, debería tragar saliva antes de dirigirse a él para pedirle una sencilla caja de condones, a los que nunca llamaría así, claro está, sino *preservativos*, eufemismo convencional, impoluto y blanco, frente al tabú anatemizado -como todo tabú, que por eso-, e indigno de un lugar tan claro y transparente, blanco y puro, *sanitario*



en una palabra, o *profiláctico*, palabra esta última que, por cierto, de ninguna manera acertaría a pronunciar, refiriéndose a los condones, aquel tipo de piel oscura ni otro que apareciera, fuera moreno, rubio o albino, por el establecimiento. Sintió poder el mancebo dentro de sí mismo e infló enorgullecido el pecho. Luego le pediría los condones, seguro, y se le ruborizaría el del paraguas negro, seguro; pero, claro, con esa barba de carbonero no se notaría el cambio de color.

Una hora después, el mancebo salió el último del establecimiento y echó el cierre metálico, que resplandeció con toda su blancura como un relámpago bajo el cielo cada vez más negro de la tormenta. Silbando aquello de *Con tu blanca palidez*, el mancebo se metió en su Ford negro y se dirigió a su casa porque el hambre, un hambre negra y africana, arremetía sobre él con la fuerza de un huracán o de una epidemia.

Pasadas tres horas, la ciudad estaba empapada y el mancebo, embutido en un impermeable negro de los de hasta los pies, volvió a descorrer el blanco cierre de la botica. Los primeros treinta minutos, solo tres mujeres entraron a comprar: dos mayores, con el pelo blanco de canas y enlutadas, que le pidieron algodón y gasas la una y aspirinas la otra; y una joven, sensual y de larga mele-

na de azabache, que le compró un paquete de dodotis y leche de bebé. Pero luego, una turbamulta de griposos languidecientes y empapados, armados de paraguas e impermeables oscuros en su mayoría, fue posesionándose del local en aquella tarde cada vez más oscura e infame; de tal manera, que otras dos batas blancas, la del jefe y la del chico de los recados, tuvieron que salir a echar una mano al mancebo. Y el mancebo, aunque a veces se sentía desbordado por la demanda, otras veces se envanecía aconsejando el tratamiento apropiado a quienes le pedían *algo para la tos; ¿seca?; sí, sí, seca; pues se va a tomar este jarabito blanco, que además tiene un sabor muy agradable, tres veces al día*, o a quienes se le quejaban de que *no paro de estornudar y tengo muchos mocos y un picor de garganta que no cesa, y estoy todo el día gastando pañuelos; pues tómate estos sobres disueltos en medio vaso de agua encima de cada comida y bebe mucho*, o a quienes le pedían algún jarabe para la fiebre y el dolor de garganta, porque *además le dan unas punzadas en los oídos como nunca*, y él se le descolgaba con que *estas cápsulas negras cada ocho horas, y mañana, al médico*. En todas estas ocasiones, el mancebo se autoestimaba, y creía ver como se le hinchaba y se le hinchaba la bata blanca a la altura de las tetillas; es verdad que también se maldecía por haber



abandonado los estudios de Medicina -la carrera más blanca de todas las carreras-, lo que es un decir, porque, en realidad, sólo aguantó en la Facultad un trimestre, el tiempo que tardó su padre en colocarlo en la farmacia -la expendeduría más blanca de todas las expendedurías-, donde empezó a trabajar, no se le olvida, un día de diciembre en que había nevado tanto por la mañana, que, cuando por la tarde salió el sol, el claro resplandor de la calle hizo innecesario dar la luz hasta que no pasaron varias horas y oscureció porque la noche se echó encima; aunque, eso sí, como hizo tanto frío, no acudió nadie por el local. Lo cual, por cierto, le vino bien, porque aquel día se hizo con la disposición de los medicamentos en los blancos anaqueles y en el frigorífico blanco de la rebotica, y también tuvo tiempo para jactarse, ante el espejo con marco lacado en blanco del baño, de la flamante prestancia con que lo investía su reluciente bata blanca.

A mitad de la tarde, y coincidiendo con un clarito en la afluencia de público, apareció de nuevo el tipo moreno de la mañana. El mancebo, mientras el tipo se detenía un instante en la puerta para sacudir y cerrar su enorme paraguas negro, se volvió a la estantería blanca y cogió la caja blanca que tenía allí reservada desde que se la trajeron del almacén.

Buenas tardes, por decir algo, saludó el tipo; *ésta es, sí señor, blanca, sí, sí. Son cuatrocientas setenta y cinco. Ahí van; bueno, espera, hombre...* "¡Ahora!", pensó el mancebo y sonrió para sí mirando de reojo al estante de los preservativos. *Dame, por favor, una caja de condones*. ¡Primer impacto, primer descoloque! Porque al mancebo le pilló desprevenido la palabra *condones*; él esperaba *preservativos*. Así que la respiración se le alteró sin poder remediarlo, y también el pulso, y le ofreció al tipo de pelo negro la primera caja que pilló en el estante blanco. Y el tipo de tez oscura cogió la caja, miró al mancebo y aseveró que los había de mayor o menor sensibilidad y tamaño, de fantasía, impregnados de diferentes sabores, estriados, y que ya que los usamos, pues ¿por qué no vamos a disfrutar como Dios manda, digo yo?. Ni baluarte blanco, ni bata blanca, ni mostrador lacado en blanco, ni blancos fluorescentes, ni blanca nieve. Todo fue una descomposición trepidante de la luz blanca debido a la actuación incontestable e imprevista del tipo moreno de piel oscura, barba negra y abundante, suéter negro, pantalón oscuro y calcetines y zapatos negros: el mancebo sintió que las mejillas le hervían y que la cabeza y el cuello le picaban del sofoco, pero no tuvo más remedio que armarse de valor, tragar saliva, abrir uno de los cajones del blanco mostrador y expo-



poner sobre la mesa toda la gama multicolor de cajitas de condones, que el jefe -que a esas horas ya le estaría dando, como siempre, al *blanco y negro* con el párroco, que había entrado diez minutos antes-, con un criterio mojigato y negro como un pecado, le mandara en su día retirar de los blancos anaqueles, donde sí se exhibían, o mejor simplemente se encontraban, los modelos más normales, típicos y tópicos de preservativos. El mancebo, ahora enrojecido, vive Dios, respiró como pudo, reteniendo el aire, pero no colocó palabra, sino que echó abajo la cabeza, encajó en propio rostro la respiración del tipo de los calcetines y los zapatos negros, y esperó a que éste dijera que *éstos, quiero éstos de fantasía*, y a que exclamara que *joder, si vale el doble; bueno, bueno, todo sea por la causa, conquie pónmelos*. El mancebo cogió la cajita plateada *modelo fantasía*, se acercó a la caja registradora, de color blanco o casi, marcó los productos adquiridos por el tipo del pantalón oscuro y los metió en la misma bolsita blanca. Tragó

saliva otra vez y, con una voz oscurecida, casi inaudible, esbozó el precio. Por fortuna, el tipo del suéter negro se fijó en la pantallita de la caja y le dio el dinero justo, cogió la bolsita y, despidiéndose, abandonó el blanco establecimiento, el más blanco del barrio, y salió a la calle, donde ya había oscurecido. El mancebo se sacudió, como perro remojado, para librarse del azoramiento, pero lo hizo dentro de su blanca bata, y en seguida guardó todas las cajitas de preservativos. Luego dijo que *me cago en la blanca leche que mamó el de la barba negra*, respiró intensamente, elevando mucho la cara y el pecho, como si quisiera hacerse con todo el color blanco del local, miró a la calle que se veía oscura, casi negra porque debería haber fallado el alumbrado público, *la madre que los parió, acabando el milenio y todavía*, y, cogiendo aire, penetró en la rebotica, miró al cura de negro y al jefe de blanco, y dijo:

-Jefe, usted perdone: ¿puedo servirme yo también un *blanco y negro*, por favor?



1er CONCURSO DE CUENTOS
patrocinado por la Asociación
"Iniciativa Ciudadana"

Érase una vez por lo menos todas las estrellas que pueden haber en el universo, así que un día una estrella que adivinaba el tiempo dijo que durante un siglo iba a hacer mucho calor. Una estrella dijo: ¡imposible!. La estrella que adivinaba el tiempo, y que se llamaba Rubí, dijo: ¡como me puedes ofender así! La estrella que ofendió a Rubí se echó contra Rubí no os lo podéis imaginar! Sí que se pelearon. El Sol se enteró y dijo: ¡zambombas! Y fue corriendo El caso es que fue por el mundo como un enchufe y lo enciendo y lo apago, pero los separó y colorín colorado este cuento se ha acabado.

Teresa Pérez-Grueso Díaz-Ropero
 7 años

Un día en Toledo yo pasaba con el coche y vi que en las farolas estaban poniendo estrellas y campanas. También un Nacimiento con ovejas, pavos y gallinas de verdad, todo era precioso. Todos los árboles de la Reconquista estaban llenos de luces amarillas y en Zocodover había un árbol de Navidad adornado y con un trenecito con Papa Noel.

¿Por qué era todo tan bonito? Sabes pues porque es Navidad ¿Y sabéis qué es Navidad? Navidad es paz, amor y alegría.

Os voy a contar una historia que me a ocurrido a mi:

Se hizo de noche y yo estaba mirando por la ventana, no había nadie, solamente yo, toda la gente estaba dormida,

entonces yo también me dormí. Al rato empecé a oír ruidos por la calle y dije: ¡pero si no hay nadie!.

Y me asomé a la ventana y vi que las estrellas de las farolas hablaban entre ellas, todos los pastores del Nacimiento andaban y el árbol de Navidad jugaba con las bolas.

¡Qué bien me lo pasé!

Me hice amiga de todos ¡que divertido! Por la noche jugábamos y me dejaban ver el Portal y al niño Jesús que era muy chiquitito. Por el día yo hacía ropa para el Niño y por la noche se lo daba a la Virgen para que la guardara, bueno es que no me lo podía creer.

También hice una poesía para la Virgen María y San José, os la voy a decir:

Toledo es paz
 Toledo es amor
 estando en Toledo
 no hay nada mejor.

A la Virgen y a San José les gustó mucho y me aplaudieron.

Una noche, día 6 de Enero fui a mirar y no estaban ni el árbol, ni el Belén, ni siquiera las estrellas. Miré el almanaque día 6, miré la hora 3 y media pasadas, ¡que raro! Y me acordé de que hoy era día de Reyes, dentro de un minuto venían. Me metí en la cama y me dormí.

Al día siguiente salí corriendo como una loca al salón para ver los regalos de los Reyes Magos y mis regalos fueron un Belén, un árbol de Navidad y muchas, muchas estrellas con las que jugué siempre. Esos fueron los regalos más bonitos que he tenido porque así, todos los días son Navidad.

Irene García San Félix
 7 años



Érase una vez una niña llamada Verónica que vivía en una casa al lado del Alcázar. Todos los días al salir del colegio iba a la orilla del río Tajo a echar de comer a los patos y a veces a pescar peces.

Un día de sol después de salir del colegio se fue a ver a los patos y ocurrió una cosa muy rara. No había ni patos ni peces. ¡Ya sé! -dijo- se me ha olvidado el pan para ellos. Volvió a su casa, dejó la cartera en la habitación, cogió el pan y la caña de pescar y se fue al río tajo. Cuando llegó echó el pan para los patos y puso un gusano en la caña. Nada, ni patos ni peces. -Qué raro- se dijo.

Entonces empezó a caminar ¡oh no! -dijo-. Había dos chavales de catorce años echando pan con veneno a los patos y contaminando el agua ¡Qué horror! Tengo que hacer algo. Justo en ese momento pasó por allí Eduardo un amigo suyo de clase y su perra. Rosco, de la raza doberman, un poco fiera con los desconocidos.

-Eduardo, Eduardo.

-Hombre, mira quiénes están aquí Rosco.

-Ssssss, cállate y ven aquí o si no te descubrirán.

-¿Qué pasa? Estás jugando al escondite o qué.

-No, mira, esos dos chavales están contaminando el agua y envenenando a los patos.

-Y que hacemos aquí parados.

-Tengo un plan, soltaremos a Rosco y él los mordeará.

-Hey, muy bien pensado ¿Y después qué?.

-Después los llevaremos al alcalde, le diremos lo que han hecho y él limpiará el río.

-Vale, estoy de acuerdo.

Entonces, soltaron a Rosco. Salió disparado hacia ellos, tan furioso que se fueron volando. Tan deprisa que a Verónica y a Eduardo les dio tiempo a cogerlos.

-Bueno- dijo Edu, ahora vamos a darle la enhorabuena a Rosco.

-De acuerdo.

-Venga, átale la correa y vamos al Ayuntamiento a decirle al alcalde lo del envenenamiento del río Tajo.

-Tu crees que nos va a hacer caso.

-No lo sé, yo creo sí.

-¿Y si no nos hace caso?. Ya se nos ocurrirá algo.

Cuando llegaron al Ayuntamiento, el alcalde estaba hablando por teléfono en su despacho. Cuando colgó, Verónica se lo contó y el alcalde les respondió que le dejaran en paz, que tenía muchas cosas que hacer. Verónica y Edu salieron de la plaza del Ayuntamiento y se sentaron en un banco:

-¿Qué hacemos?- preguntó Edu, desconsolado.

-No sé.

Pasearon alrededor de cinco minutos de silencio.

-¡Ya lo sé! Lo limpiaremos nosotros.

-¿Pero cómo?

-Con Cloro, con diez botes de cloro de diez litros cada uno.

-¿Y de dónde sacamos el cloro?

-De la droguería, lo compraremos con todos nuestros ahorros.

Y así lo hicieron, pero cuando lo juntaron no había suficiente dinero.

Entonces decidieron pedir dinero de casa en casa. Después de varios días, volvieron a contarlo.



Había un total de 200.000 pesetas.

Fueron a la droguería y compraron el cloro se dirigieron hacia el río, allí, sacaron a los patos del agua echándoles comida en la tierra, echaron el cloro con mucho cuidado y todo el agua se limpió.

Días después la noticia corrió de boca en boca por todo Toledo. Se escuchó en la radio y se vio en la televisión.

Y así es como acaba este cuento.

Violeta Fuentes García

7 años



PELIGRO EN LA CATEDRAL

No hace mucho tiempo que vivía una niña en una ciudad situada a pocos kilómetros de Madrid. Esa ciudad tenía una catedral, un ayuntamiento, unas calles muy estrechas y muchas plazas y mezquitas importantes, esa ciudad, era y es Toledo.

María, que así se llamaba la niña, pasaba muchas horas paseando junto a su hermana pequeña llamada Ana por las calles principales de Toledo admirando los escaparates llenos de todas esas cosas que ellas no tenían. Las dos hermanas vestían pobremente y miraban con tristeza las tiendas y comercios llenos de ropas elegantes que sin querer comparaban con las suyas. La pobreza se debía a que sus padres trabajaban mucho pero por poco dinero y su miserable sueldo casi no les llegaba para nada.

Como en casa no tenían juguetes, todas las mañanas de domingo María y Ana se iban a dar una vuelta por la plaza de Zocodover.

Allí miraban sentadas en un banco a la gente que paseaba y a los señores que leían su periódico

mientras tomaban el sol. También observaban a niños y a niñas que, como ellas, vestían pobremente y algunos aún peor pidiendo sentados en el suelo o en los bancos de la plaza. También miraban a las familias felices y contentas camino de sus casas ricas y acogedoras. Para las dos niñas Toledo era una ciudad de riqueza y al mismo tiempo de pobreza.

Un domingo por la mañana, Ana le dijo a María:

-¿Por qué no cambiamos el rumbo y en vez de ir a Zocodover nos vamos a la catedral?.

-Estupendo- dijo María- así recordaremos las viejas historias que mamá nos contaba cuando éramos pequeñas.

Cuando llegaron a la catedral, metieron la mano en el pilón de agua bendita y jugaron con ella mirando hacia los lados de vez en cuando para que no las vieran y las llamaran la atención. Luego caminaron por las grandes salas y pasillos de la catedral hasta que llegaron al lugar donde un ángel sostenía en su mano un pez dorado.

Al verlo se acordaron de la leyenda del pez de oro que se caía de la mano del ángel y tocaba el suelo, la catedral se hundiría en un manantial que se encontraba en el subsuelo.

Las niñas miraron al ángel con atención y notaron algo muy extraño en el pez que colgaba de su mano. Les pareció que estaba un poco más fuera de la mano del ángel de lo que ellas recordaban de otras ocasiones. Aunque se extrañaron un poco, no les dieron mucha importancia.

Al domingo siguiente volvieron a la catedral. Cuando llegaron enfrente del pez de oro



se frotaron los ojos, no sabían lo que estaba ocurriendo, no sabían si la vista les fallaba pero las dos se miraron y dijeron con un gran gesto de interrogación:

-¿Será posible?

Un señor que estaba a su lado les dijo:

-¿Qué os pasa niñas?, ¿os ocurre algo?

-No, nada señor -respondió María-

Las niñas se marcharon y se empeñaron en hacer algo para que su preciosa catedral no se hundiera entre las aguas de aquel manantial e intentaron buscar alguna solución.

En primer lugar se lo contaron a sus padres pero estos pensaron que todo eran imaginaciones de los pequeños y no les prestaron demasiada atención. Como se dieron cuenta de que nadie les hacía caso, esperaron a la mañana siguiente y antes de entrar a la escuela se fueron directamente al Ayuntamiento.

-¿Podemos ver al alcalde?- dijeron a la secretaria que se encontraba en el primer despacho que vieron.

-Niñas, tengo muchísimo trabajo y no estoy para bromas- respondió con voz chillona la secretaria.

-Por favor- insistieron las niñas.

Por esta vez la secretaria no les dio ninguna respuesta y se marchó por un pasillo dejándolas plantadas. Cuando nadie las vio ellas también se marcharon por el mismo pasillo por el que se había ido la secretaria y medio escondidas llegaron a la puerta del despacho del alcalde. Cuando llegaron allí el alcalde estaba hablando con unos señores.

-Señor alcalde ¿podría atendernos un momento?

-No chicas, no tengo tiempo de jugar a las barbies. Por cierto ¿quién os ha dejado entrar?.

María mintiendo un poquito respondió:

-La secretaria.

Los dos hombres que estaban con el alcalde se fueron indignados.

-Bueno, ya habéis echado a perder el negocio del día, espero que lo que vayáis a decir sea importante.

-Claro, si no no hubiéramos venido- contestó María.

La niña le contó lo que habían visto en la catedral y el alcalde escuchó con atención sus palabras y exclamó:

-¿De veras?

-Por supuesto, compruébelo usted mismo acompañándonos a la catedral.

Una vez en la catedral el alcalde sin el más mínimo gesto de asombro dijo que no se preocuparan porque él buscaría una solución. Pero en realidad no pensaba hacer nada, sólo quería quitárselas de encima.

-Muchas gracias señor alcalde por preocuparse de todo- dijeron las dos niñas.

Cuando el alcalde volvió al ayuntamiento comentó con sus ayudantes lo ocurrido y después de reírse un buen rato lo olvidó.

Los días siguientes, a la salida de la escuela iban corriendo hacia la catedral esperando que el alcalde cumpliera su promesa, pero las niñas veían con mucho miedo que el pez cada vez estaba más en la punta de los dedos del ángel.

Un día, Ana no pudo aguantar más. Trepó monumento arriba y aunque se resbalaba y estaba a punto de caer muchas veces, ella seguía intentándolo. Su hermana abajo estaba tan nerviosa que temblaba por lo que le podía

sucedder a su hermanita y la llamaba para que bajase inmediatamente pero Ana no la hacía caso y siguió subiendo hasta que consiguió llegar muy cerca de donde estaba el pez sujetándolo con sus manitas no se quería mover de allí. María asustadísima dijo:

-Por favor, que alguien llame al alcalde.



Uno de los policías que siempre andaba por la catedral guardando la puerta del tesoro, al oír el alboroto se acercó donde estaba el jaleo y dándose cuenta de lo ocurrido salió corriendo hacia el Ayuntamiento. Unos minutos más tarde llegó el alcalde y al ver el peligro que corría la pequeña se disculpó delante de todos y pidió entre la gente un teléfono móvil para llamar a los bomberos. Cuando estos llegaron, extendieron una larga escalera hasta donde estaba la pequeña y agarrándola por la cintura quisieron bajarla, pero la niña no quería soltar el pez por si se caía de los dedos del ángel y se agarró a él más fuerte. El alcalde suplicó a la niña que bajara pero ella no hacía caso. Sólo bajaría cuando el pez volviera a estar bien sujeto a la mano de la estatua. Como la noticia había corrido por toda la ciudad, dos obreros que construían una casa en Santo Tomé, acudieron a la catedral con lo necesario para volver a dejar seguro y bien sujeto el pez. Una vez allí los obreros actuaron con rapidez y el pez por fin quedó bien agarrado a la mano del ángel. Ana, cuando vio que todo volvía a estar en orden pidió al bombero que había subido a por ella que la bajara de allí.

La gente con gesto de felicidad comenzó a aplaudir a la pequeña que por fin bajaba al suelo en los brazos del bombero.

El alcalde reconoció su error y el valor que había tenido Ana y en recompensa ofreció a los padres de las niñas un buen trabajo para que nunca más fueran pobres y a ellas les pidió perdón por no haberlas escuchado y desde entonces se hicieron grandes amigos.

Irene García Díaz

10 años

LOS ÁRBOLES DE TOLEDO

Había una vez en una ciudad llamada Toledo, unos árboles verdes y frondosos que se hallaban en un patio de las casas que había por allí. Los árboles eran muy felices con su amo. Estaban felices porque, Pedro su amo, les quería, les atendía les daba de comer e incluso en invierno les quitaba las ramas más gastadas.

Fueron pasando los años y cada vez Pedro era más viejo y la casa más destrozada y más vieja.

Siéndose así, Pedro, aunque quería mucho a sus árboles que no habían envejecido, no tuvo más remedio que abandonar la casa e irse con su familia. Los árboles muy atentos oyeron eso y se quedaron asombrados.

--¿Qué harán con esta casa? Se preguntaba Verdín.

Porque Pedro había puesto nombre a sus árboles, no les iba a dejar sin nombre, claro está.

--Lo más seguro es que la destruyan y nosotros seremos la comida para las chimeneas. Dijo Verdín que era el más viejo y sabía de todos ellos.

--Tiene razón. Debemos reaccionar de inmediato o sino esta casa la destruirán. Dijo Cufo, el árbol más juguetón.

Pedro a la mañana se fue y dejó la casa a cargo del vecindario. Pedro dio el último adiós a sus queridos árboles y se fue con su familia quien le esperaba con ansiedad, sus nietos, sus hijos, hermanos ...

Pedro miró a sus árboles dándoles unas palmaditas en el tronco.

--Vendré por aquí de vez en cuando para ver que tal estáis.

--Venga Pedro que nos espera el cocido. Dijo su hermana Mercedes.

--Ya voy Merce. Buenos días, árboles míos.



Y diciendo estas palabras cerró la puerta.

--Esto es fantástico -exclamó Cufo- me siento como un prisionero en una cárcel.

--Como un esclavo diría yo, dijo Viejín.

--Bueno dejemos las bromas y tranquilizaos, replicó Verdín.

--Estamos tranquilos pero, y si tiran la casa y si es verdad que somos comida para las chimeneas, gritó Clin que era el árbol más limpio de todos.

--Tiene razón. Lo mejor que podemos hacer es esperara que los humanos tengan una decisión, dijo Viejín.

Dicho y hecho. Los árboles descansaron y a la mañana siguiente llamaron a la puerta.

--Quién ser y a estas horas. Dijo Bromín.

--Callaos, puede ser alguien que venga a revisar la casa.

Dichas estas palabras alguien abrió la puerta, era un señor, ni viejo ni joven, normal, moreno y alto, con barba y bigote. Se asoma mirando por toda la casa y revisándola bien exclamó por lo bajo:

--Esta casa es muy vieja, habrá que destruirla y construir otra más bonita.

Los árboles en cuanto oyeron eso se disgustaron mucho e intentaban impedir aquella hazaña y como actuar para que esa casa y ellos siguieran en forma.

--¡Ya lo tengo!, exclamo Bromín.

Y todos le miraron con paciencia.

--Se lo podíamos decir a Pedro.

--Sí, ya, se desmaya y con eso no conseguimos nada dijo Pin.

Lo más sensato es hacer coincidir a Pedro cuando vayan a destruirla, replicó Viejín.

Eso claro en cuanto venga por ahí, lo verá y seremos libres. Claro, si es que viene, dijo Pin.

Dicho eso todos quedaron de acuer

do y esperaron a que llegaran los albañiles toda la noche. Al día siguiente oyeron un ruido parecido a una excavadora.

--Ya están aquí!, grito Pin.

--¡AAAAAAAAAAAH!, gritaron todos a la vez.

Pedro que pasaba por allí a ver a sus queridos árboles vio como por arte de magia unos hombres se llevaban a sus árboles. Pedro fue allí y viendo lo que pasaba grito:

--¡Alto! Pero quienes se creen que son ustedes, a quién se le ocurre arrancar a mis preciosos árboles de ahí ¡He!, quién les ha mandado. ¡Fuera de aquí! ¡Fueraaaaa!.

Los albañiles se fueron corriendo y Pedro comprendió que sus árboles no podían estar allí, así que decidió llevárselos a su casa. Los árboles al oír esto estaban contentos porque estaban con su amo pero tristes porque ¿dónde irían a parar? Sólo lo descubrirían a la noche siguiente cuando abrieron los ojos y se encontraron en una hermosa finca. Los árboles fueron muy felices allí con Pedro y así acaba la historia de los árboles de Toledo, o mejor dicho: Los árboles de los Montes de Toledo.

Sofía Marín Rodrigo

10 años

.....

LA CASA DEL TEMPLE

"...una vez allí, deberás subir por el callejón de la fragua, torcerás a mano derecha, por la calle del milagro, y tras subir una pequeña cuesta, llegarás por fin, a la casa del temple..."

Esta es la traducción del latín que



traño hombrecillo vendió a mi bisabuela presumiendo de que era (el manuscrito) medieval.

Mi curiosidad ya me había hecho pasar un mal rato en varias ocasiones, pero nunca sospeché que un extraño manuscrito y su alrededor iba a formar parte de mi vida, integrándome en el pasado de una ciudad como Toledo en Plena Edad Media. Comencé preguntando a varios toledanos si conocían la existencia de un lugar llamado: "La Casa del Temple" pero las respuestas eran tan negativas que imaginé que aquel manuscrito era obra de la invención de ese pequeño hombrecillo y de la ingenuidad de mi bisabuela, hasta que, en clase de historia me hablaron de los Templarios: "individuos de una orden religiosa y militar de la E. Media, que hacían votos de castidad, pobreza y obediencia hasta que, Guillermo de Nogaret, canciller de Francia les condenó a muerte por la inquisición"

De nuevo me interesé, y en mis ratos libres busqué las calles y callejones que mencionaba el escrito para poder llegar hasta esta misteriosa casa que tan intrigado me tenía. Descubrí que, estos callejones habían cambiado de nombre y aún conociendo el verdadero, no me decían anda: Callejón del Toro, el Cristo de la Calavera..., así que, un sábado por la noche cogí un mapa y me situé en la Plaza de San Justo totalmente desierta de ruido y de gente. Cual fue mi sorpresa al descubrir por fin el callejón del toro y poder apreciar, que, escasamente, medía un metro de ancho. Totalmente anonadado comencé a subir por él, con una mezcla de miedo y de impresión porque nunca había visto nada tan pintoresco; recorrí un Toledo, desconocido para mí y tal vez para otros muchos toledanos que no conocen los misterios, los encantos

y los tesoros de su ciudad. Y llegué por fin a la "casa", por fuera me impresionó un poco, conseguí abrir la puerta de un empujón laténdome deprisa el corazón por la expectación y la intriga de lo que me encontraría allí dentro. Mientras la nube de polvo y telarañas se disipaba esperé en el umbral de la puerta y por fin lo encontré:

Una casa vieja empapelada de color fucsia con florecitas naranjas y muebles de estilo estrambótico de los años 60.

Mi desilusión fue tan enorme que empecé a correr a toda prisa mientras las lágrimas cubrían mi cara. Me perdí. Agotado de tanto correr me senté en el suelo traté de calmarme y lo conseguí, al fin y al cabo había descubierto algo que sólo unos pocos privilegiados podían ver: una ciudad medieval en pleno siglo XX.

Seguía mi vida normal, pasaron los meses y los años pero mi mente lo recordaba como si fuese ayer. Pasaba el tiempo. Ya andaba yo metido en otro de mis líos cuando de repente vi algo en el periódico que me llamó la atención un nuevo lugar de "copas" llamado "El Temple".

Me acerqué por curiosidad; esa curiosidad que en más de una ocasión me había dado problemas pero que en los recuerdos de mi adolescencia me habían hecho vivir de un modo especial en mi ciudad.

A medida que me iba acercando mi emoción iba en aumento al comprobar que aquel lugar (hoy día un bar), se encontraba en el mismo sitio que aquella casa de mi viejo manuscrito, que tanto me había decepcionado. Y entré. Me quedé petrificado en el umbral de la puerta. Allí estaba, medieval, impresionante, mágica, magníficamente restaurada, ...pero de nuevo volvió a mi la ilusión, La Casa del Temple, mi casa del TEMPLE estaba a siete siglos de distancia.

Ana Rosario Sánchez-Beato Medina

12 años



LA MONEDA DEL TIEMPO

Erase una vez una niña llamada Concepción. Era de altura media, delgada y muy aficionada a la lectura. Un hermoso día de primavera, Concepción fue como todos los días al colegio. Allí se encontró una extraña moneda de cristal turquesa. En su interior sólo tenía una flecha. Muy contenta de su hallazgo se fue a clase. A primera hora tenía gimnasia. Cuando dejó su abrigo se le ocurrió echarse la moneda al bolsillo del chandal. Estaban corriendo en las pistas, sacó la moneda y la observó. Mientras la observaba tropezó y la moneda cayó por una rendija. Al intentar atraparla, Concepción, de pronto, sintió como resbalaba por un túnel de colores. Cerró los ojos y esperó a ver que pasaba. Cuando sintió que estaba parada se encontró con una niña que la miraba fijamente. Concepción se atrevió a preguntar:

--¿Cómo te llamas?

La niña contestó:

--María

--¡Ah! Encantada, ¿Pero...?

--¿Dónde estamos?

--Pues ¡Dónde vamos a estar!, en Toledo, frente a la iglesia de San Lorenzo y cerca de un convento de monjas- dijo María.

--¿Vamos a alguna parte?

--Sí -dijo María- iremos a las cuatro calles, donde vivo.

Y echaron a andar. En el transcurso, María preguntó:

-- ¿Dónde vives tú?

En ese momento fue cuando Concepción se dio cuenta de dónde estaba. Para ella todo era un poco distinto.

--¿Qué día es hoy? ¿En qué año estamos? Y María contestó:

--En 1547

--¡Dios! -gritó Concepción- ¡Hace unos minutos estaba en 1997! ¿Cómo he llegado hasta aquí?

María no sabía que contestar.

Al momento exclamó Concepción:

--¡La moneda! Tenemos que volver a San....Jo! A esa iglesia derruida.

--¿Derruida? --dijo María-- Anda, tranquilízate, volveremos a San Lorenzo.

Dieron la vuelta. Cuando llegaron, Concepción recogió su moneda y, de nuevo, emprendieron el camino.

Iban andando y charlando alegremente. Concepción preguntó:

--¿Haces alguna actividad extraescolar?

--¿Quee?-- se extrañó María-- ¿Qué es eso?

--Bueno, cosas que haces por gusto, sin que te obliguen. Algo como música, deportes, manualidades.

--No, no sé lo que me dices, pero si te refieres a algo que me guste hacer y que me divierta, pues te diré, que toco el rabel.

--Y ¿qué es eso? --preguntó Concepción.

--Pues un instrumento con tres cuerdas.

--¡Ah! Como un violín-- aclaró Concepción, sin percatarse de que María no podía saber qué era un violín.

Sin darse cuenta habían llegado a las cuatro calles.

Había un pequeño mercado en el que vendían hilos, frutas, y....monedas iguales a la de Concepción! Cuando ella lo vio dijo:

--María, vamos a ver ese puesto.

Allí encontraron muchas monedas turquesa con la flecha. Mientras las miraba, Concepción sacó la suya para compa-



larla y.... de pronto oyó que María le gritaba:

--¡Vienen por ahí unos rufianes de cuidado! ¡Correee! ¡Corree!

Emprendieron una veloz huida por una empinada calleja. Después de correr un rato, entraron sofocadas en la casa de María. Era grande, tenía un arco muy decorado y un pequeño patio con aljibe.

Una señora les recibió. Era la madre de María. Llevaba un vistoso vestido de color rojo. Su aspecto era agradable y bondadoso.

--¿Quién es esta niña?--Preguntó

--Se llama Concepción y es mi amiga.

Cuando se les pasó el susto, volvieron a salir a la calle. Entonces Concepción preguntó:

--¿Que buscan esos bellacos?

Y María contestó:

--Una moneda verde que recorre el tiempo.

A Concepción casi se le para el corazón del susto. ¡Buscaban su moneda! Entonces preguntó a María:

--¿Es esta la moneda que buscan?

--¡Siiiiii! --Dijo María-- Volvamos a casa que te pueden coger.

Regresaron a la casa de María. En cuanto entraron, fueron a su habitación. Era una estancia amplia. El mobiliario era escaso: una armario, un baúl y una cama. Después sacó de su armario unas telas y le dijo:

--Póntelas, no ves como aquí vestimos.

Era la hora de la comida. Fueron a su comedor y se comieron una buena ración de cordero.

Cuando terminaron, Concepción dijo a María:

--Tenemos que volver a San Lorenzo, para que regrese a mi tiempo.

--Vale -dijo María- Pero habrá que ir con cuidado. Salieron a la calle. Después de llegar a la plaza, bajaron por la calle que va

a la puerta del reloj. Allí los ladrones las cogieron por sorpresa. Con malos modos dijeron a Concepción:

--Niña, danos esa moneda.

--¡Jamás!

Pero se la quitaron. Concepción muy decidida dijo a María:

--¡Vamos a seguirlos!

Corrieron tras ellos. Los vieron entrar en la Posada de la Hermandad. Ya sabían donde se escondían; ahora sólo hacía falta camuflarse y quitarles la moneda.

María dibujó una especie de plano. Se lo explicó y le dijo:

--Venga, vamos a llevar a la práctica mi idea. No perdamos tiempo. ¡Rápido!

Empezaron. Primero Concepción se escondió en una esquina. María entró en la Posada pero al rato salió y dijo:

--Nos falta comprar una moneda falsa; ve a la plaza y cómprala.

Se fue. Cuando llegó estaban recogiendo el puesto pero le dio tiempo a comprar una. Ya con la moneda, volvió a la Posada.

María entró, dejó la moneda falsa y cogió la verdadera. Bajó corriendo las escaleras. Cuando llegó a la puerta me tiró la moneda y me gritó:

--¡Corre a la iglesia!

Después de un rato María y Concepción se encontraron en San Lorenzo, pero no se habían dado cuenta de que les habían seguido. Estaban buscando la rendija por la que debían introducir la moneda para que entrara en el túnel de colores. Ya a punto de meter la moneda alguien la cogió por la espalda pero María le dio un puntapié.

Y otra vez por el túnel de color volvió a 1997. Y cual no sería su sorpresa.....

--¡¡También estaba María!!

Alicia Galán Álvarez

11 años



LA CASA DEL DIAMANTISTA

Hace setecientos diecisiete años, yo... bueno todavía no existía pero estaba apunto. El mundo que me iba a tocar en suerte era muy distinto al de hoy. Por suerte yo vivía con mis padres en el Casco Antiguo de Toledo en la calle de La Bellota, era una casa muy bonita, en la casa de al lado vivía mi prima Enriqueta con mis tíos. Mi tío era un rey muy famoso en aquella época, era el rey Rigoberto III, que no hacía nada más que pensar en las guerras, comer y pensar qué había dentro de la Casa del Diamantista, que era una casa encantada, creían que dentro no había nada, decían que ahí se encontraba el fin del mundo, que si entrabas ya no salías, por eso nadie se atrevía a entrar.

Yo tenía grandes orejas, muchas para mi tamaño, a mí me pusieron el nombre de Orejotas, me molestaba mucho pero me tenía que aguantar. Cuando nació, mi prima Enriqueta me chinchaba muchísimo, tenía una espada y con ella me daba en mis orejotas y yo empezaba a llorar y mi tío, harto de oírme, me metía una aceituna en la boca, estaba buena pero tenía anchoa y la anchoa no me gustaba.

Un día cuando crecí mi prima y yo nos fuimos a dar un paseo por la orilla del Tajo y vimos un pez que nos pareció que hablaba, como nos pareció muy raro no le hicimos caso y volvimos a casa por delante de la Casa del Diamantista.

Ese día ya era de noche y la gente que iba al río Tajo a pescar vio una sirena y alrededor unos peces cantando.

Al día siguiente mi prima y yo nos enteramos de lo que había pasado la noche anterior y nos fuimos corriendo a ver si veíamos a los peces y a la sirena, pero no vimos nada, desilusionados y con ganas de aventuras nos metimos en la Casa del

que estaba al lado del río Tajo. Cuando entramos había un dragón guardando la casa, era pequeño y miedica y mi prima le venció con su espada y seguimos para dentro, nos tropezamos con una cosa muy extraña, nos la llevamos a casa y preguntamos al tío Rigoberto III que era, y nos dijo que un diamante un poco sucio, en aquella época los diamantes no llamaban mucho la atención porque había muchos y se veían por todos los lados.

Después de comer del día siguiente mi prima Enriqueta y yo volvimos a la Casa del Diamantista entramos y ese día encontramos muchos cristales, también entramos por una puerta y dentro de la habitación había un baúl. Cuando llegamos a casa nos regañaron por llegar tarde y mi prima y yo os enfadamos y nos fuimos a vivir a la Cada del Diamantista. Cuando nos despertamos fuimos al Valle por sus montañas a coger hierba, flores y otras cosas, ese día nos lo pasamos muy bien porque fuimos por donde quisimos, lo difícil fue para cruzar el río, lo tuvimos que cruzar nadando muy deprisa para que no nos llevara la corriente, no nos llevó, pero casi. Cuando llegamos a casa nos cambiamos de ropa y nos dormimos. Al llegar la mañana salimos al patio y vimos las buenas vistas que había y en ese momento salió la sirena y los peces alrededor cantando y saltando, nos quedamos allí un rato y después nos fuimos a desayunar, cuando terminamos volvimos al patio y ya no estaban, como nos faltaba agua y había un pozo en el patio, mientras Enriqueta sacaba el agua del pozo yo me asomé y en cuanto me asomé se produjo un milagro, las orejas se me hicieron normales, volvimos a casa corriendo a la calle de la Bellota y el gracioso de mi tío me cambió el nombre a Orejín.

Desde ese día que no se me olvidará nunca, se me hizo el milagro de la Casa del Diamantista del Casco Antiguo de Toledo.

Jorge Carratalá Maroto-1ª de ESO



LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Un inventor llamado José vivía en Toledo en el año 2021. Inventaba cosas inútiles: un robot para la limpieza que acababa manchándolo todo. Pero un día hizo una máquina del tiempo, tenía forma de atracción de feria y luces de machismos colores.

Para probar la máquina se remontó al siglo XIII. Allí estaban construyendo la catedral actual. Escondió la máquina a las afueras de Toledo.

José visitó al arquitecto y le dijo:

--Buenos días, me llamo José

-- ¿Qué quiere?

--Venía a preguntarle sobre la construcción de la catedral ¿Podría hacer las vidrieras de la catedral?.

--Lo pensaré, venga mañana.

Entonces José se fue a dormir a un establo que había en las afueras de Toledo.

Al día siguiente se presentó en la casa del arquitecto y le dijo:

--Sí puede hacerlas.

--He hecho estos dibujos.

--Póngase a hacerlas.

--Pero necesito un taller y materiales.

--Toma estas monedas y ves a comprarlas.

José fue a comprarlo y empezó a hacerlas, cada día iba el arquitecto a ver cuanto llevaba. En dos años había hecho todas, le pagaron y se fue al presente en el año 2023.

Allí se lo contó a sus amigos científicos. Como no le creyeron, se fue Juan, un científico y José al siglo XVI. Buscando algo que pudieran llevarse, se encontraron unas monedas que eran de un comerciante que había en el zoco, las cogieron y el comerciante se dio cuenta, llamó rápido a los guardias y los cogieron. Entonces los llevaron ante el juez, que los mandó devolver las monedas por triplicado, así que buscaron trabajo. Encontraron un trabajo de pintores y José

conoció un día al Greco.

Gracias al Greco que los pintó pudieron irse demostrando que era verdad, pero al irse se perdieron en el tiempo. Llegaron al siglo XII, fueron a buscar piezas y se encontraron en la iglesia de Santo Tomé a un niño rezando porque quería irse a Granada pero no podía ir porque no tenía dinero, Juan y José decidieron decirle que si los ayudaba, podían ir a Granada, ya que le pagarían mucho dinero.

Al final funcionó y pudieron ir al año 2023. Confirmando que funcionaba y lo presentaron delante de todos los científicos. Pero acordaron que no se utilizaría para experiencias perjudiciales sino para prevenir guerras, etc. En el año 2050 hubo una guerra que empezó en el 2049. Entonces José, que era mayor, mandó a su hijo Pablo. Pablo se fue el año 2049 y se encontró en el Alcázar, tuvo que buscar al general Alfonso y decirle que no formara una guerra, que sufriría mucho la gente, no le creyeron y tuvieron que irse al año 2075, vieron que el Alcázar estaba destruido y el general Alfonso y sus hijo muertos. Volvieron al año 2049 y le dijo que: se llevaría puesta una medalla, el día siguiente hicieron una fiesta en el Alcázar, para condecorarle.

Pablo se fue al 2050, pero seguía la guerra, porque al día siguiente de condecorarle formó la guerra el general. Pablo tuvo que ir de nuevo al 2049. La policía por orden del juez metió en la cárcel al general Alfonso. Pablo, regreso al 2050 y se acabaron las guerras.

En el 2060 el general Alfonso se escapa de la cárcel y roba la máquina del tiempo que estaba en el Alcázar. Altera la máquina para ir al siglo X, pero al alterarla explotó y el general se quedó atrapado en el tiempo.

Pedro Tejada Laxalde
1ª de ESO



UNA HISTORIA EN VERSO

En una ciudad imperial,
 de Castilla "la nueva" capital.
 Sucedióme una cosa singular
 que tuve que investigar.
 "El Entierro del Conde de Orgaz"
 fue robado con total impunidad.
 Mi visita yo seguí,
 pero la cosa no acabo ahí.
 Un suceso funesto,
 desapareció la Puerta de Alfonso Sexto.
 Después robó el ladrón
 la sin par Puerta del Cambrón.
 A la policía traía en jaque,
 para volverlos locos de remate.
 Un famoso investigador,
 allí hizo su aparición.
 Serlog Polmes era su nombre,
 y se decía que era un gran hombre.
 Empezó su investigación,
 pero no halló ninguna solución.
 Y dijo: Esto es cosa de brujería,
 ¡que lo resuelva su tía!
 Pero yo no me desanimé,
 y el misterio resolvió,
 la clave averiguó
 y el cómo lo resolvió,
 yo lo relato aquí
 .Volví a cada lugar
 y de pistas me hinché a buscar.
 Mientras buscaba en cada lugar
 menuda cosa fue a pasar
 una voz oí junto a mí
 y del todo me sorprendí.
 "El Greco" decía ser,
 mas yo no le quería creer.
 Dijo que quería ayudarme
 y a buscar lo robado auxiliarme.
 Alfonso Sexto fue
 el siguiente que me encontré.

Garcilaso de la Vega
 y Miguel de Cervantes Saavedra
 se unieron al grupo también
 que estaba creciendo a base de bien.
 Para buscar mejor al ladrón
 nos trasladamos a otra dimensión.
 Los fantasmas hicieron un hechizo
 y apareció un bocadillo de chorizo.
 Pero eso no era lo que querían,
 y dijeron que el hechizo repetirían.
 Yo estaba muy despistado
 y también bastante asustado.
 Luego hicieron un conjuro,
 y de la nada apareció un muro.
 Como se habían equivocado,
 el muro desenladrillaron.
 Al instante probaron un encantamiento,
 pero solo lograron convertirme en pimienta.
 Se pusieron muy preocupados,
 al ver como había quedado.
 Para intentar desencantarme,
 con una varita fueron a tocarme.
 Menos mal que eso funcionó
 y regresé a mi propio yo.
 Luego volvimos a nuestra dimensión,
 para atrapar al ladrón.
 Para seguir buscando,
 nada mejor que ir volando.
 No le conseguimos ver,
 así que nos detuvimos a beber
 en una fuente que había,
 al lado de una cafetería.
 Yo tuve una inspiración,
 del lugar donde se hallaba el ladrón,
 porque sí desapareció,
 es porque en el tiempo el viajó.
 Todos dijeron con admiración:
 --¡Oh! Qué gran revelación.
 "El Greco" que era muy listo,
 enseguida se dio pisto.



Dijo: yo se viajar en el tiempo,
 lo que digo no es un cuento.
 --Partamos si dilación--
 dije con decisión.
 Más no pudimos partir,
 porque no sabíamos donde ir.
 --¡Mi genial intelecto,
 ha elaborado un proyecto!--
 Exclamó Alfonso Sexto.
 --Seguro que ha ido al futuro
 porque tiene tecnología,
 es un tipo duro
 y de mucha valía.
 Del dicho al hecho,
 hay poco trecho,
 y nos trasladamos con rapidez,
 al futuro y todos a la vez.
 Allí buscamos al ladrón,
 con energía y decisión.
 Nos llevamos una sorpresa,
 al ver a un tipo con cara de fresa.
 Que nos dijo con melancolía:
 --Escoltadme durante un día.
 Le pedimos una razón,
 y nos dio esta explicación.
 --Cinco personas me buscan,
 y la verdad es que me asustan.
 Porque me traje unos monumentos
 transportándolos a través del tiempo.
 Para traerlos a un museo,
 porque son bastante feos--
 Así encontramos al ladrón,
 con esta confesión,
 que sin saberlo fue su perdición.
 Nos llenamos de alegría
 porque la búsqueda terminaría.
 El ladrón muy asustado,
 entretanto se había escapado.
 Por suerte no estaba lejos,
 porque se estaba admirando en un espejo.
 A confesar le obligamos
 y a la policía le entregamos.
 Al museo nos dirigimos,

y ya veréis lo que hicimos:
 Preguntamos por el director,
 que era un señor con cabeza de melón.
 Por los monumentos preguntamos
 mientras nos dábamos la mano.
 Lo que nos contestó,
 a todos nos sorprendió.
 ¿Quiénes son ustedes,
 para que mis secretos revele?
 Los fantasmas se indignaron,
 y al director gritaron:
 --Somos insignes fantasmas,
 de la ciudad de Toledo.
 Y si usted no nos conoce,
 es que no sabe no El Credo.
 --Perdonen insignes fantasmas,
 si les he ofendido en el alma.
 No era esa mi intención,
 cuentan con toda mi atención.
 Le expusimos de nuevo nuestro caso,
 pero no era posible el traspaso.
 Pues ya habían sido pagados,
 antes de haberlos robado.
 Muy enfadados nos pusimos,
 y nuestros monumentos exigimos.
 Los fantasmas enfadados,
 sus poderes usaron
 para transportar los monumentos
 a través del espacio y del tiempo.
 Aparecimos sanos y salvos,
 con los monumentos enteros,
 y en sus lugares colocados.
 Los fantasmas se habían ido,
 y cuando conté mi historia,
 me dijeron que estaba salido.
 Les pedí explicaciones
 y ellos solo contestaron divagaciones.
 Desde entonces los turistas,
 dicen que Toledo es un portento
 y yo me siento contento,
 porque sé que ayudé
 a recuperar sus monumentos.

Sergio Hernández Garrido

12 años.



David, Jorge y Ana estaban viendo el mercado árabe (ahora Plaza de Zocodover) y de pronto algo les llamó la atención: entre las prendas y cosas extravagantes que llevaba el viejo mercader había un medallón de unos 5 cm. en forma de rombo. Tenía unas piedras muy bonitas que Ana nunca había visto y Ana tenía unos medallones muy bonitos pero este era muy raro, demasiado raro.

Ana le preguntó al mercader:

--¿Qué tipo de piedras preciosas son estas, mercader?

--No lo sé, buena pregunta, pero te diré algo, me lo vendió el judío Manin-Anan, vive muy cerca del Alcázar.

--Muchas gracias, buen hombre ¿Me vende el medallón a cambio de estos pendientes de plata?

--Está bien. Aquí tienes, vuelve pronto.

--Adiós y gracias.

Ya iban camino del Alcázar cuando David le preguntó a Ana:

--¿Por qué te interesas tanto por ese medallón?

--Es muy curioso -respondió Ana. Nunca había visto unas piedras tan bonitas y de colores tan llamativos.

--Pero, ¿ahora por qué vamos a casa de Manin-Anan?, se interesó Jorge.

A la chica no le dio tiempo a contestar, los ojos se le abrieron como platos. En el pecho de Ana las piedras de color turquesa se volvían rosas, estas verdes... y todas parpadeaban cambiando de color y la plata relucía como un espejo. Ana sintió un dolor de cabeza y de pronto vio algo extraño, el mercado estaba muy cambiado. El puesto de ropa se llamaba algo como McDonalds o algo así, en lugar de niños corriendo estaban montados en unos extraños objetos con ruedas, el mercado se llamaba "el mar-

tes", los ancianos se sentaban en unos sitios extraños, eran bancos pero no como los nuestros; una cosa extraña marcaba el tiempo y todo estaba con una arena llamada cemento -explicó a sus amigos--.

--Ahora si que hay que buscar a Manin-Anan-- sugirió David, esto es muy extraño.

Habían llegado a casa de Manin-Anan, Ana sintió de nuevo el dolor de cabeza. Esta vez vio a dos chicos y una chica, se fijó eran ella, David y Jorge; iban vestidos con unos pantalones llamados vaqueros, sus sandalias y su blusas habían cambiado por deportivas y sudaderas en las que ponía NIKE y ADIDAS.

--¿Qué te pasa Ana?

--Nada, no te preocupes por mí Jorge.

De pronto la puerta se abrió. Un hombre bajito y regordete era quien la había abierto.

--¿Qué queréis niños?

--¿Es Vd. Manin-Anan? --Inquirió David--

--Sí ¿Por qué me lo preguntáis?

Ana le mostró el medallón que llevaba colgado del cuello.

--Este es mi medallón, ayer me desapareció, ¿dónde lo habéis encontrado?

--El mercader Jasim nos lo vendió a cambio de unos pendientes de plata --se apresuró a decir-- ¿Es suyo?. Y en ese momento Ana volvió a ver a través del medallón, esta vez estaban en el McDonalds, era un sitio donde daban comidas muy raras, lo llamaban Hamburguesas y Patatas Fritas.

Con ellos había otra chica.

Manin-Anan se quedó con la boca abierta y casi sin habla, segundos después logró tartamudear una rara frase: Ajam-tamis a guriguri fisch. (Que significa, tu fuerza interior lo hizo funcionar). Ambos se quedaron sorprendidos pero comprendieron el significado de la frase. Cuando este terminó Manin-Anan dijo:



--Ana, este medallón te debe pertenecer a ti, a mi me lo robaron y tu lo compraste honestamente y sólo por eso el medallón te ha de pertenecer. Gracias a ti, ha recobrado su poder.

--¿Qué poder? --Se apresuró a preguntar Ana--

--Te lo voy a explicar. Este medallón perteneció a Jabul-Sain, un brujo que murió y con él se quemaron todas sus cosas, pero el medallón se lo dio al padre del padre de mi padre, y lleva cuatro generaciones en la familia. Depende de la fuerza interior de cada persona te transporta a una época de esta vida. A ti parece que te transporta al futuro.

--Muchas gracias, Señor Anan, pero este medallón pertenece a su familia y Vd. debería dárselo a su hijo.

--Tu sucederás a mi hijo, que no tengo además, yo no tengo edad para casarme y menos para tener hijos, soy tan viejo que ya ni me importa.

--Muchas gracias Señor Anan ahora si que lo puedo aceptar.

--Tengo que hacerte una advertencia, si el medallón se rompe tú y dos personas cercanas a ti se cambiarán por tres personas de la época con la que ves las visiones.

--Tranquilo Manin-Anan, tendré cuidado.

--La paz con vosotros.

--La paz contigo Manin-Anan.

Poco después Ana, David y Jorge iban por una callejuela dirección a la catedral. Se encontraron con Jazmín, una niña judía amiga de Ana.

--Bonito medallón Ana ¿Dónde lo has conseguido?.

--Lo compré en el Zoco.

--La paz contigo Ana.

--La paz contigo Jazmín.

Los tres amigos siguieron hacia las cuerdas de al lado de la catedral.

--Hola Hasin ¿nos dejas unos caballos?.

--Hola chicos, sí, hoy podéis montar.

--Gracias Hasim.

--No hay de qué, la paz con vosotros.

Ana cogió un caballo marrón claro, David uno como el de Ana y Jorge una yegua blanca. Fueron a dar un paseo; Ana se cayó del caballo. Estaban a un kilómetro de la ciudad. De pronto parecían dormidos. ¡El medallón se había roto! Al despertar del sueño en el que estaban sumidos, despertaron en un pueblo llamado Cabañas de la Sagra (era el año 1997). Vivían como Ana veía en sus visiones. Nadie sabe su secreto, sólo David, Jorge y Ana. ¿Se lo contaron a alguien?.

Angie Martín Díaz
1ª de ESO



HERMES11

Primavera. 1998

LOS CÍRCULOS LOCALES

III

Leocadio Avilés García
Leocadio Blanco Blanco
José Raboso García-Vaquero
Victoriano Raboso García-Vaquero
Pedro Peces Gómez

por ANA MARÍA DE CORCUERA Y HERNANDO

LEOCADIO AVILÉS GARCÍA

Nació en Ocaña (Toledo) el 14 de Diciembre de 1918. Desde joven trabajó en la agricultura y posteriormente en un almacén de materiales de la construcción hasta jubilarse. Muchos de sus poemas han sido publicados, en diferentes años, en los programas oficiales de las "ferias y fiestas de Ntra. Sra. de los Remedios" que se celebran anualmente en el mes de Septiembre en su villa natal. Así mismo, en una publicación, "El hogareño", que edita y distribuye gratuitamente entre sus asociados "El hogar de la tercera edad", que en la actualidad lleva el nuevo nombre de "Centro de Mayores" de Ocaña. En 1989 y 1991 obtuvo un primer premio en el Certamen de Poesía convocado por "Bienestar Social" -Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha-.

AL PUEBLO MEJOR DEL MUNDO

Campos verdes. Ricas tierras,
a cualquier vecino engancha,
Gloria que a un pueblo ensancha,
libre de males y quejas;
y buenos recuerdos dejas,
al ser balcón de la Mancha.

Ausente de los molinos
de Criptana y de Consuegra,
es mi Ocaña la más bella
en curtidos campesinos,
cuando a mi pueblo pusimos
más alto que las estrellas.

Eres sin duda ninguna
la Flor mimada de España,
eres tierra que no engaña,

por tu estupenda llanura,
destacas a gran altura
mesa querida de Ocaña.

Ocaña, mi noble Ocaña,
con torreones hermosos,
hijos e hidalgos famosos,
que fueron Gloria de España,
y al forastero no engañan
tus monumentos preciosos.

Un pueblo que castigado
tuvo un día que sufrir
viendo algún hijo morir
en la prisión condenado,
maltratado y malmirado,
privándole de vivir.



¡A mí me sienta muy mal
cuando a ti te desprestigian
personas que con malicia,
por no saber lo que hablar
te prefieren condenar
sin hacer de ti justicia !

Camina, Ocaña, camina,
y no te quedes atrás,
te lo digo de verdad,
que no termine tu vida
porque el pueblo que camina
nunca podrá fracasar.

No hagas caso de la gente,
te lo dice un hijo tuyo,
lleno de amor y de orgullo,
que con sudor en su frente
vino a nacer, con gran suerte,
al pueblo mejor del mundo.

PROBLEMA RACIAL

España tiene la fama
de ser un pueblo valiente,
de sangre viva existente,
de tal nobleza y tal saña,
que al extranjero no extraña
cómo vive aquí la gente.

Para el que llega de fuera,
aquí no falta de nada,
es España la primera
que le acoge sin recelo
y le apoya desde luego,
para que nunca se vaya.

A veces suelen decir,
personas que se creen listas,
y a veces con pocas vistas,
de que queremos vivir
sólo españoles aquí,
tratándonos de racistas.

Señores... Formalidad
debe tener esa gente,
y el de fuera que se queje,
debe respeto guardar,
mostrando con humildad
que aquí no está diferente.

Si se encuentra en tierra extraña,
debe de contento estar,
porque ha podido encontrar,
buena acogida en España,
y su porvenir le apaña
ese problema racial.

BASTA DE ENGAÑO Y MENTIRA

Basta de engaño y mentira,
que España quiere la paz
y pasar en libertad
lo que le quede de vida,
que tanta pena y fatiga
no lo puede soportar.

Hay que respetar primero,
y que los demás respeten,
pues no hacen falta piquetes



que defiendan al obrero,
lo mejor es ser sincero,
y que trabaje la gente.

Estamos hartos... señores,
de contemplar con paciencia,
viendo tanto sinvergüenza
queriendo ganar honores,
creo que hay que ser mejores,
teniendo siempre conciencia.

No se puede consentir
que gente mal educada,
por no querer dar la cara,
tenga siempre que vivir
haciendo a un pueblo sufrir
con su maldad despiadada.

Se debe de perseguir,
sin detenerse un momento,
a aquel que con su lamento
quiera después confundir,
no dejándonos vivir...
y haciendo burla a los muertos.

LEOCADIO BLANCO BLANCO

Aunque nació en Villar de Domingo García (Cuenca) el 9 de Diciembre de 1910, ha residido, desde muy joven, en la provincia de Toledo, en Ocaña y Huerta de Valdecarábanos, donde trabajó como administrativo. En 1957 se traslada a Valdemoro (Madrid), donde continuó ejerciendo su profesión y en la permaneció hasta su muerte (17 de Octubre de 1994). Sus poesías y obras de teatro (3), están recopiladas en 15 libros inéditos. Algunos de sus versos se han publicado en los programas de "ferias y fiestas" de Ocaña y Valdemoro y en la revista "Ceres" de Valladolid. El "Centro de la Cultura" de Valdemoro, le dedicó, en su sede, una placa, en homenaje a sus méritos humanos y literarios, y en su memoria se ha creado un "concurso de poesía" que lleva su nombre dirigido exclusivamente a los alumnos de los colegios públicos de Valdemoro para los niveles de E.S.O, B.U.P y F.P.



LA PICOTA O ROLLO DE OCAÑA

Monumento de tétrico destino
fuieste, "Rollo" o "Picota",
y, quien a ti cogía ese camino,
en la edad ya remota,
al llegar junto a ti, era su sino.

El antiguo penal fue tu cobijo,
según cuenta la historia,
y servir de cadalso el punto fijo.
Tu vida transitoria
hizo que te sacaran de ese escondrijo,
y en la Plaza Mayor fuiste ubicada,
en tiempos ya pasados,
y, junto a ti, la imagen venerada
del "Cristo Los Ahorcados"
que ha desaparecido cuando fue termi
[nada.

Después fuieste, junto a la carretera
que va hacia Andalucía,
como vigía del campo y de la era,
y aquel que te veía,
odio, por tu quehacer, quizá sintiera.

Hoy ya tienes tu nuevo emplazamiento:
junto al Lope de Vega,
por disponerlo así el Ayuntamiento,
aún con alguna "pega"
de quien no era gustoso a tu aposento.

Ya son cuatro los puestos que has
[tenido

en dilatada vida,
desde que un gran artista, con sentido
del arte, a ti, querida,
logró de tu figura el contenido.

A mí sí que me agrada donde te hallas,
lo digo de verdad,
y nos dices, sin voz, ya que lo callas:
que naciste en la edad,
cuando Ocaña sufría en las batallas.

AL PALACIO DE OCAÑA
(en su restauración)

Yo que te vi, Palacio, y daba pena,
por hallarte, del todo, destrozado,
hoy, al verte tan bello restaurado,
he sentido, al mirarte, gloria plena.

Censuré, por hallarte abandonado
conteniendo en tus salas, ¡hasta avena
y demás cereales!. ¡Qué mal suena
el tan rudo papel que te asignaron!.

Tú, que albergaste en ti tanta grandeza,
por obsequio de Isabel y de Fernando,
debes ser el orgullo de la Villa.

Y quien venga a contemplar tu belleza,
al momento, bien cuenta se irá dando
que tu aspecto grandioso maravilla.



ADIÓS A LAS ERAS

¿Qué ha sido de las eras, de poético encanto,
donde los trilladores
o alegres ruseñores,
esparcían al viento las notas de su canto?

En ellas ya no cantan la cigarra y el grillo;
y, en más de una ya vemos
y en muchas que veremos
viviendas construidas con cemento y ladrillo.

Pues las mieses no llegan, porque desde el rastrojo
el grano limpio llega
y, rápido, se entrega
por si el labrador tiene el bolsillo algo flojo.

La Vida marcha rauda y hay poca Poesía
en el ardiente Estío:
ya, ni en el caserío,
recolectan el grano como antaño se hacía.

No importa que haya nubes o que no sople el viento;
ya no hay parvas doradas
que puedan ser mojadas
ni aventar hace falta: todo se hace al momento.

¡Eras de mis recuerdos infantiles! Mi lira
pretende cantaros hoy
y entregaros cuanto soy,
con los versos que mi mente, al recordaros, se inspira.



JOSÉ RABOSO GARCÍA-VAQUERO

Nació en Villacañas (Toledo), el 14 de Marzo de 1929. Desde muy joven trabajó en la agricultura, trasladándose, en 1957, a Madrid, donde ingresó en la Empresa Municipal de Transportes, como cobrador, empleo que desempeñó hasta su jubilación. Sus poesías se han publicado, en diferentes años, en los programas oficiales de "ferias y fiestas" de su villa natal y en diario "La Voz del Tajo" de Talavera de la Reina (Toledo)

HISTORIA DE CUATRO PESETAS

Ha llegado ya la feria
de pequeño yo decía,
y para contar la cuja
en un rincón me escondía.
Cuatro pesetas juntaba
a pesetilla por día,
hacía yo ese reparto
con infantil fantasía.
A la pólvora me iba
yo a la cuja no tocaba,
a mi hermana pedía ayuda,
a mi madre le rogaba.
Caballitos del tío vivo,

las olas, el tren del miedo,
y tantas y tantas cosas
que tentaban mi dinero.
Entre tanta algarabía
la feria iba avanzando,
y el dinero a Pepillo
se le iba acabando.
Peseta y media me queda
y de feria aún dos días,
las voy a pasar moradas
recuerdo que me decía.
¡Pero la feria es la feria!
con chavales me juntaba,



sus cujas como la mía
andaban muy mal paradas.
¿Cuánto te queda a ti?
le pregunto a Carmelo,
dos pesetas y unas perras
atadas en el pañuelo.
No gastes tanto Josele
que feria todavía queda,
y aunque llores lo que llores
no te voy a dar ni una perra.
Escuchando las gramolas
me tiraba el día entero,
así yo me entretenía
y sujetaba el dinero.
Llegó el día de la traca
que es de la feria el mejor,
cuando se ferian las cosas,
cuando se compra el turrón.
Cuántas cosas compraría
si yo tuviera mi cuja,
por qué habré subido tanto
en ese tren de las brujas.
A mi madre yo rogaba,
me ponía zalamero,
un beso... tal vez me daba,
pero nada de dinero.
Por fin se tiró la traca
y se fueron los feriantes,
se llevaron mi dinero,
anda, échales el guante.
Cuatro pesetas es poco,
decía un charlatán,
con el tiempo he descubierto
que decía la verdad.

Feria de mis cuatro pesetas
a qué distancia te quedas,
ya no hay cuerdas de mulas,
ni tabernas con esteras.
Si te quieres divertir
y el bolsillo está reprieto,
hazte socio de las peñas
Ausentes, Chamberga o Peto.
Seguro lo doy por hecho
que en ellas podrás gozar,
y dirás más que rendido,
esto no se puede aguantar.
Quisiera yo haber tenido
alegres peñas como estas,
y ahora tendría yo
aquellas cuatro pesetas.
Para divertirse es la feria
el trabajo ¡hacer puñetas!
y procura que tu cuja
no sea de cuatro pesetas.

Un grito daré muy fuerte
que se oirá en toda España,
¡¡¡viva la feria de mi pueblo!!!
la feria de Villacañas.



VICTORIANO RABOSO GARCÍA-VAQUERO

Nació en Villacañas (Toledo), el 20 de Abril de 1918. Dedicado a la agricultura hasta su jubilación, fue sacristán de la Parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción en su villa natal.

Procuremos ser hermanos

en las gradas del Altar,
Pascualillos que de gozo
nos de ganas de bailar
en esta última noche
del año que se nos va.
Presentemos bien las Almas,
al buen Jesús Celestial,
que Jesús, como es tan bueno,
bien pronto nos prepara
un próspero año Nuevo
para reformar secciones,
y pedirle voluntad
para ser mejor cristiano
en el año que nos va a dar,
súrgeme de gozo y gloria
estas sencillas palabras
porque así me lo revela
la consideración hallada
al ver tantas palomitas
alrededor de las gradas,
y Jesús divino Rey
Nuestro mejor Palomero
dice que nos quiere mucho
y nos va a llevar al cielo.

Caminito Los Jarales,

van de vendimia unas mozas,
y entre tantas como van,
una para mí es la mas hermosa.
Cuando pasé y me mirabas,
quise cantarte muy fuerte,
y la canción se me ahogaba,
de emoción entre los dientes.
De la noche a la mañana,
de la mañana a la noche,
tú verás en tu ventana,
un ramillete de flores.
Déjalas que se consuman,
María en tu habitación,
déjalas que se consuman,
que están despidiendo amor.
Amor que por ti yo siento,
que es pequeño, pequeñito,
pero como está creciendo,
luego se hará mayorcito.
Y así llegó hasta el final,
creciendo, creciendo, creciendo.
Espero que esté en el cielo
por toda la eternidad.



COSAS DEL SACRISTÁN

Las campanas de mi pueblo
me suenan como ningunas
porque las estoy oyendo
desde que estaba en la cuna.
¡Campanas, campanitas!
no ceséis de sonar
saludando al nuevo día
con el toque angelical.

Suenan las campanas
vuelan las palomas
y las almas fieles
de rodilla oran
para ser tan buenos
que Jesús divino
nos conduzca al cielo.

Un pecador en oración
es un soldado hacia Dios
es una pequeña victoria,
y si victoria y victoria
va juntando honores
sentirá la gloria,
la de Dios,
la mejor de las mejores.



PEDRO PECES GÓMEZ

Nació en Sonseca (Toledo) el 14 de Junio de 1928 en el seno de una familia de pastores, ocupación que desarrolló desde los ocho años y hasta los quince no tuvo contacto con las letras. En 1940 se traslada a Burguillos con sus padre. A la edad de catorce años, siendo pastor en la finca de Torremocha encuentra una "bomba de piña" sin explotar y jugando con ella le estalla arrebatándole la mano derecha. Posteriormente trabajó en la agricultura hasta que a partir de 1963 empieza a trabajar de peón en el Ayuntamiento. Su espíritu de superación le hizo salvar cualquier obstáculo desconocido, esforzándose en ampliar sus conocimientos. De alguacil a cartero en 1970 hasta su jubilación en 1993.

LO QUE USTED DEBE SABER

Burguillos ya no es Burguillos
se convirtió en Capital.
Viene la gente de fuera
todos los días a comprar.

Vienen a comprar bebidas,
madalenas, leche, pan,
otros se llevan la "pesca"
que dejaron "encargá"

Todos los supermercados
que hay en la ciudad
tienen todo lo que pidan,
hasta polvos de encalar.

Tres bares hay en el pueblo
de primera calidad.
Cada uno ofrece
su propia especialidad.

Mariano vende conejos,
confituras y jamón,
de cocina lo que pidas.
¡No he visto cosa mejor!

Tiene una bota colgada
al servicio del cliente,
beben sin pagar nada
y es un vino excelente.



Es un señor muy atento
y se lo va a demostrar,
le saluda y le pregunta,
el señor, qué va a tomar.

En la esquina del Stop,
hay un bar sobresaliente,
la tortilla y el arroz
vuelven locos a los clientes.

Si es fino su paladar,
exigente y exquisito,
no se marche sin probar
la salsa de escuchifrito.

En el bar del Pararrayos
no se puede pedir más,
si quieres pollos asados
los tienes que encargar.

Es un hombre inteligente
sabe muy bien lo que hace.
Sabe que sin clientes
se pierden muchos caudales.

Los Industriales del pueblo
se están poniendo las botas
con la tropa militar
que viene de Torremocha.

El médico es permanente,
por lo que pueda pasar,
si le ocurre algo urgente
no lo dude, de verdad.

La Farmacia y el Correo
nunca le pueden faltar.
Y una piscina preciosa
si usted se quiere bañar.

Al servicio de sus caudales
está la Caja Rural,
también tres corresponsales
y una Caja Postal.

Otra cosa tenemos
no se le vaya a olvidar,
una báscula en la calle
para el que quiera pesar.

Hay una plaza muy grande
con el nombre de Concejo,
lo mismo chicos que grandes
gozan de su privilegio.

Los pequeños se divierten
todos se encuentran a gusto,
balanceándose por los aires
en los juegos de columpios.

Los que hay más pequeñitos
que les da miedo volar,
suben a los caballitos
y en su enorme tobogán.

El parque tiene una fuente
hecha en este mismo año.
Hecha con piedras corrientes,
para su agua, que tiene tres caños.



Sus mayores les contemplan
relajados en el parque.
Entre ellos se comentan
"todo esto es formidable"

Le invitamos a venir.
Aquí no le ocurre nada,
si Ud. quedara descalzo
las calles están asfaltadas.

Tengamos fe en el futuro
y en los hombres de este pueblo,
trabajan sin descansar
por las cosas de su pueblo

Esto es una maravilla,
se lo digo de verdad,
sin recelos ni quisquillas
que bonito es trabajar.

Si alguien cree que no es verdad
todo esto que yo digo,
se lo pueden preguntar
al cartero de Burguillos.

El cartero es amable,
simpático y obediente,
este no les puede engañar
aprecia mucho a la gente.

Para hablar con el cartero
no hace falta dirección,
vive en la calle Caño.
Este es el mismo escritor.





Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

